

Alzo mi voz y la alzo acaso por última vez, porque no me avengo á perder en una menguada hora el derecho de llevar erguida la frente que ostenta el sello de la vejez. ¡Oh! ¡no por vuestra vida, señor, no! y ved aquí la razon porque os demando ó su perdón ó la libertad que ha perdido por mi causa.

—Me pedis lo que no os puedo conceder, dijo Enrique III con firmeza. Vos, vos mismo que me habeis enseñado á reinar, me habeis dado como principio que ante un hecho por el cual resulte un bien general, ceda toda consideracion que sólo tenga por base el interes individual.

—Cierto es, don Enrique, pero no hechos como el consumado.

—Pocos habrá tan trascendentales para Castilla, reverendísimo padre. Don Fadrique ha sido para ella el genio de sus revueltas, el elemento de sus desórdenes, el origen de su ruina; y si no os hallarais tan ofuscado, me repetiriais lo que cien veces me habeis dicho: *Encadenadle, señor, ó no habrá paz en el reino.*

—Sí, cien veces lo he dicho, y una más lo repito en voz muy alta, repuso don García levantando su altiva frente. Mas y sirva lo que digo de protesta: yo le he combatido largos años, todos los que reinais, como se combate al mal; yo lo he aborrecido si quereis; lo aborrezco aun, como aborrecemos á un enemigo de esos que todo lo mancillan; pero no quiero aparecer á sus ojos, á los de la posteridad, como la araña sombría, pérfida y rencorosa que atrae para devorar á la mosca que volaba libre en su espacio. No, yo combato pero no engaño, y el duque ha sido engañado por mí.

—Don García, dijo don Enrique III con lenta y grave expresion, no pueden compararse, porque no hay igualdad entre las impresiones que lo arrancan, el grito de la sangre que parte del corazon y el del orgullo que reprueba, porque el mundo puede reprobar y rebajarnos en su aprecio. Pues bien, ¿quién osara dudar que en el acto de despojar á ese hombre, que es hermano de nuestro padre, de su grandeza, de su poder, de su libertad, no ha sufrido nuestro corazon de rechazo el mismo golpe que ha herido el suyo?... Yo no le aborrezco, al contrario, le amo, su mal me hace sufrir: puedo perdonarle porque es mi privilegio: á pocos pasos de aquí, me parece que percibo el hálito de sus suspiros, y ese hálito me angustia; y sin embargo, ved, me sobrepongo y lo condeno, y me mantengo inflexible porque tal es mi destino, y lo acepto como Dios me lo ha impuesto, severo y penoso de cumplir. Haced vos lo mismo, y consolémonos con el bien que nuestro sacrificio produce.

—Hay diferencia entre los dos, y muy grande, repuso el prelado obstinándose en su empeño. Yo no soy rey, á mi cargo no está la justicia, no descansa un estado en mis hombros para que le gobierne, y á quien en fin, todo se le perdona, porque de su parte está el poder y el derecho: soy hombre, don Enrique, hombre que ha dado en prenda de seguridad su fe á otro hombre, fe que le falta dándole derecho á fulminar un cargo que á todo trance rechazo, porque ese car-

go es una afrenta, y no quiero que con él sean mancilladas mis canas. Yo debo satisfacerle y no puedo hacerlo más que consiguiendo su libertad.

—Reverendísimo padre, dijo Enrique III trocando la deferencia en severidad y la calma en energía; os hemos escuchado cuanto habeis querido decir, y eso que no habeis estado escaso ni contenido. Ahora os toca á vos oirnos, y no echeis en olvido ¡por vuestra vida! lo que por primera vez vais á escuchar de nuestros labios.

—¡Oh! no lo temais, señor, respondió don García quien de temple semejante al hierro érale más fácil romperse que doblarse. Nada de cuanto hoy presencio se borrará nunca de mi mente; creo que ni aun cuando la muerte paralice el pensamiento.

—Mucho os puede servir si así sucede, replicó don Enrique, porque aun cuando se tenga la cabeza blanca, siempre va enseñando la experiencia, jamas acabada de formar. Atended.

Desde que cumplimos once años, edad en que nos faltó nuestro padre don Juan I, que gloria haya, venimos sufriendo el choque continuo de ajenas y envejecidas pasiones, suave unas veces, fuerte otras, violento en ocasiones, lo mismo que un dique las olas que ha de contener.

Y esto ha sido así por dos razones que hemos apreciado como poderosas, y para nos lo han sido mucho.

La primera emana de una creencia en que hasta aquí hemos estado, y esta creencia es que le evitábamos muchos males á Castilla con evitarle la guerra y la bandería.

La segunda ha tenido por base un sentimiento asaz noble; la consecuencia y la gratitud, porque los hombres que en redor nuestro se agitaban y tendian á agitar el reino, invocaban servicios que nunca nos han parecido, por mucho que hayamos hecho, recompensados bastante.

Esas dos razones, reverendísimo padre, son las que nos obligaban á contemporizar con ellos disimulando mucho y perdonando más; pero han llegado paso á paso á un punto en que se han creído con tantos fueros como el rey, y con ellos se han colocado á la altura que conviene á su interes, pretendiendo sobreponerse á sus meditadas decisiones, avaluándose en más subido precio que tiene la paz de un estado.

Al llegar aquí hizo don Enrique una ligera pausa y prosiguió con indecible firmeza y una fuerte acentuacion:

—Mucho valen los que nuestra indicacion designa, y se lo concedemos hasta en el momento en que se proponen; pero desde hoy, ¡y sea larga nuestra vida! ios tendrá á raya nuestra voluntad como á todó el que trate de imponernos osadamente la suya, sean quien quieran y los que quieran, pues en siendo castellanos son vasallos de nuestra corona, están bajo de su ley, y sólo esta ha de regir en el reino que gobernamos. Tenedlo entendido, reverendísimo padre, y entién-

danlo todos para lo sucesivo, porque las demasías, los bandos y sus pretensiones, terminan con la pacificación que comienza en este día por un acto de justicia.

Profiriendo su última frase con acento firmísimo y severo, don Enrique paseó su clara y resuelta mirada sobre los altivos y poderosos señores que en silencio, y ya sorprendidos, ya admirados, ó un tanto impuestos respetuosamente lo circuián.

Otra mirada partió de los que en torno suyo estaban fijándose en él como centro de atracción, mirada de pronunciada, de completa y absoluta aprobación, la cual probó á don García que todas aquellas voluntades se apartaban de la suya, adhiriéndose con entusiasmo á la que se mostraba más dominadora y poderosa.

Muchas horas hacia que el adusto y noble prelado experimentaba ese vértigo que se siente al ver la tierra que falta para los piés; mas hasta aquel instante no sufrió la violenta sacudida que da el cuerpo cuando pierde el equilibrio y cae rodando en el vacío.

Tal vez si hubiera estado solo extendiéranse sus manos hácia Enrique III á quien en el fondo de su corazón amaba como aman esos hombres de corazón duro y ánimo sojuzgador; pero estaba allí el primado que era su rival y su enemigo, la corte á quien había impuesto en todo tiempo su voluntad, y hombres como don García Manrique luchan mientras tienen fuerza, sucumben cuando les falta, pero no se humillan á rogar á nadie para desarmar su ira.

En cuanto al anciano arzobispo de Toledo, despues de haber impulsado á don García á llamar á don Fadrique, había fallado con el rey su sentencia, lanzando su mano el tiro certero que al fin le derribaba del sitio donde tanta sombra le había hecho, gozaba su victoria que la altivez de su contrario acababa de hacer completa.

Sabía que lo que en aquel momento era Aquilon para el arzobispo de Santiago se había de convertir en aura suave para acariciar su frente consagrada, y provocando aquel cambio, dijo con mesura asestando un nuevo dardo al caído:

—Bien haceis, don Enrique, contened y contenéos. Reinad así, y vuestro reinado dejará fama eterna en Castilla.

Volvióse don García al primado, miróle con la expresión de un aborrecimiento inveterado y profundo largo tiempo, y luego dirigiéndose al monarca, añadió con una acritud amarga y estallante:

—Sí, don Enrique, hacedlo; mas no sigais falaces inspiraciones, porque sino acabará V. A. como yo, teniendo que protestar para no avergonzarse de sus actos.

Iba á replicar el primado, mas estorbóselo don Enrique diciéndole á Ruy Lopez Dávalos:

—Condestable, disponed nuestras huestes para la marcha, porque esta tarde salimos para Roa donde empieza la campaña.

Volviéndose hácia los consejeros, prosiguió:

—El consejo nos acompañará también, porque después iremos á tomar posesion de Benavente, á reducir á Gijon y á plantar nuestro pendon en Olivenza.

La suerte del duque estaba echada y de antemano resuelta, y la severa sentencia del rey fue sancionada por todos: sólo un ténue murmullo se oyó en el grupo de los maestros.

—A la vuelta, añadió el rey que lo habia notado, pasarémos por Santiago en donde esperamos recibir vuestra bendicion, reverendísimo padre.

El arzobispo don García recibió su destierro con entereza. No se abatió, y la reconvenccion infiltró en su acento al contestar, sometiéndose con altivez:

—Bien, señor: hoy no necesitais mis servicios; hoy mismo saldré de Castilla.

—Para vuestra diócesis, dijo Enrique III con acento terminante.

—Para donde Dios disponga, replicó el prelado sin ceder resistiendo como el roble hasta cuando conoció que el huracan lo arrancaba de cuajo con su ímpetu irresistible.

—Su voluntad es más poderosa que la mia, replicó don Enrique levantándose; cúmplase pues sobre vos y sobre todo.

No se inclinó la frente de don García; al contrario, elevándose en aquel instante á Dios con un pensamiento de amargura, fue la más alta, la más erguida de cuantas allí se ostentaban.

—La córte, dijo don Enrique, permanecerá en Valladolid con la reina y la princesa; y vos, reverendísimo padre, y miró al primado, consolaréis á doña Catalina que va á quedar muy triste con nuestra ausencia.

Don Pedro Tenorio no advirtió que con aquel lisonjero encargo don Enrique le separaba de su consejo, y contestó en la satisfaccion que sentía:

—Os prometo, señor, que rodearé á S. A. de todos los cuidados que un tierno padre puede prodigar á la más querida de sus hijas.

Aquel á quien el encargo del monarca y la respuesta del primado habia herido profundamente se sonrió por vez primera, pero aquella sonrisa equivalió en aquel instante á dos lágrimas; y echando la bendicion con mano firme salió de la cámara donde tanto y por tanto tiempo se habia respetado su parecer.

Así que salió los maestros avanzaron, y don Gonzalo Nuñez de Guzman, dirigiéndose á Enrique III, le dijo con acento conmovido:

—Señor... Los leales maestros de las órdenes de Santiago, Alcántara y Calatrava, se dirigen á vos en súplica. ¿Os dignaréis escucharles?

—Cumpló un deber con hacerlo, dijo don Enrique III sentándose por segunda vez en aquel sitio que era para él en aquella mañana un potro de tormento. Hablad y exponédmela, maestro.

El noble y leal maestro de Calatrava le obedeció diciendo á nombre de los tres:

—Vuestros antiguos tutores, señor, y el leal don Fernan Rodriguez de Vi-

llobos, que se han desvelado guardándole fielmente á Castilla su rey, y al rey sus fueros, doblan ánte vos sus blancas cabezas, cruzan sus manos encallecidas con el roce de la espada que siempre han blandido por vos, y puestos de hinojos, os ruegan concedais á su lealtad el perdon de los caidos.

Y los tres maestros pusieron en tierra su rodilla.

—¡Tambien vos! dijo Enrique III afectado. ¡Oh! ¡alzáos, maestros, alzáos!

—Permitid que no lo hagamos, señor; los que ruegan bien están de esta manera, repuso don Gonzalo sin moverse. Yo no tengo ese lenguaje elocuente que conmueve, ni me ocurren esos fuertes argumentos que destruyen la resolucion más firme, mejor que bien disparados arietes el muro de una fortaleza. Soldado rudo y monje austero, sólo hallo para conjuraros el nombre del que nos enseñó á decir: *¡Perdonadme como perdono!* En su sacratísimo nombre ¡concedédnoslo, don Enrique!

—Alzáos, maestros, y oid, dijo don Enrique III con una emoción profunda.

Los maestros se levantaron. Enrique III continuó diciendo con acento grave y triste:

—Por el santo nombre que habeis invocado os afirmo que no puedo conceder á vuestros merecimientos la gracia que me demanda, porque entre los rogadores y el rey está Castilla, del mismo modo que entre el rey y los que castiga. No se hable de don García, á quien yo iré á pedirle bendicion á cambio del consejo que hoy le esquivo. Tratemos de don Fadrique, á quien proscribe la ley más severamente que yo.

Si de una parte se alza vuestra voz rogando por él como buenos caballeros, de otra se eleva la de Castilla hollada por los portugueses con mengua de los leones que la defienden, y que ellos han llamado para que los auxiliaran en su empresa; la de Castilla empobrecida con sus exacciones para hacer armamentos contra ella; la de esa Castilla, amedrentada con la guerra de bando que han encendido en su haz, la peor y más deplorable de las guerras; y esa voz, nobles maestros, que reclama paz, seguridad y bienestar, le condena sin remision, porque con él es imposible que la consiga.

Ahora, decidme, consultando á vuestra conciencia como yo la he consultado, ¿entre la paz de un reino que la demanda en su afan y la libertad de un hombre culpable con el crimen de traicion, quién vacila en escoger...? No sé si álguien lo haga; por mí sé decir que estoy resuelto á asegurar la primera aprisionando al segundo.

En esta lucha, maestros, yo me quedo con Castilla, es mi deber y le cumplo; mas si alguno, inspirado por su corazon ó su conciencia, no quiere seguirme, libre le hago, váyase. Todavía hay un campo donde combatir y vencer.

—Nosotros tambien nos quedamos con Castilla y con su rey, dijo con decision don Lorenzo Suárez de Figueroa, porque además de ser un deber de su lealtad, es un deseo de su corazon; mas permitid á los que tienen sobre sí la res-

ponsabilidad del destino que abrumba á don Fadrique y don García, se interesen para disminuir su rigor.

—Don Lorenzo, repuso Enrique III con nobleza, sois afecto, muy afecto al duque de Benavente; pues bien, á vos os le entrego: guardadle y hacedle ligeras las cadenas que no le puedo evitar.

—¡Gracias, don Enrique! Y estad seguro que desde el punto que don Fadrique entre en Monreal, ni sus puertas se abrirán viviendo yo para darle paso, ni él sufrirá humillacion ni vejámen.

—¡Gracias á mi vez, maestrel dijo don Enrique tendiéndole la mano. No por lo que me prometeis á mí, sino por lo que tratais de hacer con el hermano de don Juan I.

Don Lorenzo la besó, y la besaron don Gonzalo y don Fernan. El rey tras esto despidió la córte quedando solo en su cámara con el condestable, en cuya mano brillaba la espada de don Fadrique.

—Ruy Lopez, dijo don Enrique dando un suspiro, no quiero ver esa arma que solo muriendo yo podrá recobrar su dueño. Depositadla en un sitio donde esté guardada, y sea este ignorado de todos.

—Le escogerémos una mansion semejante á la de su dueño, respondió el condestable incapaz de conmoverse por nada; y eso ántes que V. A. salga para Roa y el duque para Monreal.

—Pues hacedlo, Ruy, en tanto que yo voy á despedirme de la reina y á darle un beso á mi hija.

Dicho esto se dirigió á la puerta de comunicacion con los aposentos de doña Catalina, y levantando la cortina que la cubria, desapareció por ella.

El condestable le acompañó hasta el dintel, desde allí tornó al fondo de la cámara que habia quedado desierta, sacó de su vaina la espada del duque de Benavente, y apoyando la punta en el suelo la rompió.

—¡Oh! ¡Qué habeis hecho! exclamó el mayordomo mayor que entrando en el mismo instante de ejecutar su atrevida accion la presencié.

—Lo que conviene, contestó friamente el privado. Poner las cosas en un término donde retroceder sea imposible.

—Y ¿lo dais por conseguido sólo con romper una hoja de Toledo?

—Sí, porque no pudiendo devolverla en dos pedazos se evitará con cuidado la ocasion de que suceda.

—No lo temais, condestable... á ménos que doña Leonor no recobre su influjo sobre el rey.

—A eso os digo lo que vos á mí, *no lo temais*. Doña Leonor irá á Navarra que es donde debe estar, porque don Enrique si es tardío en resolverse, cuando lo hace no es más firme la roca que su voluntad. Hoy ha caido uno, mañana caerán los otros, y Castilla tendrá paz, prosperidad y bienandanza miéntras dure su reinado.

—Que por desgracia será corto, porque esa vida se gasta muy de prisa. En las horas que van de mañana ha vivido diez años. La lucha le acaba y está condenado á luchar hasta con su propio corazon. Mas guardad esa espada que os han confiado, id á dar órdenes al alférez mayor del rey para que todo esté pronto, y yo daré en el alcázar cuantas sean necesarias, que por cierto no serán pocas.

Y separándose los dos privados cada cual se fué donde le llamaban sus pe-rentorias ocupaciones.

## LXIII.

Como dejámos indicado anteriormente, Gonzalo siguió á don Fadrique hasta llegar al aposento donde le condujeron para que le sirviese preventivamente de prision. Precedido del mayordomo mayor penetró el duque en él, y lo mismo iba su alférez á hacer, cuando deteniéndolo el adelantado mayor le dijo con sequedad:

—Perdonad, señor Figueroa, pero el duque no ha menester vuestros servicios. Retiráos donde gustéis.

—¿Quién dice tal? exclamó iracundamente don Fadrique volviéndose y mirando con centelleantes ojos al que acababa de despedir á su alférez.

—Tello de Villafranca, adelantado mayor de Castilla, respondió este mirando frente á frente con orgullo á su noble prisionero.

Aquel nombre, que lo era de uno de sus enemigos, derramó una gota más de hiel en el corazon tan lleno ya que desbordaba.

—Pues yo afirmo que él que lo dice ¡miente! replicó el duque con provocadora y violenta expresion. Los necesito, los exijo y me los prestará. Entrad, Gonzalo, entrad.

—Eso haré, dijo Figueroa precipitándose resueltamente á la puerta cuya entrada le negaban.

—¡Atras! exclamó el adelantado mayor anteponiéndose y deteniéndole con una mano que le puso en el pecho.

—Entraré si es menester derribándoos, dijo Gonzalo separando con violencia á su antagonista.

Y pasó el dintel ciego por el coraje y el espíritu de lucha que lo exaltaba; pero otra vez Tello de Villafranca le rechazó repitiendo con irritante arrogancia y autoridad:

—¡Atras!

—Señores, dijo el mayordomo mayor con energía, ved que esta es la man-sion del rey y reportáos.

—Esta es una prision en que se atropella todo respeto, replicó don Fadrique ebrio de ira y amargura, hasta el de la desgracia que es el más sagrado de todos.

—No es violencia la que os acompaña, señor duque, repuso Juan Hurtado de Mendoza harto noble para ser descortes con el caído; al contrario, tenemos que sufrirla de vuestra parte. Aquí sólo hallareis consideraciones y atencion, porque al jefe del alcázar cuando le falte otra prenda le sobra la de caballero. ¿Teneis alguna órden que dar? ¿algun encargo que hacer? Hablad, que sabré cumplirlos con escrupulosa exactitud.

—No me brindeis favores, señor mayordomo mayor, dijo el duque con fie-reza; tengo el derecho de despreciarlos, y los desprecio hasta el punto que de-ja-ria condenar mi alma si la salvacion me la presentara vuestra mano.

—No hariais bien, repuso el privado de Enrique III friamente; y en contra vuestra obrais acrecentando el mal que sufris, pues por lo que hace á mí, ¡creed-lo! vuestros insultos de hoy los comparo al viento que sólo se siente cuando pa-sa sin que quede nada de él.

Saludóle dicho esto con altivez y mesura, y acercándose á Gonzalo, que per-mane-cia ante el umbral decidido y amenazador, añadió con acento persuasivo:

—Señor Figueroa, sois muy sensato para no conocer todo lo que puede la fuerza. Ceded á su imperio y retiráos, pues ni os es permitido compartir la pri-sion de don Fadrique, ni á este la libertad que se os concede como á todos los que le han acompañado.

—Señor mayordomo mayor, respondió Gonzalo rindiéndose á la verdad, comprendo en esta hora que va pasando todo lo que alcanza la fuerza sobre el hombre en circunstancias dadas, y que tratar de resistirla es locura; pero á la vez comprendo tambien todo lo que puede la voluntad humana cuando se obstina, y la mia es de no salir de aquí sin despedirme del duque.

—No se os estorba, hacedlo, mas en presencia del adelantado.

—Solo, por si es la última vez que nos vemos, replicó Gonzalo fuertemente commovido. Hemos vivido muchos años juntos, y bien conoceréis, don Juan, que hay algo íntimo entre nosotros.

—Ved lo que me retrae de otorgároslo.

—Y ¿eso, qué nombre tiene, señor mayordomo mayor? le preguntó exaspera-do el leal y bizarro alférez.

—Precaucion, señor Figueroa.

—¡Ensañamiento, don Juan! dijo Gonzalo brotando un ardiente relámpago de sus pupilas.

—Estais, como el duque, bajo el imperio de la ira y desconoceis la modera-cion, repuso Juan Hurtado de Mendoza severamente. Salid, pues, del aposento de-

lante de mí, y del alcázar en seguida, que si á don Fadrique le place dar alguna orden os será fielmente transmitida.

Demencia era resistir, por lo cual y convencido de ello Gonzalo, se decidió á obedecer. No pudiendo acercarse al duque que se hallaba sentado con apática altanería en un sillón, le dirigió una de esas miradas que transmiten un átomo de nuestra vida al sér en que se clavan, y con acento que revelaba una decision firmísima le dijo:

—Don Fadrique, me echan, pero no os dejo sino momentáneamente. Hasta la vista.

Y saludándole con más respeto que á un rey, abandonó el umbral disputado con tanta energía, quedando el duque con su pensamiento y dos centinelas á la puerta.

## LXIV.

No se detuvo Gonzalo de Figueroa en el alcázar un solo instante; cruzó sus antecámaras como una sombra, y saliendo del regio recinto fué á buscar á los escuderos que tenian de la brida los caballos del duque y suyo, y dejando sin contestar las preguntas que le hacian acerca de la prision de su señor que sabian y deploraban, les dijo:

—Marcháos de aquí y alojáos en la posada del *Ciervo blanco*: dad un buen pienso á los caballos, mantenedlos ensillados y dispuestos para montar al cuidado de uno; los demas esténse por estas inmediateciones, y esperemos lo que ocurra para resolver y obrar.

Todos obedecieron sus órdenes, y se alejaron llevando los dos bridones consigo; entónces Gonzalo, recostándose en el muro del mismo alcázar, se puso en acecho clavada la vista en aquella puerta por donde poco ántes entrara con la emocion del triunfo y halagadoras esperanzas.

Desde allí vió salir á don García, y en su séquito al dean de Trujillo, y le asaltaron terribles tentaciones al verle pasar junto á sí: al primado bendiciendo apaciblemente; á los maestros silenciosos y satisfechos; al justicia mayor, cuya cabeza blanca saludaba el vulgo con respeto; á todos los magnates de la córte, y por último al condestable y al adelantado mayor.

A todos los miraba con resentimiento, con ira, con amargura. No contaba por nada los desmanes del duque, su rebelion, sus atrevimientos; no pensaba mas que en la traicion de que era víctima, en su desgracia y en que el origen de esta era un favor concedido á su amistad.

Su sangre, su vida hubiera dado con alegría por arrancarle á la del duque

aquella página tremenda; y en la expectativa de los sucesos, ni sentía el sol abrasando su cabeza, ni ninguna de las necesidades de la vida aquejar su cuerpo inmóvil.

Así pasaron algunas horas y el movimiento empezó á cundir en su rededor. El adelantado mayor con cien buenas lanzas se presentó delante del alcázar. Un palafrenero de don Enrique sacó un caballo enjaezado de la brida, y Tello de Villafranca, apeándose del suyo, entró en la regia morada.

Dejó su sitio Gonzalo, penetró entre los soldados, y acercándose al palafrenero, le puso disimuladamente en la mano una bolsa de oro, y le dijo:

—¿Me hariais la merced de decirme para quién es este potro que teneis?

—Con mucho gusto, seor caballero, respondió el interpelado guardando la bolsa de la misma manera que habia sido dada: va á montarlo el duque de Benavente.

—Pues, entónces prestadme un servicio, que os le he de agradecer grandemente.

—Esplicáos y decid cual es, que si puedo he de hacéroslo como obligado que me teneis.

—Poca cosa, dijo Gonzalo haciendo un desdeñoso mohin, miéntras en la incertidumbre de conseguirla le latia fuertemente el corazon; se reduce á que me dejes tener la brida al duque.

—No es tan poca cosa como imaginais; mas harélo por serviros. Por supuesto que me habeis de reemplazar miéntras monta, y no ántes.

—Convenido, dijo Gonzalo separándose un tanto del complaciente palafrenero.

Entre tanto, cuantos habian de acompañar y servir á don Enrique en la jornada de Roa iban llegando apresuradamente, y apeándose dejaban los corceles á sus escuderos penetrando en el alcázar, foco de animacion en aquellos momentos con su mucha concurrencia.

Exteriormente habia tanta, que comprendia á todos los habitantes de Valladolid, que se agolpaban en aquel sitio y los alrededores, para ver salir al rey y al duque, á este con su escolta y á aquel con sus fuertes haces.

El primero que se presentó á satisfacer su ávida curiosidad fue don Fadrique, pero no tuvo que observar en él mas que una calma tan helada que no parecia sino que era fruto de un corazon petrificado y yerto. Sus cabellos estaban arreglados y su traje bien y elegantemente ceñido.

Por su parte miró con altiva indiferencia á la multitud que se atropellaba para verle, y acercándose á la cabalgadura que le habian sacado de la caballeriza real, fué á montarla despues de mirar de hito en hito á su alférez sin dirigirle ni una palabra, ni un gesto, nada, absolutamente nada.

Sintió Gonzalo un encortamiento extraño producido por aquella mirada glacial que parecia desconocerle, pero lo dominó, y presentándole el estribo, le dijo con un acento que revelaba toda su adhesion y toda su audacia:

—Don Fadrique, ¿qué ordenais?

—Nada, contestó el duque montando.

—¿Ni me decis tampoco? replicó su alférez reteniendo la brida en la mano.

—¿Qué os puedo decir?... Que habeis sido mal consejero.

Las arrugas que surcaban la frente de Gonzalo se hicieron más profundas, sus ojos destellaron un brillante reflejo de energía, y repuso con un acento que contenía por sí solo una promesa solemne:

—Malo, sin duda teneis razon; mas aun puede enmendar el brazo lo que ha hecho la cabeza. No está todo perdido, duque.

—Quizá si avisais con tiempo á doña Leonor, que os tiene poco que agradecer.

Aquella reconvenccion amarga y fria penetró en el corazon de Gonzalo como la hoja de un afilado puñal, pero ocultó su dolor y repuso con resolucion y dignidad:

—Os prometo que la veré, se lo confesaré y la avisaré.

—¿Estais pronto, señor duque? le preguntó el adelantado mayor poco tolerante con su prisionero.

—¡Soltad, Gonzalo! dijo don Fadrique á su alférez tirando de la brida con fuerza.

—¡Don Fadrique! exclamó Gonzalo soltándolas y separándose: ¡Hasta la vista!

—¡Nunca! Las luces ya se apagaron, dijo don Fadrique haciendo un supremo esfuerzo para ocultar con su fria impassibilidad sus amargas sensaciones. ¡A Dios!

—¡Oh! Brillarán, lo juro á Dios, murmuró Gonzalo sintiendo una opresion penosa y fuerte.

Y como si el á Dios del duque se hubiera esperado para dar la órden de partir, así que lo pronunció, resonó la voz de metálico timbre del adelantado mayor mandando á su gente abrir paso para colocarse con don Fadrique en su centro. En seguida partieron, dejando un vacío que á poco fue cubierto por las lanzas del condestable.

Así que Gonzalo perdió de vista al duque dejó su sitio tomando el camino que conducia á la posada del *Ciervo blanco*, para reunirse con los escuderos y resolver lo que fuera más prudente en aquellas críticas circunstancias.

Andando, pues, como iba con la cabeza baja, preocupado con sus pensamientos que se enderezaban á un solo fin, y este fin ser el de salvar al duque devolviéndole su libertad, hirió de súbito su oído una voz dulcísima y penetrante, que con la expresion de un júbilo inmenso le llamaba repitiendo una y otra y otra vez su nombre.

Paróse el alférez sin saber lo que se hacia; buscó en torno suyo ávidamente el sér cuyo eco conmovido vibraba aun, y no hallándole reparó que pasaba frente al ennegrecido muro de un convento en el que se abrian algunas estrechas ventanas, defendidas con espesas rejas de hierro y más espesas celosias.

Si su oído halagado muchas veces con las modulaciones de aquella voz no la hubiera reconocido por ella misma, reveláranse los violentos latidos de su corazón, un impetuoso movimiento de alegría, una impresión indefinible y superior á todas las impresiones que conmueven el corazón humano en la esfera del sentimiento.

Sin embargo, la misma exaltación que sentía le llevó á dudar de lo que la causaba, y no oyendo ya nada, pensó si sería únicamente su sangre que la sentía toda agolpada al cerebro la que le producía aquella ilusión á su sentido y aquel estremecimiento á su corazón.

Persuadióse de esto, y bajando nuevamente la cabeza prosiguió su marcha con más precipitación que ántes; mas hubo de detenerse porque tornó á oír la misma voz, no ya con tierna y regocijada expresión, sino agitada, imploradora y exigente, llamándole, repitiendo su nombre y conjurándole á que la atendiese.

Volvióse y fijó sus miradas en el edificio de donde le parecía partir la voz, y vió estremecerse una celosía como si la quisieran arrancar.

Entónces ya no le quedó duda alguna: allí estaba Blanca y ante aquella convicción se reprodujo con la atropelladora violencia de la reacción todo el amor que la había tenido.

Y con él acudieron las venenosas revelaciones de Rodríguez de la Encina y el pensamiento con ellas del funesto influjo que habían tenido en su resolución, y su resolución en el destino del duque.

Todo esto fue sucesivo y muy rápido, rápido y sucesivo como los relámpagos que desgarran una nube.

En la última consideración se detuvo su pensamiento, así como nuestra mirada en la montaña que corta el horizonte. Al recuerdo de su desventura se unió el recuerdo de su juramento, y resuelto á cumplirle desprendióse de sí mismo con entera y sublime abnegación.

Levantando pues la mano envió hácia la reja, tras la cual veía con su imaginación á Blanca palpitante y amorosa, un saludo que encerraba un amargo y eterno á Dios, y arrancándose de aquel sitio prosiguió por tercera vez su marcha redoblando su velocidad.

Un grito penetrante, grito agudo y acongojado cruzó el espacio para detenerle, resbalando con violencia de su oído al corazón; pero ni se paró ni volvió la cara, y la distancia se estableció entre los dos, perdiéndose en ella con el primer desengaño de Blanca, la última sonrisa que el porvenir le reservaba á Gonzalo.

Sin vacilación había obrado este, mas no sin esfuerzo; y al doblar la calle, sus dientes hacían brotar la sangre del labio do se clavaban, mientras que dos lágrimas se desprendían de sus ojos fijos tenazmente en la tierra donde iba sentando el pié.

Desde el convento á la posada del *Ciervo blanco* corto era el trecho que medía, y muy en breve fue andado, por lo cual no tardó Gonzalo en verse rodea-



Parisi 4

2000 3

Envio hacia la reja un eterno a Dios.



do de los buenos servidores del duque, amilanados y abatidos con la prision de su señor que le pedian órdenes ó instrucciones.

Si la prueba por que acababa de pasar habia dejado honda huella en su corazon, no habia hecho mella alguna en su resolucion y energía; al contrario, la habia duplicado y robustecido.

—Bertran, dijo al escudero más afecto á don Fadrique, en este mismo momento vais á montar á caballo y á iros, ganando horas, hasta llegar á Benavente: apoderáos de todo el oro y joyas del duque, ocultadlos, y con vos los llevais á Portugal como sitio más seguro, y donde todos mediante el favor de Dios y nuestros esfuerzos nos reuniremos en breve. Dad la noticia de la prision de don Fadrique. Contad la felonía de que ha sido víctima y exaltad los ánimos, á fin de que en el mismo instante que sea necesario se alcen á su favor. A Nuño Nuñez, que no haga entrega del castillo sino en el último extremo.

Del oro daréis una parte á Garcí Sanchez de Atienza, que os acompañará, viniéndomele á traer con la posible prontitud.

Todos los demas seguirán al duque paso á paso, recatándose de los que le conducen y mostrándose á sus ojos llamándole de algun modo la atencion, para que sepa hay quien le sigue con el fin de ayudarle y favorecerle. Siempre uno que le preceda, y ese que se entere minuciosamente de cuanto le atañe directa ó indirectamente. Dicen que las casualidades hacen á veces más que el cálculo mejor formado y la prevision más perfecta. Puede que se presente alguna que favorezca la libertad de don Fadrique; si así fuera, intentad dársela, aunque entre ciento no haya más probabilidad que una de lograrlo.

En cuanto á mí, me separo de vosotros para cumplir fielmente una promesa que le he hecho, y así que lo ejecute volaré á reunirme con los que le sigan, para que á todo trance lo sustraigamos á su destino.

Prometieron los escuderos llenar dignamente su cometido, y despidiéndose con grandes protestas de ser fieles á su señor y permanecer unidos en su servicio, repartieron entre todos el dinero que traian, y partieron dos para Benavente y cuatro en seguimiento del duque, cuya marcha debia hacer pesada la mucha escolta y excesivas precauciones del adelantado mayor, responsable de su importante prisionero.

En seguida que partieron tomó Gonzalo una escasísima refaccion, y fortaleciendo sus fuerzas con algunos sorbos de espirituoso vino, montó á caballo y se lanzó como una flecha certeramente disparada por el camino de Roa.

**LXV.**

Al separarse del alcaide de los donceles Fernando de Bobadilla siguió corriendo tan velozmente como ántes de encontrarle, y en los primeros momentos corria por correr, pues ni le aguijaba el temor, ni se proponía objeto alguno en ganar terreno como ganaba en aquella loca carrera.

Bajo la primera impresion brotaban de sus brillantes pupilas ardientes y fugitivos relámpagos de cólera, de sus labios ligeramente contraídos se escapaban enérgicas exclamaciones, revelando su faz, su lengua y sus movimientos nerviosos que agitaba su espíritu una de esas violentas sacudidas de la existencia á que llamamos poéticamente tempestades. Empero, pronto pasó como en las de la primavera su violencia. Volvió á establecer su imperio la razon, y dándose á reflexionar se puso á examinar con ojos más serenos su situacion que no era nada buena, decidiéndose á remediarla echando sobre el culpable toda la mancha del crimen.

Para ello no habia mas que un medio, retarle y vencerle, dos cosas de que estaba seguro creyendo como creia en la justicia de Dios y en la fuerza de su brazo.

Toda la fe de la juventud, todo su ardor, toda su confianza generosa, todo su entusiasmo y atrevimiento obraban á la vez en su corazon y en su mente, impulsándole á tomar aquella resolucion compatible con su juramento de Puente de Duero, y adhiriéndose á ella profundamente su resuelta voluntad, siguió el camino de Roa en busca del asesino de doña Brianda y del fin de su aventura.

En Aranda encontró muchos de los que habian abandonado á Roa; tambien estaba Sancho Ramirez, mas no lo supo, porque las horas que allí pasó, que fueron cortas, las empleó en descansar, pues entró con la blanca luz de la luna y salió con el rojo albor del dia.

Prosiguió pues su marcha y llegó á Roa. En esta los acontecimientos se habian sucedido con tal rapidez que existia en la villa el descuido del desorden, merced al cual pudo penetrar sin obstáculo, introduciéndose en el recinto á donde le llevaba su exclusivo y dominante pensamiento.

Ya en él, y atendiendo á las imperiosas necesidades de la materia, lo primero que hizo fue buscar posada donde hospedarse, y encontrada, y lo posiblemente bien instalado en ella, pidió con que satisfacer su apetito que vivamente se hacia sentir. Despues se acostó en un fermentado lecho, que no le pareció tal, sino limpio y regalado, tanta era su necesidad de reposo y su placer de lograrlo.

El sueño acabó de restablecer el equilibrio, roto desde su encuentro con el alcaide, dando más fuerza al cuerpo y ménos agitacion al espíritu. Despertóse tarde, vistióse su sencillo y marcial traje con el esmero de un doncel acostumbrado á ocupar de continuo las antecámaras reales, y despues de tomarse una no escasa refaccion se encaminó paso á paso á la portería del monasterio de San Pedro del Muro, mortificado vivamente con un presentimiento importuno.

Desde luego el abad participaba de la misma opinion que el alcaide respecto al asesinato de doña Brianda, coincidente con su fuga y la de su sobrina. Ambos pues estaban en la misma creencia, porque en sus antecedentes naturalmente debia ser así; ambos lo acusaban del mismo crimen, ambos tenian remordimientos por su impensada y fatal complicidad, ambos lo condenaban con la rectitud de sus intenciones, mas cada uno lo demostró de tan opuesto modo como distinto era su carácter.

El mismo lego compungido le condujo á la celda abacial, desierta á la sazón por estar el abad en coro, pero el que se decia conocido del ilustre arzobispo de Santiago, tenía grandes derechos á la condescendencia y atencion del humilde portero, que dejándole en ella fué á apostarse junto á la puerta del coro para anunciar á su superior la visita oficiosamente recibida por él.

Miéntas tanto el doncel se ocupaba en medir con lentos pasos la regular longitud de la celda, más imponente y triste de dia á sus ojos que percibian, digámoslo así, en relieve toda su desnudez y sus penitenciales detalles y esa austeridad rígida ante la que se revela la pobre naturaleza humana.

De tanto en tanto resonaban muy léjos, cuasi perdidos, los cánticos que salmodiaba la comunidad con sus voces robustas y sonoras; impresionábase Fernando poco á poco, sus fibras se conmovian, y sintió una sensacion que lo oprimió, cuando pasados algunos momentos de espera se encontró frente á frente del abad.

La sola mirada de este fue más elocuente para mostrar lo que sentía que los airados reproches del alcaide; tan melancólica, tan severa y tan penetrante fue. Acercándose á él, lo saludó con un nombre muy tierno; pero que da siempre el sacerdote cuando se reviste de su augustó carácter, y sin alargarle la mano, le mostró el asiento donde noches ántes uno junto á otro estuvieron departiendo.

El doncel lo contempló un breve espacio con su clara y lúcida mirada, y acompañando á sus palabras una amarga sonrisa, dijo moviendo lentamente la cabeza:

—Tampoco aquí, donde las inspiraciones deben emanar de Dios, encuentro un amigo que me reciba, ni un destello de luz que penetrando á traves de esa cubierta de barro descubra la verdad y la inocencia.

—No la hay, en efecto, respondió el abad con dulzura; pero se encuentra delante de vos un hermano que os acoge tiernamente.

Y en vez de una le alargó las dos manos que Fernando tomó con emocion y abandonó con altivez.

El abad dió un suspiro, el doncel cruzó los brazos y le dijo despues de una ligera pausa:

—Poco tiempo hace que en este mismo sitio me ofrecisteis para de futuro, paz, benevolencia y consuelo; los acepté y he venido á reclamarlos.

—Y yo os los daré, Fernando, tan dulces como Dios manda que se den al que los necesita, ya haya caido, ya le hayan derribado.

—Es que yo no he caido, es que soy inocente, y es que quiero que lo creais.

—Sí os creeré, y seré feliz, pero dadme una explicación sobre lo acaecido en esa noche fatal.

—He ahí lo que no puedo.

—¿Por qué, hijo mio?

—Porque me liga un juramento.

—Pues bien, decidle al confesor lo que no podeis al amigo. Figuráos que no es mi oído el que oye, sino el de Dios: figuráos que mi mente es ese espacio infinito donde penetran nuestras voces sin que el eco las repita.

—¿Pero no perjuraré?

—¡Oh! no, á no ser que hayais jurado no decirlo al confesor.

—No me ocurrió felizmente.

—Pues entónces, si quereis compartir conmigo esos secretos terribles, hacedlo sin temor.

—Si es así, en confesion, oid.

Y Fernando siempre resuelto y siempre pronto se arrodilló á los piés del abad, que se sentó para escucharle en su tarima, y haciendo la señal de la cruz, como penitente confesó, no pecados, que si los tenía no pensó en ellos, sino cuanto le habia sucedido desde que Blanca entró en su aposento hasta que la dejó en Puente de Duero.

Aquel relato sincero y claro hecho con cierta amargura, pero sin encono y con espíritu de verdad, arrancó al abad el peso que lo oprimia con sus remordimientos; y libre de ellos, le dijo así que le hubo absuelto dándole al sacramento toda su solemnidad:

—Tranquilizáos, hijo mio, reflexionando que cuando el que vela sobre este mundo, creacion suya, sobre esa infinitud de seres racionales que lo puebla, y á los que atiende como un padre á sus hijos, ha permitido los acontecimientos que acabais de referirme, y que os han envuelto como las aguas de una inundacion, es porque de ellos ha de seguirse algun alto fin, algun inmenso beneficio individual ó social. Para realizarse quizá caigan unos y se enaltezcan otros, pero no dudeis que lo serán con justicia, ó que algun gran bien emanará de ello; porque la voluntad previsorá, la justicia suprema de que os hablo, no se parece en lo impotente á la humana. Sabia é infinita, previene, contiene, modera, prueba y purifica. Recompensa ademas y castiga tambien, y esto sin parcialidad ni prevencion.

Tranquilizáos, os repito, hijo mio: obrad con calma, dejad correr los sucesos y esperad con confianza. Habeis invocado con fe el juicio de Dios, y él se pronunciará en su dia ostensible, severo é inapelable; pero entre tanto arracad del corazon ese sentimiento de venganza que os arrastra á constituiros su instrumento en la tierra.

—Ó se os esconde mi situacion, replicó el doncel con viveza, ó no comprendéis el mundo abismado en la contemplacion de esas sublimes regiones á donde os elevais desde el fondo de esta celda. Mirad: yo ayer tenía un nombre que no oscurecia una mancha: hoy lo está. Yo ayer ocupaba un puesto honroso en la servidumbre real: hoy lo he perdido. Yo ayer poseia el afecto de uno de los hombres más honrados y más nobles de Castilla: hoy ese hombre me ha ultrajado y desechado ante locuaces y malignos escuderos. Yo ayer no concebía que se huyera: y hoy he tenido que huir. Pues bien, yo como hombre para quien despues de Dios es su honra, debo borrar la mancha que la empaña, pero de modo que en su lugar sustituya un punto luminoso que indeleblemente permanezca en él. Yo necesito recobrar mi puesto perdido, porque llena mi ambicion y es mi porvenir. Yo ansio con vivo ardor probar al severo Alvarez de Toledo que soy digno y siempre lo fui de su aprecio. Yo deseo presentarme en la córte de la que no puedo vivir alejado; y todo esto no se consigue esperando pasivamente los sucesos que han de ocurrir.

No espero, ¿no oís? De aquí voy al palacio donde la catástrofe sucedió; proclamaré en alta voz el nombre del asesino; lo retaré á singular combate y pro- vocaré el juicio de Dios. ¡Oh! no pienso sino en el instante en que mi acusacion y mi guante caigan á los piés del culpable en medio de esa córte sublevada.

—Tengo que deciros, Fernando, dijo el abad que aun tenía su brazo pasado por el cuello del doncel, que el juicio de Dios no quiere pronunciar su fallo todavía. Sancho Ramirez no está en Roa.

Hizo Fernando una enérgica exclamacion, y el abad continuó diciéndole:

—Sancho Ramirez ya no es mayordomo, ya no es privado de la reina de Navarra. Sancho Ramirez va á la córte de donde vos venis, y á la que no podeis volver. ¡Oh! respetad, respetad, Fernando, la próroga que la justicia de Dios concede al criminal: respetadla y esperad.

—Pero ¿en dónde?... ¿Qué he de hacer entre tanto?... ¿Errar como un pros-cripto?...

—¿En dónde? ¡Aquí! á mi lado. ¿Qué haceis? Prepararos para lo que sobrevenga, ser útil si quereis á los que os necesitan. ¡Oh! las circunstancias son tales que hay muchos á quien podeis valer.

—Sí, sé que la guerra va á caer como el rayo sobre Roa, y por lo que he visto me parece que no está tan bien preparada como cuando la dejé; mas yo no tomo parte en ella: no combato sino con los pendones del rey.

—Bien haréis, y eso os cumple, repuso el abad; pero sin levantar vuestra

espada contra ellos podeis favorecer al que sucumba, en tanto que los que debian hacerlo desiertan de su lado. Esto tambien es noble, Fernando.

—¿De quién hablais? le preguntó el doncel sobre quien obraba el ascendiente de aquel hombre simpático y persuasivo, mucho más por su acento que por sus palabras.

—¿De quién quereis que os hable? De...

Pero ántes que terminara la frase pronunciando un nombre resonaron dos golpecitos suaves y cómedidos á la puerta de la celda, penetrando en ella, á una invitacion del abad, un monje y un paje gallardo de la reina de Navarra.

Ni un rayo de orgullo, ni una nube de impaciencia empañó la frente ancha y meditabunda del abad. Lo que hizo fue salir á su encuentro, y preguntarle despues de cambiar un saludo lacónico y cortes:

—¿Os puedo preguntar si necesitais de mí?

—Yo, tan solo para besar vuestra mano, respondió el paje inclinándose para recibirla.

El abad se la dió.

—Quien os necesita, es mi señora la reina de Navarra, la que me manda á anunciaros que os espera en su cámara para hablaros.

—Decidle que me apresuro á obedecerla, respondió el abad con dignidad y sin órgullo.

—Voy pues á noticiárselo, replicó el paje retirándose acompañado del monje.

—Fernando, dijo el abad así que los otros se alejaron: ¿quereis ser mi huésped miéntas en Roa os detengais?

—No, y os lo agradezco, pero me afectan estas bóvedas. Lo que quisiera es esperaros aquí.

—Quedáos todo el tiempo que os agrade, dijo con su media sonrisa el abad. Yo vendré á buscaros así que la reina me lo permita.

—Pues con vuestro permiso me quedo, porque necesito pensar, y aquí debe pensarse con calma. Además, quiero comunicaros lo que piense.

—Sea lo que discurrais fruto de esa calma que apeteceis. Entre tanto yo voy á la morada donde no la hay, ni acaso ya pueda haberla.

Y calándose su negra capucha tomó su baston y salió de la celda dejando al doncel en plena posesion de ella y del silencio y la soledad que para la meditacion se requiere.

**LXVI.**

Por una de las infinitas contradicciones á que está sujeto el espíritu humano, Figueroa, que para decidir al duque aceptó y sostuvo como incontestables las razones que dió el elocuente enviado de don García para mostrar la flaqueza y derrumbamiento de la causa que sustentaban, quiso, cuando palpó la exactitud de ellas, dudar de su solidez y verdad, diciéndose á sí mismo que quizá fuera tan fuerte y bien sostenida que pudiera mantenerse y dar aun la ley al monarca obligándole á transigir de potencia á potencia por medio de un convenio de los que en aquella época se celebraban entre el trono y el feudalismo.

Y aquella idea era vivamente acariciada evitando con empeño que su razon la examinara, porque de ella se desprendía naturalmente una esperanza en beneficio del rendido. Pero Gonzalo estaba destinado á conocer por propia experiencia todo el error en que cae el espíritu humano cuando solamente le conduce el interes ó el deseo, pues pasando por Olmedo supo que acababa de llegar Sancho Ramirez con su mesnada y que se dirigia á Valladolid á presentarse á don Enrique.

Aquella inesperada noticia le produjo contrarias sensaciones y duplicados temores.

La ida de Sancho á Valladolid le probaba que Blanca estaba en su poder y entregada á su amor ó á su venganza, y le anunciaba que capitulando la reina de Navarra, ó con él, ó con don Enrique, habia faltado de una manera ó de otra con el duque, en cuyo caso deducia que no era un ángulo solo el que habia falseado, sino dos por lo ménos los que ya estaban caidos.

Esta reflexion si por una parte destruia la esperanza de salvar al duque obligando al rey á volverle su libertad, por otra acallaba un tanto sus remordimientos, suponiendo que doña Leonor se habia anticipado á separarse de la alianza poniéndose á salvo de la tempestad por el medio que su talento ó las circunstancias le hubiesen sugerido.

Y por cierto que sus dudas se aumentaron y sus temores tambien, en cuanto pasó las puertas de Roa, pues no encontró en su recinto ni muchos paladines, ni belicoso ardor que los sostuviera y animara. Ansiedad y tristeza sí.

Todos los poderosos elementos de resistencia que con la venida de doña Leonor se habian aglomerado en la villa habian desaparecido de un golpe como á un claro rayo de sol las fantásticas figuras evocadas con un mágico conjuro, y la orgullosa, la rebelada Roa, se encontraba cuasi sola en el dia del peligro que habia llamado en su insensatez.

Si el clarísimo entendimiento de la reina de Navarra, ofuscado por su orgullo y por su ambicion, había cometido la aberracion de rebelarse contra su sobrino y valedor sin más motivo que las revelaciones del comendador de Azuaga, no por esto había perdido la peregrina comprension con que todo lo penetraba, su singular exactitud para apreciar las cosas y su rara perspicacia para conocer el poder de estas sobre los hombres.

Servíanle estas prendas para conocer su posición particular con relacion al duque de Benavente y con relacion á Sancho Ramirez. Sabía harto bien que don Fadrique había entrado en su alianza no por conviccion ni voluntad, sino por favorecer los amores de su alférez. Conocía mejor que nadie su carácter susceptible y arrebatado y temía que tomara pretexto de la desaparicion de Blanca, misterio que no se había podido aclarar, para separarse de la liga y obrar con entera independencia de ella.

De Sancho Ramirez no esperaba mas que mal; estaba segura que mientras pudiese hacérselo por sí mismo lo haría sin consideracion; que cuando fuera impotente para conseguirlo, se uniría á sus enemigos; y que á donde quiera que fuese le había de encontrar, porque ella había roto el talisman de su felicidad y no lo había hecho impunemente; porque ella lo había despreciado y él no había de sosegar hasta abatirla.

La confianza, pues, con que doña Leonor se había lanzado á recorrer el tortuoso camino que emprendiera impulsada por la mano de su enemigo Hernan Perez de Villafranca, había amenguado desde la muerte funesta de doña Brianda, trocándose en zozobra é inquietud durante aquellos días de desengaño que la habían sucedido.

Profundas cavilaciones, angustiosos temores, horas en fin de ansiedad pasaban para ella á vuelta de algunas esperanzas inseguras y baladíes, pues si la vuelta de los enviados de Benavente y Gijon le habían traído promesas importantes, la crisis se aproximaba y nada venía á confirmarlas.

En cuanto á don Pedro de Castilla había indicado la necesidad de dar una vuelta por sus estados para reclutar alguna gente y traer dinero, dos cosas de las cuales la primera era una necesidad urgentísima y la segunda no estaba de mas tampoco.

Ocupábase la reina en discurrir en su cámara con él, cuando presentándose Fernan Diaz del Alamillo sin que nadie le llamara, manifestó con cierto aire de mal agüero que Gonzalo de Figueroa acababa de llegar y solicitaba ser recibido para comunicarla el asunto importantísimo que le traía, añadiendo gratuitamente el nuevo mayordomo que así que lo hiciera tornaba á Valladolid donde le estaban esperando.

Miráronse la reina y el conde, porque la noticia era alarmante: dió la venia doña Leonor para que se presentara el diligente mensajero, y saliendo el novel mayordomo tornó á poco con Gonzalo. La sola impresion que causó su presencia

le reveló claramente lo que temía. En Roa como en Benavente se habían hundido.

Abrumado Gonzalo bajo el peso de una desgracia que se debía á su empeño fatal en desviarla de sobre el duque precipitando á los demas en ella se veia obligado á dar cuenta de sus acciones á la misma á quien perjudicaban, y de bonísima gana hubiera querido que cada palabra manifestara un hecho y al pronunciar la última encontrarse á doscientas leguas de Roa.

Doña Leonor y don Pedro por su parte al verle lleno de polvo, nebulosa la frente y de mal talante, unido á la indicacion sobre la vuelta á Valladolid hecha por Fernan Diaz, presumian, y presumian con razon, que no era satisfactorio su mensaje. La reina que á la alarma que le producía la venida del alférez se unía el tener que dar explicaciones sobre Blanca, tomó la iniciativa y le preguntó con visibles muestras de ansiedad:

—¿Qué nuevas venis á traerme, valiente y leal Figueroa?

—Iguales en un todo á las que V. A. puede darme, respondió Gonzalo sin emplear paliativos ni rodeos: malas.

—¿De dónde venis? preguntó el impaciente don Pedro de Castilla trasmutándose.

—De Valladolid, señor conde, contestó el alférez del duque contento de que se le interrogara.

—Y ¿á qué habeis ido allí? añadió doña Leonor prosiguiendo el empezado interrogatorio.

—A conocer muchas cosas que no presumia en mi ignorancia, contestó Figueroa oscureciéndose más y más su semblante.

—Explicáos, repuso la reina con viveza y emocion, porque vuestras escasas palabras me revelan una desgracia ó una traicion.

—Y penetrais con vuestra comprension su verdadero sentido, dijo bruscamente Gonzalo, tan bruscamente que el conde se puso en pié y la reina se tornó pálida como la cera; una cosa y otra tienden á anunciaros.

—¿A quién le ha sucedido la desgracia? preguntó trémula y agitada doña Leonor.

—A vuestro hermano el duque de Benavente.

—Y la traicion ¿quién la ha hecho? añadió don Pedro airado.

—El arzobispo de Santiago, que lo llamó en nombre del rey garantiéndole su libertad.

—Y el duque... ¿ha ido porque le llamaban? le preguntó la reina con acento de profunda reconvenccion.

—Ha ido porque yo le insté, le supliqué, le convencí y reduje, dijo Gonzalo haciendo con entereza la confesion prometida.

—¡Figueroa! exclamó doña Leonor con indignacion. ¿Sois tal que hayais podido vender á vuestro señor, á vuestro amigo y compañero, á vuestro noble é insigne valedor?

—¡Mengua para el que se lo figure! repuso con energía Gonzalo. Yo prevei que el edificio se hundia, y no quise que se desplomase sobre su cabeza, tanto más que en él se encontraba por mí y se encontraba desesperado.

—Pero ¿en dónde está el duque, en dónde? preguntó don Pedro á quien la rabia cegaba.

—¡En Valladolid! dijo con amarga sonrisa la reina.

—¡Oh! no, no está ya en Valladolid, replicó el alférez del duque con un pesar concentrado y sombrío; va preso entre lanzas cruzando la mitad del reino para encerrarle en el castillo de Monreal.

—¡Por perjuero! dijo rencorosamente el conde de Trastamara. ¡Quien tal hace, que tal pague!

—Don Pedro, exclamó la reina de Navarra llenos los ojos de lágrimas, no echemos maldiciones al caido que harta desventura tiene.

—Ni las merece quien solo tuvo un pensamiento, y ese fue el de salvaros anteponiéndos á sí mismo, añadió Figueroa con acento de reconvencion.

—Figueroa, dijo doña Leonor con más calma así que se hubo enjugado dos gruesas lágrimas que la fuerza de sus emociones habia hecho correr por sus mejillas, ese tono reprochador os está mal; abandonadle, y tomando otro que os cuadre mejor, contadnos todo lo acaecido á don Fadrique y á vos.

—Os lo diré en pocas palabras, repuso Gonzalo tomando para la narracion que se le pedia un laconismo nervioso y cortante. Os advertiré ante todo que el duque veia venir los acontecimientos sin interes, sin fe y sin esperanza. Tenía los brazos cruzados para sujetar el corazon que á otra parte se lanzaba, y sin vacilar ni un instante en resistirlos le faltaba voluntad para dominarlos y dirigirlos. Vivía soñando don Fadrique, y, señora ¡pese á mi alma! soñaba porque no vivía encerrado entre almenas y ballestas.

Así estábamos en Benavente cuando se os antojó mandar un hidalgo tan lenguaraz como mal pensado, el cual deshonorando á una dama anuló vuestra alianza, dando por roto el lazo que la formaba; y, señora, con vuestro enviado vino otro brindando paz, paz que era un lazo y lazo que no conocimos, tan diestramente fue tendido.

El duque la rehusó con firmeza, pero combatí su propósito con energía, le aseguré que su juramento estaba alzado... y partimos á Valladolid á instancia del rey y bajo la garantía del arzobispo don García Manrique.

Allí no habia paz si no venganza. Don Enrique le reprochó duramente, le pidió la espada que entregó al condestable su privado... se lo confió como á prisionero al adelantado mayor... lo hizo salir de la cámara porque al arzobispo se le puso en mientes dar explicaciones sobre su traicion, y despues de detenerle en el alcázar y de hacerme á mí salir de él, emprendió entre lanzas el camino de su prision, ántes que el rey el de Roa, al frente del ejército que le sigue.

—¿El rey viene? exclamó la reina de Navarra olvidando al duque para ocuparse de sí.

—Sí, señora, delante de mí entraron los aposentadores en Olmedo, y delante de mí salieron sus huestes de Valladolid.

—Con que ¿lo habeis visto?

—Por mis ojos.

—Y ¿qué fuerza trae?

—Mil lanzas que las manda el condestable, doscientas que le preceden con el adelantado Diego Lopez Sarmiento, y además los donceles y monteros que con los caballeros de Alcántara y Calatrava rodean á don Enrique formando su vanguardia.

—Todo eso para unos muros no más, porque falta quien los defienda, murmuró el conde por lo bajo requiriendo maquinalmente su espada.

—Y ¿á que habeis venido vos? le preguntó doña Leonor dominando sus impresiones con mejor éxito que don Pedro.

—A noticiároslo, señora, por si os podeis salvar precaviendo con tiempo el golpe: á manifestaros que sobre mí recae la responsabilidad de su desgracia y la culpa de su perjurio. Se lo prometí y lo he cumplido.

—Y ahora ¿qué vais á hacer?

—A partir, á correr sin descanso, á alcanzarle si puedo en el camino, y á intentar para libertarle cuanto á mi imaginacion se ocurra y á mi esfuerzo sea posible.

—¿Partis, pues?

—En el momento, porque cambiaré mi caballo que dudo pueda correr más despues de la carrera de hoy, con otro fuerte y descansado, pero que reventaré del mismo modo.

—No os detengo, marchad y reuníos con el duque. Por si yo no le veo más os encargo le digais que por ser fiel á la promesa que le hice he perdido mis amigos convirtiéndose para mí en rencorosos y terribles enemigos, y que en medio de mis temores por la desgracia que me amenaza lloro amargamente la suya que duele á mi corazon.

En cuanto á vos, no os haré reconvenciones, porque hartas os hará vuestra conciencia; sólo os diré, porque es bueno que lo tengais entendido, que un juramento voluntariamente prestado no lo disuelve nada, pudiendo solamente relajarles los que tienen la potestad augusta de Aquel en cuyo nombre se presta. Influjo funesto para el duque le habeis hecho faltar á su fe, cayendo sobre él el anatema del perjurio, anatema que él mismo profirió con entera voluntad. ¡Oh, Dios mio! añadió doña Leonor juntando las manos y elevándolas al cielo con su voz vibrante y conmovida. ¡No pese sobre él, no le confunda!

—¡Oh, no! exclamó Gonzalo con un impetuoso arranque. Sea carga del que lo ha inducido, aunque lo obligue á bajar su frente hasta quedar hundido en el polvo.

Y levantando la suya buscó como doña Leonor en el fondo de otra region quien escuchara su voto.

—Si para salvarle vais, apresuráos, dijo la reina de Navarra un poco más tranquila y ménos severa.

—Si haré, señora, y prométoos que en cuanto lo consiga iré á noticiároslo donde esteis, y á consagraros mi brazo en expiacion de mi falta.

—Cuando volvais, replicó doña Leonor dando un amargo suspiro, traedme mejores nuevas que las que esta vez me dejais, y quedaréis absuelto de todo cargo y censura.

—Si vuelvo os prometo que seré digno de ello.

Y saludándola profundamente salió de la cámara, no sin despedirse del conde, cuyas cejas juntas con un hondo pliegue y el tenaz silencio que guardaba, indicaban muy á las claras que habia pasado el tiempo del entusiasmo y venido el del temor.

## LXVII.

En cuanto desapareció Gonzalo de Figueroa miró la reina á su primo, aliado y campeón, y al ver su fatídico entrecejo le dijo con energía:

—Conde, llegó la hora de la prueba, preparémonos á pasarla si no con esperanza por lo ménos con valor.

—¿Creeis que me falta? le preguntó don Pedro ásperamente.

—Presérveme Dios de creerlo, respondió doña Leonor mirándole entre sorprendida y severa, mas viendo vuestro talante y oyendo el tono que le dais á vuestra voz para responderme, empiezo á presumir que habeis perdido vuestro entusiasmo.

—Ni más ni ménos que vos vuestro poder.

—Sí, pero yo he adquirido fortaleza en el momento de la crisis, repuso doña Leonor con intencion.

—Y ¿qué pensais hacer con ella? la preguntó don Pedro con sarcasmo.

—No abatirme, no comprometer mi dignidad, respondió la reina altivamente.

—Esa comision la tomará Ruy Lopez Dávalos, Juan Hurtado de Mendoza y Diego Lopez de Zúñiga, replicó el conde duramente, y ¡por Cristo! que son hombres para desempeñarla á maravilla.

Con el entusiasmo le faltaba al campeón su galantería.

—Don Pedro, dijo doña Leonor herida vivamente con el lenguaje del conde que habia variado con su fortuna; mucho espero de vos como aliado, pero muy

poco como consejero. Permitid pues que yo me ocupe de mí misma, para lo cual voy á reunir en mi cámara á todo aquel que sea notable por su saber, mesura y experiencia.

—A cuya cabeza estaré yo, repuso el conde un tanto torvo, porque mi suerte está unida á la vuestra, y lo que os interesa me atañe.

—Ese es vuestro lugar, primo, y no trato de negárosle. Esperáos, pues, porque como no son muchos los consejeros, no tardarán en reunirse.

Dichas estas palabras llamó doña Leonor y se presentaron dos pajes.

—Decidle á mi mayordomo Fernan Diaz del Alamillo que venga.

Salieron aquellos á cumplir la orden de la reina, y el conde la preguntó:

—¿Vais á llamar á esos pocos hidalgos vacilantes que permanecen en Roa á fuerza de promesas y compromisos?

—Sí, conde.

—Pues excusáos el trabajo de consultarlos, porque el parecer de esos será el de irse.

—Lo tendrémós en cuenta, don Pedro, pero lo oirémós con atencion.

En aquel momento entró presuroso el hidalgo Alamillo.

—Fernan, le dijo la reina con decision: mandad que sean convocados para tener consejo en mi cámara todos los caballeros é hidalgos que en nuestra villa se encuentran, así mismo el alcaide y todos los que tienen autoridad en la villa y en palacio, encargándoles que estén aquí luego que pase una hora. Antes haced que avisen al abad de San Pedro del Muro y á Juan Sanchez de Rivagorza, diciéndoles que los espero porque quiero hablar con ellos.

Enterado Fernan Diaz de lo que se le mandaba se retiró, quedando solos nuevamente doña Leonor y el conde, callada aquella y pensativo este, pero los dos resentidos y de mal talante.

Poco tardó en volver el activo mayordomo y en pos suya y cuasi á un tiempo entraron en la cámara el anciano justicia y el jóven abad.

Despidió la reina al hidalgo, señaló á su diestra un asiento al abad, otro á la siniestra al honrado Rivagorza, y tomando la palabra les dijo mirando alternativamente á aquellos dos hombres, de los cuales el uno terminaba su carrera, y el otro la principiaba:

—Antes de rodearme de los pocos hidalgos que me son fieles y de aquellos que me deben obediencia, quiero escuchar el parecer de quien no agitan, no fascinan las pasiones ni los intereses del mundo, y de quien las conoce y las maneja sin que le impongan ni ofusquen, y no temais manifestármelo temiendo que me impresione y me altere, porque yo busco remedio, y ese no se encuentra si no se conoce bien el peligro y se le mide con calma.

Y despues de recibir la protesta solemne y grave de dárselo, doña Leonor puso en su conocimiento las noticias de Figueroa y los temores del conde.

—Pedis nuestro parecer, señora, dijo el anciano Rivagorza oido el claro y

conciso relato de la reina con profundísima atención. Vais pues á oír el mio, que en conciencia voy á dárosle.

La respuesta que disteis al monarca os puso en declarada rebelion á sus órdenes, y segun la ley de las naciones don Enrique está en su derecho reprimiéndola y castigándola. Por lo que ha hecho con don Fadrique se colige que va á usar de él en su amplitud, y en el estado en que las cosas se han puesto ya no puede organizarse en Roa una resistencia bastante fuerte y poderosa, para que estorbando su intento llevara la cuestion al terreno de las transacciones. La villa, señora, tiene más miedo que fuerza, y para combatir con éxito lo primero que se necesita es que aquel no se conozca y que en esta haya confianza.

—Bien y fielmente habeis descrito la situacion en que nos encontramos; ahora falta que indiqueis un remedio de los que vuestra gran experiencia conozca como salvadores.

—Doña Leonor, dijo el anciano justicia de la villa con tristeza, cuando un enfermo está en la agonía no obran sobre él otros que los que vienen de arriba, porque si los de aquí bajo sirvieran, no llegara á encontrarse en aquel caso.

—Teneis razon, Juan, mucha razon, repuso la reina acentuando lentamente; lo que no hay, pertenece á lo imposible el encontrarlo. Sin embargo, añadió dirigiéndose al abad, vemos náufragos que encuentran una tabla de salvacion. ¿No hallaré yo una cuando la busque con afan?

—Sí, señora, respondió el abad con mesura y animador acento, no os faltará si la buscáis con ánimo firme poniendo vuestra confianza en Dios.

—Y ¿no me ayudaréis con vuestras luces en mi empresa? repuso doña Leonor asiéndose á la esperanza que le daba.

—Poca cosa soy, dijo el jóven abad con singular modestia y cumplidísima humildad, poco sé, poco puedo, pero lo que mi inteligencia alcance y lo que mis esfuerzos consigan, lo emplearé en sacaros del piélagó en que os sumergis.

—Cuento con vos para lograrlo, y mis presentimientos me dicen que no es vana mi esperanza. Permitid pues que me dirija á vuestra inteligencia y que le pida una de sus luces para encontrar la salida.

—Señora, os quedan dos practicables, ambas situadas en los extremos; la una fácil, la otra expuesta.

—Decidlas, decidlas pronto.

—Huir con don Pedro y encerraros en Gijón.

—¿La otra?

—Someterse voluntariamente al rey y reclamar su generosidad como dama.

—De Enrique III no hay nada que esperar, dijo el conde de Trastamara impaciente y contradecidor.

—¿Por qué no? le preguntó el abad con dulzura.

—Porque lo ha probado faltando á las garantías con que el duque iba resguardado.

—Don Pedro, replicó el consejero con profunda convicción al par de su mansedumbre, en el mundo que habitamos rige una ley á cada sér. El duque de Benavente aunque arrogante y poderoso era un vasallo, y lo sujetaron á la ley de los vasallos. Doña Leonor es una reina, y la salvará del peligro la corona que ciñe sus sienes, porque la escuda la ley que hace á los reyes inviolables, y esa ley no la destruirán ellos mismos, porque se destruirán á sí propios. Esto es si reclama sus fueros de reina de Navarra, que si sólo se presenta como dama y dama en tribulacion, don Enrique, caballero como pocos, no descargará en ella sus iras, sino que la tendrá delicadas atenciones.

—¿Qué os parece, Rivagorza?

—Me parece, señora, que os proponen lo mejor.

—Para entregarse rendidos aun es demasiado pronto, dijo el conde viendo con resentimiento separar la causa de doña Leonor de la de sus aliados con el objeto de mejorarla.

—Señor conde, replicó Juan Sanchez de Rivagorza con agreste franqueza, la sumision conmueve, la resistencia irrita. Si doña Leonor abre sus puertas al rey, este entrará en Roa con el acero en su vaina; pero si no lo hace entrará por una brecha, y como derriba el muro, derribará cuanto encuentre.

—Primo, dijo doña Leonor despues de una breve pausa, dadme vuestro parecer.

—Señora, permitid que yo os pida el vuestro, respondió don Pedro con acritud.

—Mi voto es el último, replicó la reina de Navarra con decision, y tiene para formarse que conocer el vuestro, pues que unida está nuestra suerte.

—Y yo creo ¡pardiez! que en este punto se separan, puesto que vos reina y dama, escudándoos con vuestros derechos vais á pedirle gracia á don Enrique, despues de haberle retado.

—Si lo hago, dijo doña Leonor herida con el duro reproche de su primo, no será para mí.

—Sea para vuestro hermano, señora, de quien seguis el ejemplo, porque yo no la he menester y no la demandaré jamas.

—Señor conde, dijo el anciano Rivagorza rudamente, reflexionad que al proscrito le falta tierra en los piés.

—No á don Pedro de Castilla, replicó este en un arranque de su arrogancia, porque la sabrá conquistar con la punta de su espada.

—¿Qué os proponeis, pues? le preguntó doña Leonor con alguna sequedad.

—Ir á Gijon, señora, dijo el conde tomando el camino que habia indicado á la reina el abad.

—Y ¿si don Alfonso sucumbe?

—Tengo el mar, doña Leonor, y mil partes donde ir.

—Dichoso vos que podeis, exclamó la reina con interior sentimiento.

—Y ¿vos? la preguntó á su vez el conde.

—Yo haré frente á la tormenta, con dignidad como reina, con resignacion como dama.

—Entónces nos separamos.

—¡Sea para vuestra libertad, primo!

—¡Sea para vuestra salvacion, señora!

Y la reina y el conde cambiaron un ligero saludo irónico y amargo como sus palabras.

En aquel momento resonó un fuerte murmullo en la antecámara ocasionado por la llegada de los que doña Leonor habia convocado para su cámara. Advirtiéndolo, le dijo la reina á Rivagorza:

—Juan, abrid las puertas, y decidles á esos hidalgos que entren.

Hízolo así el anciano y entraron en la cámara hasta veinte, acaso los más oscuros de todos sus partidarios, pero los más constantes y resueltos.

—Señores, dijo doña Leonor con emocion: tengo que participaros tristes nuevas. El duque de Benavente ha caido en una asechanza y es prisionero del rey; este viene sobre Roa como ofendido al frente de un fuerte ejército. Aquí ya no hay mas que peligros, las esperanzas murieron. ¡Señores, dejad la villa!

—¡Nunca! contestaron á la vez aquel puñado de hombres resueltos, no á defenderse, sino á dejarse matar á su lado con el fanatismo de la lealtad.

—Cuando os llamé á mi lado, prosiguió diciendo doña Leonor más conmovida, tenía la certidumbre de triunfar en la contienda donde iban á ventilarse nuestros conculcados derechos, y como creia en restablecerlos, tambien en poder premiar la adhesion y la bravura. Hoy, por el contrario, me falta y os abro las puertas de Roa para que la abandoneis á su suerte y no comprometais la vuestra entre piedras que se desploman.

—Os hemos dicho que nunca la dejaremos, contestó un hidalgo tomando la palabra á nombre de todos, y ahora añadimos que entre sus escombros formaremos vuestra guardia, haciendo escudo nuestro pecho.

—Gracias, señores, gracias, dijo la reina sensiblemente afectada; pero por mí, así como no tengo esperanza, tampoco abrigo temor, y este me abrumaria si os quedaseis en la villa. Partid, pues, partid hoy mejor que mañana y guarecéos como las águilas en lo más alto que encontréis.

—Bien, así lo harémos, pues lo mandais, replicó otro hidalgo cediendo, mas será para lanzarnos de allí adonde nos necesiteis.

—Acepto la promesa, repuso la reina con su simpático y dulce acento; y si no la reclamo porque no tenga necesidad de vuestros brazos, siempre será un buen recuerdo que conservaré eternamente de los hidalgos castellanos.

Y saludándolos con un ademan de los que sólo á ella eran peculiares, los despidió saliendo todos más entusiasmados con la reina que lo habian estado hasta entónces.

## LXVIII.

Así que se extinguió el ruido de sus pasos dijo don Pedro con despecho y un resentimiento que no trató de ocultar:

—Señora, habeis cumplido vuestra palabra ocupándoos de vos misma, y lo habeis hecho hasta el punto de olvidar completamente á los demas.

—Bien veis lo contrario, contestó con calma doña Leonor.

—Lo que veo es que no me habeis dejado ni aun uno de esos hidalgos para que me acompañe en mi viaje.

—Pues ¿y vuestros escuderos?

—Buenos son para que me descubran, y no es eso por cierto lo que me propongo.

—¡Oh, perdonad! Pero olvidé...

—Que hay más peligros que los vuestros, dijo sardónicamente el conde.

—¡Don Pedro! exclamó doña Leonor. No pensé que tan oscuramente sucumbiéramos, y mucho ménos que os habia de oir palabras como las vertidas por vuestros labios en esta mañana memorable.

—Ni yo pude imaginar nunca que tan egoistamente hicierais lo que os conviene.

—Conde, dijo doña Leonor con amargura, entre todos mis desengaños este es el más doloroso. ¡Basta! Yo os daré quien os acompañe, y ojalá que sea con más abnegacion que vos habeis tenido en esta crisis.

—¿Me vais por ventura á dar alguno de vuestros escuderos? le preguntó con acento burlon el conde.

—Os dará uno que no tiene precio, porque reúne todas las cualidades que necesita, dijo el abad quitando la palabra de los trémulos labios de la reina.

Esta le interrogó con una mirada, y el abad respondiendo afirmativamente con un signo, añadió sin vacilar, dirigiéndose á don Pedro:

—Y como urge vuestra salida de Roa, voy á transmitirle las órdenes de S. A., y así que las reciba vendrá á ponerse á las vuestras. ¿Lo permitis, señora?

—¡Oh! idos y traedle al punto, porque no estaré tranquila hasta que el conde esté en salvo.

—Y ¡sobre todo, fuera de Roa!

—Así es, don Pedro, dijo doña Leonor aceptando el cargo altivamente.

El abad salió de la cámara, abandonó el palacio, cruzó la villa, llegó al monasterio y entró en su celda.

—Fernando, dijo al doncel sin preámbulos, acabo de prometer en vuestro nombre un servicio á la reina de Navarra. ¿He hecho mal?

—De ningun modo, respondió el resuelto doncel.

—Tal creia. Ahora escuchad el que es.

—Atentamente os escucho.

—Don Enrique viene sobre Roa.

—Lo sé.

—Y doña Leonor ha resuelto someterse y abrirle las puertas de la villa, así que ante ellas se presente. El conde de Trastamara piensa de distinto modo y se va, pero se va como proscripto, solo y de incógnito. Su intento es reunirse con el conde de Gijon. Necesita, pues, un guia fiel, un compañero valiente y un consejero sereno; rehusa tomarle en su servidumbre, ni en la de doña Leonor, porque son sobradamente conocidos, y en su conflicto yo he pensado en vos, porque conocéis el país, porque sois audaz y de singular ingenio. Os he elegido tambien porque os conviene no poner os por ahora al alcance del alcaide, sino bajo la proteccion del arzobispo don García, á quien revelaréis vuestra aventura bajo el secreto de la confesion. No sigais al conde más allá de la primer villa de don Alfonso, y en seguida volvéos aquí que yo proveeré á vuestra seguridad y don García á vuestro descargo.

—Seguiré en todo vuestros consejos, y tomo por mio vuestro compromiso. Presentadme cuando querais á la reina.

—Sí, venid, porque el tiempo urge. Benavente ha caido y es muy posible que se corten las comunicaciones.

—Escuchad, dijo Fernando un tanto pensativo; el caballo que me ha traído no está en disposicion de llevarme, y no puedo reemplazarle... porque mi escarcela se vació en mi viaje á Valladolid.

—Dejadle aquí para otra ocasion; lo que es en esta os proveeréis en las caballerizas del conde. ¿Se os ocurre otra dificultad?

—No.

—Pues ¿vamos?

—¡Vamos!

Y los dos antiguos pajes salieron de la celda trasladándose con prontitud del monasterio al palacio. Entraron en la cámara, y el abad lo presentó á la reina, y la reina al conde despues de oír sus protestas.

Don Pedro le examinó de los piés á la cabeza, y dijo con sorpresa y disgusto:

—¡Me presentais un doncel de Enrique III!

—Sí, por cierto, señor conde, dijo el abad adelantándose á la reina para contestar; un doncel cuya sangre es fria, cuya resolucion es pronta, cuya inteligencia es clara, y cuyo corazon es leal. Contad ademas con un valor que no arredra peligro de ninguna clase.

La reina le miró con interés, y el conde replicó dejando revelar la existencia del miedo en su suspicacia:

—No dudo de sus cualidades, pero ponerse en manos de un servidor de su enemigo... convendréis que no es prudente.

—Por desgracia, dijo Fernando con orgullo, no me encuentro hoy á sus órdenes, razón por la cual vengo en ponerme á las vuestras, que cumpliré como he cumplido siempre las tuyas, con lealtad.

—Perdonad al desengaño la desconfianza, dijo doña Leonor con mesura y dignidad al doncel. Y luego, vuelta hácia el abad, añadió: ¿Señor abad, respondéis de su lealtad?

—Respondo de ella con tanta seguridad como de la mía propia, contestó el interpelado con la firmeza de una profunda convicción.

—Pues tened mi promesa por cumplida, conde, dándoos lo que echasteis ménos y creéis necesitar.

—Gracias, señora, respondió don Pedro levantándose para partir seguro de su guía con la solemne protesta del abad.

Doña Leonor se levantó para despedirle.

—He aquí dos ángulos caídos, dijo el conde sardónico y duro para expresar sus sentimientos; los que pretendían dar solidez al edificio: los otros dos aun se sostienen, y por lo ménos probarán que cumplen lo que prometen, y guardan los juramentos que prestan, aunque sea sobre la mano de un enemigo.

—Conde, replicó la reina pálida y conmovida, en este momento supremo no quiero aumentar la amargura de nuestra despedida con la hiel de los reproches. Idos, pero comprendiendo ántes todo el pesar que me devora, no por mi comprometida seguridad, sino porque he visto desaparecer en el día del peligro las afecciones con que contaba, no como reina y señora, sino como deuda y mujer. Las mias son más profundas y algun día os lo probaré.

Vuelta á Fernando, añadió:

—Doncel, la reina de Navarra os confía la seguridad de su deudo don Pedro de Castilla. Guíadle con prudencia y defendedle con valor, no separándoos de él hasta que le dejéis en seguro. Cuando esto haya sucedido, volved para darme cuenta y recibir la recompensa de que no dudo os haréis digno.

—Señora, respondió Fernando irguiendo su rubia y descubierta cabeza con la confianza en sí mismo que le era peculiar, conduciré pronto y bien á vuestro deudo á donde guste mandarme, y si algun peligro le amenazare yo se lo evitaré, ya desviándole de él, ya recibiendo las estocadas que le dirijan. En cuanto á volver no lo aseguro, porque acaso yo á mi vez quede proscripto, mas en todo caso, sabed que voy sobradamente recompensado con haber merecido tal encargo de V. A.

Y adelantándose un paso besó respetuosamente la mano de la reina, hincando para ello con galantería una rodilla en tierra.

—Señora, que os sea propicia la suerte, dijo el conde terminando la despedida.

—Y á vos, respondió la reina conteniendo el llanto con esfuerzo.

El conde y Fernando saludaron por última vez á la reina y salieron de la cámara. Así que esto sucedió, Juan Sanchez de Rivagorza dijo con no disimulada satisfaccion:

—¡Gracias á Dios que se han ido! Con esto y abrirle las puertas de la villa á don Enrique estais salvada.

Dió un profundo suspiro doña Leonor y respondió:

—¡Dios os oiga, Rivagorza!

—Le oirá, dijo el abad disponiéndose á retirarse; el dia de hoy ha sido la expiacion del dia en que os rebelasteis: pasó la justicia y entra su misericordia.

—Así sea, murmuró doña Leonor sentándose en su sitio.

El justicia y el abad se fuéron y la reina quedó sola en su cámara. Doña Leonor la recorrió con una mirada, y pasando por su mente un pensamiento de tristeza, exclamó:

—¡Ya no queda nadie á mi lado!

—¡Si estoy aquí yo! Ji, ji, ji.

—¡Diamante!

—Ji, ji, ji. Yo, dijo el diminuto enano saliendo de detras de su asiento riendo estúpidamente y poniendo sus pequeñas manos sobre las rodillas de la reina.

—¡Buen valedor! dijo doña Leonor apartándole.

—Ji, ji, ji. Bueno, bueno, bueno. Ji, ji, ji.

—Diamante, vete; hoy me haces sufrir, vete, le dijo la reina á quien aquel sencillo incidente habia afectado.

Y no pudiendo contenerlas derramó algunas lágrimas que el pequeño favorito vió correr silencioso y encogido, brillando en sus pequeñísimos ojos un destello de sensibilidad, mientras su rostro hacia una mueca feísima, que dió por fruto una lágrima que nadie vió, porque doña Leonor no se curó de mirarle.

## LXIX.

Gonzalo salió de Roa sin tomar un instante de descanso. La inquietud de su espíritu necesitaba movimiento, y si su voz hubiera podido penetrar en las regiones donde se forma el huracan, lo hubiera llamado para que en sus torbellinos lo arrebatara.

Eso sí, había cambiado de caballo una y otra vez, y á peligro de reventarle, lo lanzaba á rienda suelta por el camino que recorría rápido como el rayo que cruza el espacio.

Si desmayaba en su violenta carrera clavábale el acicate en el ijar y la sangre enrojecia la negra piel del bruto, miéntras que tanta fatiga no daba color á la frente arrugada y sombría de su dueño.

Así llegó á San Chidrian, donde paró á tomar nuevas del duque. Diéronselas de ir muy escoltado y vigilado y seguir el camino de Madrid. Tello de Villafranca no se separaba de su lado.

Toda la energía de su ánimo no bastaba á impedir que su cuerpo empezase á desfallecer, y mal su grado se vió obligado á detenerse para tomar una refaccion y que su cabalgadura descansase, y en tanto que se la preparaban en la única y fermentada posada del lugar, sentado como estaba en un banco de tierra, se recostó sobre la pared apoyando la sien á su brazo.

Era la hora de siesta y hacia mucho calor. Sus párpados enrojecidos por el insomnio y la irritacion de todo su sér se entornaron primero con languidez, despues se cerraron como si una capa de plomo pesase sobre ellos, y por último se durmió profundamente.

Harto preocupado su espíritu para encontrar reposo empezó á vagar por la region de los sueños y á sufrir sensaciones tanto más violentas cuanto que su razon no podia moderarlas, ni la fuerza de su voluntad resistirlas.

Con el conocimiento de su posicion, con todos sus recuerdos y dominado por su exclusivo deseo, pensamiento de todos sus instantes, en una palabra, con todas las amarguras de su vida y con todos los proyectos que fraguaba en su mente despierto, se encontró Gonzalo con las transiciones del delirio al pié del castillo de San Prom; sólo, que en vez de las cabañas de Ruitelan, se alzaba al par de San Prom y cual si fueran gemelos el castillo de Monreal.

Prisionero el duque en su torre iba á evadirse consiguiendo la perdida libertad, para lo cual en el momento en que don Fadrique apareciera en la ventana de su prision debia Gonzalo arrojar una escala por la que el duque habia de descender.

Esperando pues la señal convenida con el prisionero acechaba las ventanas de la torre con una atencion palpitante, cuando de pronto penetró en sus oídos una voz vibrante y dulce, la misma voz que habia oido á traves de los hierros y celosias del convento de Valladolid, la voz de Blanca, en fin, que se exhalaba en un grito de socorro.

Sin poderse contener y á pesar de la expectacion en que estaba de la torre, volvió la cara y vió entre los robles de Ruitelan una figura atlética que arrebató entre sus brazos una mujer ahogando con besos sus gritos.

Al punto los reconoció: eran Sancho Ramirez y Blanca de Castro.

Gonzalo sacó su puñal y fué á lanzarse al raptor, pero en aquel instante apa-

reció en la ventana de Monreal el duque macilento y encanecido, y tendiéndole la mano hizo la señal convenida.

Por un momento sintió con una lucha horrible la indecision, teniendo en una mano el puñal y en otra la escala.

En aquella disposicion un segundo grito de Blanca más angustiado que el primero y apagado del mismo modo, hizo estremecer todas las fibras de Gonzalo, hizo cubrir de sudor su frente, hizo crisar todos sus nervios y levantar el puñal, y una segunda seña del duque alargándole la mano con ademan suplicante, paralizar su impulso y fijarle como una estatua.

Sin embargo, su mirada se lanzó entre los robles como se lanzaba su alma y distinguió por última vez el blanco ropaje que flotaba con la brisa, y sobre él, los negros cabellos de la jóven y sus manos que desesperadamente se retorcian.

Bajo aquella impresion dió un grito ronco y una sacudida violenta, despertando despavorido.

Mas al abrir los ojos vió en frente de sí un hombre, que con los brazos cruzados sobre el robusto pecho le contemplaba atentamente, y una exclamacion enérgica se escapó de sus labios contraidos.

Era el cazador de San Prom.

## LXX.

Por Pié de Corzo no habían pasado los dias. Fuerte, duro y melancólico, tan inmóvil como impenetrable, miraba fijamente á Gonzalo observándole con profundísima atencion. Este por el contrario se estremeció al verle, y en la impresion de su sueño le preguntó:

—¿Venis á traerme la pluma, Pié de Corzo?

—Todavía no, porque ignoro cómo os la he de devolver, respondió el cazador con reserva y visible prevencion; pero ya que Dios os trae á mi encuentro os pido nuevas de la señora de Ruitelan.

Las explicaciones eran tiempo hacia el tormento de Gonzalo, tormento que Pié de Corzo iba implacablemente á reproducir.

Ante la que iba á tener lugar el alférez del duque se sintió extremadamente cortado.

—¿Sabeis?... dijo.

Y se detuvo retrayéndose á decirlas.

—Sé que sufre, dijo Pié de Corzo con profunda y melancólica expresion.

porque el roble está enfermo, y de muerte, si mi experiencia no me engaña. He ahí lo que me ha sacado de Ruitelan.

—¡Que sea á tiempo! murmuró Gonzalo con acento sombrío, resonando aun en su oído el último grito que Blanca habia dado en su horrible pesadilla.

—¿Qué le acontece pues á mi señora? le preguntó el cazador con la exigencia del interes.

Gonzalo dió uno de esos suspiros que da la naturaleza en medio de sus borascas, y respondió apoyando la frente en la palma de su mano:

—¡No lo sé, Pié de Corzo!

—Entónces ¿de qué proviene esa incierta pero fatídica presuncion? ¿esa siniestra duda?

—De mis presentimientos... y de algunos antecedentes... de un sueño... de un aviso... ¡Pero en verdad no lo sé!

Y Figueroa arrugó más su frente empapada de sudor, porque en su exaltada fantasía veia á Blanca agitarse y retorcerse presa de Sancho Ramirez.

—¿Será para vos este cuchillo...? exclamó Pié de Corzo sacando el suyo de la vaina y empuñándole su mano vigorosa.

Encogióse de hombros Gonzalo, y una sonrisa de amarga y desoladora indiferencia se dibujó en sus labios tan secos cual si les hubieran aplicado la roja brasa de una hoguera.

—¡Respondedme! dijo Pié de Corzo rudamente amenazador. ¿Dónde está mi señora de quien os proclamasteis campeon presuntuoso?

—Creo que en un convento de Valladolid, respondió el alférez del duque siempre con la frente inclinada.

—¡Creo! ¿No lo sabeis con certeza?

—No. Presumo que sea, porque me pareció oír su voz que me llamaba.

—Y ¿no acudisteis? le preguntó el cazador chispeándole los ojos.

—No me podia detener, murmuró el interrogado abrumado con sus recuerdos.

—¡Mal caballero! ¡No atender á una dama atribulada quizá!

La pálida faz de Gonzalo se contrajo, sus ojos brillaron con el fuego de la ira, y su frente se coloró de sonrojo, pero su lengua fue muda, porque su corazon le produjo el mismo cargo, y á su peso sucumbió la susceptibilidad de su orgullo.

—¿Por qué hicisteis esa descortesía, que yo que no he nacido noble no hubiera cometido por villana?

—Porque llevaba la mision que llevo hoy, salvar á quien he perdido, dijo Gonzalo resuelto y sombrío; porque entónces como ahora no podia disponer ni del tiempo ni de mí, porque el deber y el honor es ante todo en la vida.

—Segun eso, y á pesar de lo que prometisteis ante los muros de San Prom, no me seguiréis si presentándoos vuestra pluma os digo *venid*.

—No, no os seguiré, dijo Gonzalo poniéndose sus manos una sobre otra para contener sus convulsivos estremecimientos.

—Está bien, dijo el cazador con insultante desprecio; Pié de Corzo no necesita espada como la vuestra. Así como he venido hasta aquí llegaré á Valladolid, buscaré á mi señora, la encontraré aunque la oculten en un abismo, la defenderé si necesita auxilio, y la vengaré si acaso llegara tarde. Y vos, ¡el que blasonais de caballero de los del temple del Cid! idos á vuestras empresas, dadlas cima y recoged honra y prez en abundancia; mas no olvideis por vuestra vida que hay un cuchillo cuya aguzada punta puede buscar vuestro corazon y sorprenderle en sus villanas veleidades.

—No he tenido mas que una, repuso el alférez del duque con amargura, y esa me cuesta... algo más que la vida. Decídselo así á vuestra señora, si de mí la quereis hablar.

—¡Justicia de Dios, si querré! No ansio otra cosa, y despues que me diga lo que con ella habeis hecho, os entregaré vuestra pluma que voy ahora mismo y en presencia vuestra á señalar.

Esto dicho, sacó Pié de Corzo un pergamino doblado que llevaba entre los pliegues de su jubon, y de él la pluma que Gonzalo le dió en Ruitelan, despues hizo una leve incision con la aguda punta del cuchillo en una de las arterias de su mano, brotando al punto su sangre roja y espesa. Pasó la pluma por ella y quedó toda manchada.

—Me declarais guerra, y guerra mortal, dijo Gonzalo que estaba en uno de esos momentos de desesperacion que siente la criatura cuando la abruma. ¡Hacédmela! Yo no retrocedo ante nada, lo acepto todo, hasta las heces de mi copa.

Y Gonzalo irguiéndose al fin lo miró frente á frente con fiera y amarga expresion. Pié de Corzo guardó la pluma.

Aun estaba ocupado en colocarla bajo su jubon cuando se presentó la posadera con la comida que iba á servir á su huésped, la cual puso en la mesa que ya tenía preparada. Gonzalo tomó el pan y lo partió, miró á Pié de Corzo y le dijo señalándole los humeantes manjares:

—Sentáos y comed.

—¡De el enemigo, ni el pan, ni el agua, ni la compañía, ni la sombra! Que dáos con Dios.

Y el rudo y feroz cazador se fué. El alférez del duque le vió salir en silencio. Así que lo perdió de vista cruzó los brazos sobre la mesa que tenía delante, y con la frente inclinada, inmóvil y silencioso permaneció un largo espacio, hasta que saliendo de su preocupacion á la voz de la posadera que lo invitaba á comer, sin hacerlo se levantó, arrojó una moneda sobre la mesa, y pidiendo su caballo montó, lanzándose como un torbellino por el camino de Madrid.

## LXXI.

Siempre corriendo, siempre sombrío atravesó Gonzalo la distancia más rápida que una exhalación, pasó por Ocaña y Tembleque sin detenerse, alcanzó al duque de Benavente en su penúltima jornada, le dejó atrás, y siguiendo su veloz carrera avistó la Puebla de don Fadrique horas antes que aquel llegara.

Segun sus instrucciones los escuderos del duque seguian su marcha paso á paso parando donde paraba y mostrándose á sus ojos cuando la ocasion lo permitia. Uno le precedia con el objeto de enterarse de cuanto á su señor concernia y el aposentador de Tello de Villafranca mandaba, pero hasta entónces todo su cuidado y diligencia sólo habia obtenido la triste conviccion de ser inútil. No obstante ántes que Gonzalo habia llegado á la Puebla Nuño Nuñez, el más jóven y el más resuelto de los servidores de don Fadrique, el cual despues de enterarse de cuanto á su intento convenia se trasladó al camino á esperar á su señor.

Así que vió á Gonzalo lo conoció, y saliendo á su encuentro lo detuvo. Este se apeó, y entregándole las riendas de su cansado corcel le pidió cuenta de cuanto habia hecho y supiera. Nuño se la dió clara y detallada de todo, añadiendo cuando terminó su relato:

—Si le hemos de libertar, aquí ha de ser, porque esta es la última noche que pasará fuera de Monreal.

Gonzalo, que le habia prestado una atencion profunda, conoció la mucha razon que el escudero tenia, y demandó con su mente una inspiracion al cielo, permaneciendo sin embargo completamente parado su pensamiento sin encontrar una luz que lo guiara. Andando como iban hácia la Puebla, le preguntó á Nuño:

—¿Sabeis si está en la villa el señor Diego de Hinestrosa?

—¿Aquel grande amigo de vuestro tio el maestre?

—Sí, ése mismo.

—No lo sé, señor Gonzalo. A quien he visto es á un escudero tuerto que tenia vuestro tio cuando estuvo el duque en Uclés, quien por no sé qué pecadillos está haciendo penitencia. ¿No os acordais del bueno de Martin Perez?

—¿No he de acordarme? Como que era un bellaco de grandísima travesura.

—Tanto que sí; pero aunque no haya perdido nada de su primera condicion, ha ganado mucho en fama, y no falta quien le reverencie. Quédale bastante de escudero y propension á las aventuras, de manera que puede servirnos á maravilla en la empresa de libertar á don Fadrique, y creo ¡pardiez! que de muy buen grado ha de prestarse á ayudarnos.

—¿Le habeis hablado segun eso?

—Sí. Él ha partido conmigo su celda, porque es ermitaño, y yo con él el secreto de mi intencion.

Gonzalo hizo un gesto expresivo de desaprobacion. El escudero lo advirtió y le dijo:

—Martin Perez es callado, señor Gonzalo. No temais por su parte indiscrecion y confiáos á él sin recelo, seguro que vale para lo que vamos á emprender mucho más de lo que pensais.

—Así será, Nuño, pero tienen tales recuerdos los hábitos para mí, que me inspiran desconfianza y aversion.

—Los de Martin son de buriel, señor Gonzalo, y no tiene superior como el dean de Trujillo. Venid conmigo, y si os parece, aprovechemos el tiempo y los recursos de un hombre que tan bien puede servirnos.

Departiendo estas y otras cosas el jóven escudero llevó á Gonzalo, que consintió en seguirle, por una senda estrecha y tortuosa, más llena de espinos que de flores, al fin de la cual entraron en un llano inculto y dilatado, en cuyo centro se alzaba una tosca y humildísima ermita, conocida con el nombre del Cristo del Olivo en diez leguas á la redonda.

Delante de la puerta habia un pozo de agua salobre, y junto á este un olivo viejo y raquítico. A su sombra, y en una postura más cómoda que penitente, estaba el antiguo escudero del maestre de Santiago envuelto en un saco de toseco sayal.

Hay que decir que cuando el indolente anacoreta reconoció que el que venia con su huésped era el noble alférez del duque de Benavente, por efecto sin duda de sus antiguos hábitos, ó por un resto tal vez de adhesion á la sangre de su señor el maestre, se levantó, le hizo un respetuoso saludo y le brindó, ó la sombra de su olivo, ó la estrechez de su celda para descansar. Gonzalo prefirió aquella, y todos tres formando rueda se sentaron bajo el árbol carcomido.

El hermano Martin Perez, como el vulgo le llamaba, no era ni muy jóven, ni muy alto, ni muy flaco; faltábale un ojo vaciado por la jara de una ballesta en una cacería, pero el otro tenia toda la penetracion, toda la travesura que en ambos se debia de repartir. Al brillo singular de aquel ojo se unia para caracterizarle una nariz un tanto corva y una barba saliente y puntiaguda, revelando resolucion y astucia, esta de la que rastrea, aquella de la que se arroja.

Gonzalo lo examinó durante un corto espacio, y resolviéndose á seguir el consejo de Nuño, le dijo despues de una corta explicacion sobre el estado en que le encontraba tan diferente de el en que le dejó.

—¿Sabeis, Martin, que el duque de Benavente va á llegar á la Puebla, y que hay quien pretende que en ella recobre la libertad que le han robado?

—Algo de eso me ha dicho Nuño, respondió el tuerto mirándole sin parpadear.

—Y ¿os hallais en ánimo de aventuraros con los que acometen la empresa?

—Si hay para conseguirla lo que se necesita, sí; si falta, no, respondió el ermitaño sin vacilar.

Gonzalo odiaba los servicios que se ofrecen y ejecutan imponiendo condiciones, pero en la situación en que se hallaba aceptó de antemano las que el ermitaño le pusiera, y repuso:

—Y ¿qué creéis que se necesite?

—Lo primero de todo dinero.

El alférez del duque sacó su escarcela y la vació sobre las rodillas del tuerto, y á una seña suya Nuño hizo otro tanto con la que llevaba.

—Esto por hoy, dijo Gonzalo allanando la primera dificultad.

—No es mucho el que hay, pero puede suplir los gastos de hoy como decis. Además, es menester un brazo que no tiemble y una mente que no se turbe; es necesario derribar lo que estorbe sin ruido, y para eso se necesita no ver más que el fin, y no oír si no lo que conviene. ¿Hay quién posea ese brazo y esa mente?

En otra ocasión la condición leal de Gonzalo se hubiera rebelado á la sola idea de la traición, de las agresiones alevosas, pero entonces sometido á su destino contestó con resuelta y fría expresión:

—¡Hay!

—Si así es la hora de la libertad está próxima para el duque, dijo con indescribible confianza el tuerto, brillando su único ojo con un resplandor deslumbrante.

—¿Cuál es vuestro plan? le preguntó Gonzalo dominado por aquella confianza que se apoderaba de su corazón y de su pensamiento, turbándolo como un vértigo.

—El que vais á oír. Nuño se va en el momento al Quintanar y se provee de tres caballos, porque los vuestros no pueden resistir la fatiga que les espera. Viene así que los haya comprado, y con ellos se embosca en el olivar del prado, á la salida de la luna. La posada donde alojan esta noche á don Fadrique no tiene más que un granero que maese Andrés ha dividido en tres aposentillos, y en uno le han de alojar. Cada uno tiene una ventana, y de la ventana al campo la altura no es mucha por cierto. Yo me encargo de abrir una, y vos de introducirlos por ella. Lo demás es tan fácil que se reduce á cerrar la puerta que da á la escalera, evitando que nadie suba á estorbar, cerrar los ojos del centinela y salirse por la ventana. Más sencillo no puede ser, ni más seguro tampoco, porque la frontera de Aragón no está lejos. ¿Lo aprobais?

—Sin duda alguna, dijo Gonzalo impresionado con él profundamente.

—¡Pues entonces, á obrar!

Los tres se levantaron.

—Vos os quedais en la ermita á descansar hasta que suene la hora en que

debeis acometer la empresa: vos, Nuño, tomad el dinero y partid á Quintanar: yo me voy á la Puebla á repartir ramitas de olivo á quien sea necesario y á instalarme en la posada con anticipacion al duque. Queden convenidas dos cosas. La primera, que no os acercaréis á la posada hasta que la luna no se oculte, porque las tinieblas son grandes favorecedoras de los que huyen. La segunda, que si la empresa no pudiera llevarse á efecto, me aviséis directamente para no arriesgarme en ella.

—Convenido, dijo Gonzalo; y aun me parece que lo mejor sería establecer una comunicacion, y obrar con seguridad.

—Mejor es.

—En ese caso Lope y Alvaro que llegarán con el duque se encargarán de los caballos, dijo Nuño que aun no habia desplegado los labios, y yo me apostaré en las inmediaciones para estar á lo que ocurra.

—¡Escuchad! añadió el tuerto miéntras cogia una tierna rama de olivo. Si oís un silbido así, y dió uno apagado pero de estrañas vibraciones, os acercáis á la puerta de la posada, y por el resquicio ó por el ventanillo os diré lo que convenga.

—Perfectamente.

—Pues hasta que nos reunamos en el olivar.

Un instante despues Gonzalo estaba solo en la celda del ermitaño.

## LXXII.

En un corto período el corazon de don Fadrique habia sufrido las rudas sensaciones que lleva consigo la desgracia. La decepcion con toda su amargura, la caida con todas sus humillaciones. Fuerte y fiero con su voluntad dominó las primeras, con su desprecio hizo frente á la segunda, y con su orgullo y dignidad se hacia superior á las últimas. Pero todo se reproducía y acumulaba el dia en que solo en medio de sus enemigos, rotos todos los lazos que le unian á un mundo que habia deslumbrado, destruidas todas sus esperanzas se aproximaba al fin de su viaje y veia ponerse el sol por última vez en medio del campo que no debia cruzar más.

Nunca, nunca le habia parecido más ancho el horizonte, más ricas sus tintas, más ligeras y caprichosas sus nubes, hasta el viento al rozar su frente le halagaba y le estremecía. Y luego el ruido de las armas, el trotar de los caballos, algunas palabras que en amistoso diálogo cruzaban de una á otra parte, la realidad en fin de la vida de movimiento que aun gozaba le conmovia, sintiendo en todo su sér una sensacion estraña y punzante que le hacia sufrir vivamente.

Profundamente impresionado como iba vió hundirse el sol en el horizonte, su vívido resplandor apagarse y confundirse sus violadas y purpureas nubes. Vió dibujarse las agrupadas casas de una villa, recortarse elevándose sobre ellas la cuadrada torre de su iglesia, y vió por último la ennegrecida pared de una posada, á cuya puerta paró su escolta. Estaba pues en la Puebla de don Fadrique, donde hacia su última parada.

A una invitacion del adelantado mayor el duque de Benavente dió las bridas, y descendió de su caballo, entrando en la posada el más erguido de todos; pero sus ojos, que parecian dominar aquello en que se fijaban, nada veian de cuanto miraban, porque tenian ese velo con que los cubre la preocupacion de una honda pena.

No vió pues á uno de sus escuderos que enviado por Gonzalo se habia puesto á su tránsito para dirigirle con su mirada un aviso, y sin notar su presencia pasó por delante de él entre el adelantado mayor Tello de Villafranca y el capitán Lope de Carvajal, dejándose guiar hácia una escalera estrecha y pendiente, por la que subieron uno á uno y con trabajo, penetrando el primero en la prision que de antemano tenía dispuesta.

Tras él se colocó un centinela en la puerta y otro al pié de la escalera, los demas invadieron la cocina, y durante dos horas todo fue movimiento y ruido en la posada. Luego todo entró en orden. La guardia del duque se estableció en el zaguan. Lope de Carvajal quedó al cuidado de esta, y los hombres de armas que no estaban de servicio se retiraron á un extenso pajar frente al cuerpo principal del edificio.

Tello de Villafranca sobre quien pesaba una responsabilidad que le desvelaba concluia de dar sus últimas órdenes, cuando el ermitaño del Olivo todo ascetismo y humildad, abandonando el rincon donde murmuraba oraciones, á las que una septuagenaria prestaba atento oído, respondiendo devotamente *amen* á cada una de las que terminaba, saliéndole al encuentro le dijo con reposado y místico acento:

—Señor adelantado mayor: yo soy el ermitaño del Santo Cristo del Olivo, y el último y ménos digno de los servidores de Dios, quien en sus altos fines ha permitido que deje hoy mi yermo viniendo á poblado, y que me cobije el mismo techo que á un desgraciado caido, segun me han dicho, desde la alta cumbre de la grandeza humana. En nombre del mismo Dios os demando que me deis verle para dirigirle una palabra de consuelo, ya que le encuentro en su camino.

Levantó la cabeza Tello de Villafranca y miró al demandante con ojo desconfiado, pero el rostro del hipócrita Martín Perez sólo revelaba al hombre que la caridad santifica. Sin que le fuera desfavorable el exámen su primer impulso fue una negativa, y se la dió rotunda y áspera.

—Yo intentándolo he cumplido con un deber tan sagrado cual es el de dar

consuelo al infortunio, repuso el astuto y audaz tuerto inclinándose como si el peso de la capucha lo agobiara; os oponéis, me retiró invocando sobre vos y sobre él todas las bendiciones del cielo.

Y dándose interiormente á todos los diablos, se encaminó al rincón de donde viniera murmurando:

—Así te bendeciré mientras viva, y en tu nombre alzaré mis manos (1).

Desistiendo el adelantado de su primer impulso exclamó:

—¡Oid, hermano bendecidor! Por lo que á mí hace, no quiero que me las deis de gracia. Si el duque gusta recibiros, le permitiré que lo haga: por si acaso, seguidme.

Martin Perez no se lo hizo decir dos veces; siguióle con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, pero avizorándolo todo con su ojo, y subiendo en pos suya la escalera cuya estrechez servía grandemente á su plan, entró en la primera división del granero en donde estaban una frente á otra la puerta del aposento que servía de prisión al duque y la del que le habían destinado á Tello de Villafranca.

Acercándose este á la de don Fadrique, cerrada con dos vueltas de llave y con un centinela delante, tocó suavemente, y dijo desde fuera:

—Señor duque, aquí hay un hombre de Dios que quiere hablaros; si lo admitis, vengo en permitirlo.

El duque, que desdeñaba fieramente recibir un favor de sus enemigos y en particular del hijo del tesorero que le hacía sentir la realidad de su condición á veces sin generosidad, le contestó con acento duro y resuelto:

—No me encuentro con ganas de hacerlo. Despedidle, porque quiero descansar.

—Mal haceis, dijo con acento inspirado el atrevido ermitaño. Como pecador debéis *velar* y orar para alcanzar vuestra eterna *salvación*, como cristiano *esperar* con calma el llamamiento que Dios haga en su misericordia, y como hombre flaco y atribulado recibir los consuelos que *otros* hombres os prestan en cumplimiento de un *deber* de caridad.

Allá en el fondo de su prisión y en medio de sus tristes pensamientos don Fadrique se estremeció todo, alzándose de su asiento maquinalmente. Había comprendido que le hacían una prevención y que se trataba de arrancarle á su destino.

En vano pretendió reconocer la voz evocando sus recuerdos, no le fue posible hacerlo ni fijarse en el caos en que rodaba. Con recibir al que estaba á la puerta podía reconocerle y podía también ponerse de acuerdo y dar un paso más hacia la libertad; pero temiendo inspirar desconfianza en el adelantado si se retractaba de su negativa, la confirmó dominándose hasta el extremo de no perci-

(1) Salmo 62.

birse ni una leve alteracion en su voz, al replicar con el mismo acento de ántes:

—No necesito consejos, hombre de Dios... ¡si lo sois!

—No os doy consejos, sino *avisos*, replicó el audaz tuerto más severamente que ántes. Si me hubierais dejado acercar á vos os habria dado consuelos, pero me rechazais y me voy. Oraré por vos desde el rincón á donde voy á postarme.

Y calándose más la capucha, añadió dirigiéndose á Tello de Villafranca que no habia concebido sospechas, merced á lo bien sostenido de su acento y á no insistir ni con él, ni con el duque en verle.

—En su orgullo no admite consuelos. ¡Infeliz! Así se dobla su tormento y peca mortalmente de soberbia.

Con esto le saludó y se dirigió á la escalera. El adelantado se entró en su aposento, y don Fadrique, oyéndoles alejarse, exclamó dejándose caer en su asiento.

—Ese hombre ha dicho que debo velar y que debo esperar... Pues bien, yo velaré y esperaré prevenido. Pero ¿de quién es esa voz que no he oido nunca? ¿Qué mano pretende volverme mi libertad...? ¿Qué sucede en torno de esta prision...? ¿Qué se prepara para mí en esta noche que me encuentro á un paso de Monreal...? ¿Se romperá la cadena del leon...? ¡Ay de Castilla si así fuera! ¡Ay de ese rey y de esa córte traidora! ¡Oh, aun me quedaba una sensacion que sufrir, la ansiedad...! ¡Noche, noche! ¿Qué me guardas...?

Pero miétras don Fadrique interrogaba al porvenir, mudo para contestarle, Martin Perez descendió lentamente por la escalera, pasó por el zaguan y entró en la cocina, donde ya no quedaba sino la septuagenaria dormitando en un banquillo.

—Buena Andrea, la dijo el tuerto despues de despertarla, si me dierais un poco de pan me comeria con él unas nueces que tengo en mi alforja, y en cualquier rincón pasaria la noche ocupado en rezar nona y maitines.

La madre Andrea respondió levantándose:

—Vaya si os le daré, y un buen trago de vino tambien. ¡Pues no! Voy, voy corriendo á sacarlo de la cueva, ántes que se acueste mi Andres.

Y la buena anciana, todo lo presurosa que pudo, se encaminó á una puertecilla que habia junto al hogar, desapareciendo por ella.

Entónces el ermitaño abrió un pequeño ventanillo que habia en la puerta y dió un ténue silbido. Aun resonaba su apagada y extraña vibracion y ya saliendo de la sombra un hombre se acercó con precaucion.

—¿Nuño? preguntó el tuerto en voz muy baja.

—El mismo, respondió el escudero dejando apenas percibir la suya.

—¿Está todo prevenido?

—Sí.

—Y ¿el sobrino del maestre?

—Emboscado en el olivar.

—Así me gusta. Oid lo que le vais á decir.

—Hablad.

—En la ventana que tiene reja está el duque, en la segunda hay un centinela, en la tercera duerme el adelantado mayor que tiene la llave de la prision. A la ventana de enmedio le falta la falleba y con empujarla por fuera se abre y se salta dentro.

Así que la luna se oculte que lo haga, y en el mismo punto de principiar á subir, que dé dos ligeros golpes á esta puerta con suavidad, que para cuando llegue á la ventana tendrá cerrada la puerta que comunica con la escalera, y miéntras él se arregla con el adelantado, yo forzaré la del duque. Los caballos que estén prontos, á fin que sea una cosa misma saltar por la ventana, montar y huir.

—En esa parte, descuidad.

—Pues en esta, confiad.

—Con que ¿dos golpes?

—Suaves, y que la luna se haya ocultado.

—Así se hará.

—Pues, alerta.

—Alerta.

Y Martin Perez cerró el ventanillo y se sentó en el escabel á esperar á la madre Andrea, que no tardó en volver con un pan en el delantal y un jarro de vino en la mano.

## LXXIII.

Tello de Villafranca se retiró á su aposento dispuesto á dormir algunas horas, en una mano la llave de la prision del duque y puesta la otra en el pomo de su espada. Todo habia quedado en profundo silencio aprovechándole cada cual en lo que mejor le convenia, ya velar ó ya dormir, cuando resonaron en la puerta de la posada fuertes y redoblados golpes.

Dormia ya el adelantado mayor, mas hubo de despertarse el primero, como que su ventana caia sobre la misma puerta, sentándose un tanto cuidadoso y sobresaltado en el duro lecho; el posadero no respondia y los golpes continuaban dándolos con más violencia mezclados con sendas y enérgicas interjecciones y tal cual voto interpolado con ellas.

A tal estruendo el posadero salió de su nido mohino y de mal talante y abrió

el postiguillo de la puerta, al mismo tiempo que Tello de Villafranca se asomaba á la ventana para inquirir la causa de aquel ruido.

Aun brillaba la luna en el azul y estrellado firmamento; á su luz descubrió el adelantado mayor á la puerta de la posada dos caballos árabes negros como el ébano cuyos lomos oprimian dos jinetes, á quien el manto encarnado con la cruz blanca de los caballeros de San Juan de Jerusalem que cubria al uno y la negra armadura que vestia el otro, daban un aspecto casi fantástico aparecidos como eran en medio de la noche.

—¿Quién será este buen hospitalario que á tan mal tiempo llega á la posada? se dijo allá para sí el adelantado.

—¿Quién llama á deshora con tal furia? preguntó el posadero con la aspereza y el cinismo propio de su condicion.

—Huéspedes, contestaron los de fuera no muy dulcemente tampoco.

—No hay posada, replicó el posadero iracundo; todos los cuartos están ocupados.

—Nos pasaremos sin él; con que les deis un pienso á los caballos basta.

—La cuadra está llena y los vuestros no cogen; con que marchaos á otra parte á que se lo den.

—¿Hay otra posada en la Puebla?

—Hay quien no tiene más gana de responder.

Y el posadero cerró el ventanillo con furia.

Los viajeros cambiaron algunas palabras, y á la última el del negro arnes, que era quien habia sostenido el diálogo que antecede, dió con el regaton de su lanza tan fuerte golpe en la puerta que casi la sacó de quicio.

El posadero, que estaba tras de aquella, se asustó y empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones, pidiendo socorro y llamando á los de la guardia del duque; esta se formó sin moverse por cierto de su sitio, y el adelantado permanecia en la ventana pasivo espectador de aquella escena. En esto el del negro arnes tornó á llamar.

—Abrid, dijo con sonora y simpática voz el caballero del rojo manto; abrid y ahorraréis de nuestra parte la violencia y de la vuestra la molestia.

—¡Oh! exclamó el adelantado creyendo reconocer la voz, y por la voz al viajero. ¿Sois Ayala?

—Ayala soy, contestó el interrogado levantando la cabeza para ver al interrogador.

—Dicha grande es la mia, dijo Tello con expresion. Voy á que os abran.

Hízolo así, y el antiguo alférez mayor del rey descendió del negro corcel y penetró en la posada, á cuya puerta misma salió á recibirle el adelantado.

—Os debo ser acogido en este miserable albergue, le dijo aquel á este saludándole; es segun veo un favor por el cual como agradecido os doy ante todo gracias.

—Mucho os habeis olvidado de Castilla, noble Ayala, respondió el adelantado alargándole la mano cordialmente, ó mucho debe haber variado vuestro buen amigo Tello de Villafranca que así le desconociais.

—No ha sucedido ni lo uno ni lo otro, replicó Rodrigo Lopez de Ayala tomándola y estrechándola amistosamente; mas entre tantos recuerdos como me asaltan desde que he pisado las playas castellanas, el vuestro se confundió un tanto. Eso no quita para que vuestra presencia me cause una verdadera satisfaccion alegrándome de un encuentro con que por cierto no contaba.

—¡Oh! pues no haceis otra cosa sino participar de la mia; pero subid, subid, y por esta noche partiré con vos las estrechuras de una perrera que ocupó. Vuestro escudero irá con mis soldados y se compondrá á maravilla.

Arregladas así las cosas Tello de Villafranca y Rodrigo Lopez de Ayala subieron á lo que el primero llamaba con alguna justicia perrera. Hernando de Illescas hizo conducir los caballos á la cuadra, y el posadero, resuelto á no dar á sus nuevos huéspedes más de lo que les habia dado, se escurrió bonitamente dejando la cocina sin luz y en ella al ermitaño que no se habia movido de su rincón. Pero por aquella noche le salian mal sus cuentas á maese Andres.

Hernando Illescas dió con él despues de buscarle por todas partes, y agarrándole á tientas una oreja le dijo:

—Maese mala intencion, mi señor y su escudero han hecho una larguísima jornada y necesitan descanso y alimento para recuperar sus fuerzas. Ocupáos pues de prepararnos el segundo para que logrémos cumplidamente el primero.

—Es que no tengo... empezó á decir el posadero.

—Escape, maese Cain, y tened entendido que lo que no me deis lo tomaré, y que yo tomo de lo que me niegan como Dios devuelve lo que le dan.

Dicho esto el escudero soltó la oreja, y el posadero, suave con el frote que acababa de recibir, se levantó sin replicarle y se puso á preparar la cena pedida con lo mejor de sus provisiones.

Todo se habia sosegado y vuelto á su primitivo estado de quietud y reposo, quedando en vela solamente el posadero ocupado en preparar las viandas: Hernando de Illescas recostado en uno de los poyos que corrían á lo largo de la cocina, y Martin Perez, que despues de cambiar un segundo aviso con Gonzalo, estaba sentado en el extremo de otro junto á la puerta, en la cual apoyaba la cabeza.

La luna empezaba á ocultar su disco.

## LXXIV.

El antiguo alférez mayor del rey y su tutor y gobernador del reino cuando fue guardado el testamento de don Juan I, y el cortes adelantado mayor se sentaron uno junto á otro en un negro y desvencijado escabel; pasándose los primeros momentos en examinar este á aquel con ávida é incansable atencion.

Y en verdad era disculpable, porque el que la excitaba habia variado mucho, desde que bajo las bóvedas de San Pablo le dijera al duque de Benavente: *La voluntad del hombre ni da ni preserva de la muerte, puesto que los dos vivimos* humillándole con su perdon. Rodrigo era otro. Su tez habia ennegrecido, su cabello blanqueado. La seria expresion de su rostro varonil era mayor, y sin sonrisa en los labios, sin fuego en la mirada, descubriase á traves de su máscara de fria indiferencia el corazon desgarrado que nunca goza y que nada espera.

El manto encarnado que pendia de sus hombros hacia resaltar su palidez; daba esta más severidad á su frente, y la severidad ponía en relieve los años que habian grabado en ella su sello, ahondándole profundamente las pasiones y los pesares.

Rompiendo el silencio instantáneamente establecido dijo Tello de Villafranca impresionado á toda luz con la llegada del caballero hospitalario de San Juan:

—Permitidme una pregunta, Ayala, y disculpadla como hija del interes; pero mientras os preparan la cena decidme si teneis á bien confiarme lo que os trae á Castilla en tan crítica ocasion.

—No os lo ocultaré por cierto. Traénme á ella ruegos de mi hermano, que en seis años no me ha visto y lo desea vivamente.

—¿Nada más...?

—Extraño vuestra insistencia, buen Villafranca; nada más.

—Pero ¿luego que satisfagais su fraternal anhelo os presentaréis en la córte...?

—No paso de Toledo, Tello, en donde hago ya á mi hermano. La córte no es para mí y jamas volveré á ella.

—Dias hubo, dijo el adelantado mayor, que fuisteis una de sus glorias.

—Dias que pasaron como pasan las hojas secas que el viento lleva en sus alas. ¡Dias que no volverán!

—Sí, mas tras ellos á querer vos pueden lucir otros que logren oscurecer—

los. Enrique III y Catalina de Lancaster, de quien siempre fuisteis lisonjeramente favorecido...

—Enrique III y Catalina de Lancaster, repuso Rodrigo interrumpiéndole, tendrán de sobra cortesanos y no echarán de ménos para nada al que seis años les falta. En cuanto á mí, el Océano me ha hecho rudo, el sol de Asia viejo, la vejez melancólico y atrabiliario. Mi elemento es la soledad ó los peligros: sacadme de él y me matais.

Tello tornó á mirarle con marcada y suma atencion, porque el hombre de la esperanza no comprendia al del desengaño. Notándolo Rodrigo trató de desviarla de sí, para lo cual le dijo:

—Y vos, ¿á qué parte os dirigis con vuestras lanzas castellanas?

—A Monreal, respondió el adelantado sin distraerse.

—Esa fortaleza, repuso con indiferencia Rodrigo, es encomienda de Santiago. ¿Se ha deshecho de ella la orden?

—¡Oh, no! dijo Tello de Villafranca con la rencorosa satisfaccion del que un tanto vengativo cuenta las desdichas de un enemigo; pero prision muchos años de don Alfonso Enriquez de Noroña, está destinada á servir de tumba á su hermano don Fadrique.

Su antiguo rival se incorporó como si un resorte lo impulsara, sus cejas se unieron con un hondo pliegue, y con acento un tanto brusco y atropellado exclamó:

—¿Qué hablais de tumba, Tello?

—¿Qué quereis que hable? Sino que debe hallarla el altanero bastardo entre las piedras de su torre.

—¿Está prisionero en ella?

—Lo estará en pasando el sol de mañana.

—¿Luego aun es libre...?

Tomó el adelantado la llave de la prision del duque puesta al alcance de su mano, y mostrándosela respondió:

—Esta lo encierra en ese aposento inmediato tras la puerta guardada por un centinela que acaso reparariais al entrar.

El ruido de un cuerpo que cae pesadamente y el de otro que se precipita de una altura resonaron simultáneamente haciendo estremecer el pavimento. Tello se lanzó á la puerta que traspasó de un salto, y Rodrigo Lopez de Ayala poniendo la mano sobre su corazon exclamó:

—¡Ese nombre es fatal! Sólo con oírle se han revuelto aquí dentro las amargas ondas de lo pasado; ondas de sangre y de lágrimas vertidas por el que le lleva con una abundancia horrible.

Un ruido semejante al primero cortó el soliloquio de Ayala. Estremeciése por segunda vez el pavimento, le pareció percibir un ¡ay! un ténue murmullo como si cambiaran en voz baja alguna palabra, y sin poderse dar cuenta de lo

que le obligaba á obrar, se levantó del escabel y se dirigió á la puerta rápidamente y en silencio.

## LXXV.

No bien pasó Tello de Villafranca el dintel vió á Gonzalo de Figueroa abalanzarse á él con la daga en la mano, y que el ermitaño, quitando la llave de la puerta exterior que habia cerrado, la arrojó por la ventana que estaba abierta, y con esa prontitud que sólo posee el pensamiento, comprendió la traicion, su peligro y que el duque se escapaba.

Ni pensó en retroceder, ni pudo sacar la espada, porque Gonzalo resuelto á todo en su afan, se lanzó sobre él, y paralizando su accion hundióle la daga en la garganta.

El adelantado cayó como habia caido el centinela, al primer golpe. En seguida le arrancó la llave que apretaba su mano crispada, y de un solo brinco se puso en la puerta de la prision del duque, metiéndola en la cerradura apresuradamente.

Demasiado trémulo para abrir con la prontitud que pretendia y harto expuesto para perder tiempo, le dijo al tuerto dispuesto con el puñal en la mano á hacer frente á lo que ocurriera:

—Martin, ¡la seña!

El ermitaño se asomó á la ventana, sacó el cuerpo y dió un silbido; pero ántes que concluyera sus modulaciones sintió que dos manos le cogian las piernas, y sin que las suyas tuvieran tiempo de asirse en alguna parte, su cuerpo volteó en el aire y cayó pesadamente al campo.

—¡Por traidor! gritó con voz estentórea Rodrigo Lopez de Ayala.

Y miéntras que cuerpo y voz atravesaban el espacio precipitándose como el rayo sobre Gonzalo, le sujetó con un brazo estrecha y vigorosamente, le magulló la mano con la suya, se la quitó de la llave, arrancó esta de la cerradura, y á su vez, como el tuerto habia hecho, la arrojó por la ventana murmurando:

—Ya sé para lo que Dios me ha traído esta noche aquí.

Participaba Gonzalo de los odios del duque, y la voz de Ayala, su presencia, su accion, encendió el que la ausencia habia entibiado. Dudando á su sola vista del éxito que por seguro habia tenido, con la llave se fué una parte de su esperanza y con ella le pareció que una parte del corazon tambien. Mas resuelto á luchar hasta el fin y á disputar la libertad de don Fadrique, á los hombres y á la suerte, llamó á los apostados escuderos.

—Uno á uno combaten los valientes, le dijo Rodrigo con desprecio, soltándole para sacar la espada que pendía á su costado.

—Yo no combato, respondió Gonzalo entregado á la fatalidad de su destino. ¡Hiero para salvar!

Y al decir *hiero*, dando un salto como el tigre cuando se arroja sobre su presa, le tiró un golpe con la daga pretendiendo enterrársela en el pecho, mas resbaló en la armadura sin penetrarla.

Al pié de la ventana se oyeron pasos. La frente de Gonzalo se iluminó.

—Nuño, Bertran, gritó. ¡Subid con el puñal entre los dientes!

—Los del adelantado mayor, ¡á mí! rompiendo la puerta, gritó á su vez Rodrigo con voz clara y vibrante.

Se oyó trepar por la pared y subir precipitadamente por la escalera.

Todo esto se sucedió con tal rapidez que Hernando de Illescas sólo tuvo tiempo para agarrar su espada y lanzarse á la escalera, atropellando á los de la guardia que uno tras otro subían á la voz de: ¡á mí los del adelantado mayor!

En aquella crisis Gonzalo sacó la espada arrojando la daga, y desafiando á Rodrigo tocándole con la punta, dijo resuelto á tentar el último extremo y á triunfar ó á sucumbir:

—¡Don Fadrique, forzad la puerta! ¡Forzadla y salid como el leon!

Las dos puertas retemblaron por el ímpetu con que fueron empujadas, interin Gonzalo atacó denodadamente á Ayala; pero toda su fuerza, toda su destreza, todo su valor no bastaba para vencer á Rodrigo, que parecía por lo fuerte el campeón de Dios. Al contrario, á pesar de su intrepidez, de su pujanza, de su esfuerzo empezaba á retroceder.

Un segundo empuje de las dos puertas conmovió hasta las paredes. Por la ventana se oyó próxima la voz de los que subían.

—¡Dios! murmuró Gonzalo que herido en diez partes se sentía desplomar. ¡Un momento más de fuerza y luego lo que queráis!

Por tercera vez sacudió la puerta don Fadrique, pero la sacudió de modo que la desquició, y abriéndose con estrépito, apareció en el umbral pálido, resuelto y arrojado. Era el leon con sus ojos destelladores.

—¡Don Fadrique, á la ventana! ¡Pronto! le dijo su alférez brillantes los ojos de gozo y esperanza, miéntras su frente no era ya pálida, sino cenicienta.

—¡Atras! gritó Rodrigo con energía. ¡Atras! ¡De aquí no sale nadie!

Y asestándole el último golpe á Gonzalo, se lo dió tal que lo derribó cayendo á los piés del duque en el mismo instante en que sus escuderos saltaron por la ventana.

Pero el leon no se movió, estaba petrificado.

Nada, nada veía el duque de Benavente fuera de Rodrigo Lopez de Ayala; nada oía sino el ¡*atras!* dominador y vibrante que con eco prolongado aun resonaba en su oído.

Interponiéndose entre la libertad y él como un fantasma implacable y funesto, aparecido en el instante supremo de recobrarla, tomó á sus ojos proporciones inmensas.

No miró en el hombre que con la espada desnuda le cerraba el paso, un rival, un enemigo; no le representó el odio ni la venganza, sino el destino en su inexorable rigor, y teniendo por demencia el resistirle y luchar, le esperó á pié firme con fiereza.

Cruzóse entre ambos una mirada pesada y rencorosa, y ántes que se acercaran los que la fatalidad y sus pasiones habian colocado frente á frente en la vida, al uno como tormento y al otro para expiacion, cayó la puerta de la escalera y entró Lope de Carvajal con Hernando de Illescas y los soldados de la guardia.

Ni una palabra cambiaron. Inútil hubiera sido por parte de Ayala, porque el duque no desconoció la verdad de su situacion, y ántes que sufrir la humillacion de ser conducido por aquel, retrocedió por sí mismo, entróse en su prision y se sentó en el mismo asiento en que habia pasado las horas de ansiedad que precedieran á la de la desolacion de su esperanza.

Mas aun le quedaban las heces de la copa que agotar. Desde allí oyó á Rodrigo dar órdenes para asegurar á sus escuderos, para guardarle en lo que quedaba de noche y para ser conducido con seguridad á Monreal en cuanto luciera el dia. Oyó llevarse á Figueroa, sacar los cadáveres del adelantado y el centinela, y despues abandonar el sitio donde sólo quedaba un lago de sangre, y veinte hombres vestidos de hierro formados delante de su puerta desquiciada.

Herido Gonzalo peligrosísimamente y privado de sentido fue colocado en el lecho que apénas habia calentado Tello de Villafranca en aquella terrible noche. Hernando de Illescas le curó sus numerosas y profundas heridas, y el noble hospitalario se quedó á su lado velándole.

A poco el herido deliraba y Rodrigo le sujetaba las manos lo mismo que en otra noche, que hacia nueve años en aquella se las habia sujetado á él el ermitaño de nuestra Señora de los Haces, y á su vez compadecia como le habian compadecido.

El tuerto fue recogido para darle auxilio si lo necesitaba, mas fue inútil. Con la caida sólo se habia roto una pierna, pero la daga que tenía en la mano, y sobre la que cayó, se habia hundido en su cuerpo hasta el puño, y estaba muerto.

A los primeros albores del dia la puerta de la posada se abrió y dió paso á un grupo que conducia en unas angarillas al adelantado mayor para depositarle en la iglesia; cubriále su capa y rodeábanle algunos soldados. Hiciéronse algunas preces y fue sepultado en el humilde cementerio de la Puebla.

Tello de Villafranca habia seguido de cerca á Lope de Haro. El fuego prendido por la mano del tesorero del rey habia devorado á su propio hijo.

En cuanto al duque de Benavente salió en pos del fúnebre cortejo para Monreal. Las horas de reflexion de aquella noche, expiacion de la de Búrgos, habian inclinado su frente altanera, y ni sus ojos se fijaron en ningun objeto, ni sus labios se abrieron para dar paso á una palabra, hasta que llegado á su prision tuvo que contestar al comendador Guillen de Padilla, que le recibió con singular atencion y cortesía.

## LXXVI.

Cuenta la historia que doña Leonor de Castilla, así que las huestes de su sobrino don Enrique aparecieron á la vista de Roa, mandó abrir las puertas de la villa, y ella misma vestida de luto salió á recibirle acompañada de sus dos hijas, el abad de San Pedro del Muro, quien apénas se separaba de ella, y el anciano Juan Sanchez de Rivagorza.

Su alta servidumbre la habia precedido saliendo de ceremonia á llevar al rey la invitacion de su señora para que entrase en la villa á descansar entre cuidados y atenciones.

Recibió don Enrique el mensaje y á los mensajeros mesurado y frio. Aceptó la invitacion como quien favorece en hacerlo, y disponiéndose para ello mandó acercar sus huestes resuelto á entrar al frente de ellas.

Doña Leonor le esperaba bajo el arco de la puerta del palacio, y latiéndole el corazon con violencia vió acercarse á su sobrino rodeado y seguido del condestable, el alférez mayor, los maestros de Calatrava y Alcántara, el alcaide de los donceles, el nuevo mariscal de Castilla y todos los ricos hombres que le acompañaban sirviéndole con sus mesnadas, entre los que se contaba Sancho Ramirez, que se le habia presentado en Olmedo y rendíndole pleito homenaje poniéndose á su servicio.

Reuniéronse tia y sobrino, encontrándose frente á frente, este con sus profundos y justos resentimientos, aquella con sus naturales y bien tenidos temores. Las primeras palabras de don Enrique fueron sobre sentidas, severas; doña Leonor le satisfizo sacrificando la verdad á su interes.

En la atencion con que fue oida conoció su privilegiada inteligencia la predisposicion que existia para creerla, y como siempre, merced á su elevado talento, se puso á la altura que la convenia.

Protestó pues su inocencia en la rebelion de que habia sido motora y cabeza, y la protestó con laconismo y dignidad; se manifestó quejosa dándose por perseguida; no pidió gracia si no justicia, y terminó ofreciendo por sí misma su villa y su palacio para que descansara de sus fatigas entre halagos y respeto.

Cediendo Enrique III al ascendiente que la reina de Navarra ejercía sobre él, ó mejor dicho, al afecto que le inspiraba, sin sentirse convencido se encontró desarmado con su última acción y sus conmovedoras y elocuentes palabras; y generoso con el rendido, tanto como caballero para la dama que había vestido luto en señal de tribulación, se volvió á Ruy Lopez Dávalos que á su espalda estaba, y le dijo atendiendo á todo y conciliándolo:

—Condestable, haréis entrar en Roa nuestras lanzas, mandando que las aposenten sin vejar. Yo os precedo con S. A. la reina de Navarra, mi guardamayor, los maestros y mis donceles.

Doña Leonor paseó su mirada por los ricos hombres castellanos con la fascinadora expresión que sabía darle cuando pretendía atraer y cautivar, y sonriéndoles añadió:

—¡Oh, sí, que entren todos! Roa lo tendrá á placer.

Al oírlo Sancho Ramirez dió un paso y se le puso delante. Aquella sola acción, que después de lo pasado era un reto insolente, un insulto, una agresión, hizo que comprendida por la reina se irguiese con altivez, trocarse la seductora afabilidad en desprecio, y dijera con firmeza señalándole con el dedo:

—¡Menos ese, que no admito ni admitiré jamás en donde mande ó more!

Todos miraron al señor de los Cameros, cuyos labios entreabría una sonrisa siniestramente desdeñosa y burlona. Enrique III se volvió para reconocer al designado.

Imaginando el resentimiento de la reina por la deserción de su mayordomo, extrañó un tanto tan pública y dura manifestación de él en momentos como aquellos.

—Señora, le dijo poniéndola más en relieve: ¡tal excepción para quien viene conmigo...!

—La merece tanto, que ni aun esa consideración me ha podido detener, repuso doña Leonor satisfaciendo al rey con deferencia y rechazando al asesino de doña Brianda con entereza y resolución.

—Me adelantaba, señor, dijo al rey Sancho Ramirez, para solicitar el quedarme fuera de los muros de Roa y levantar campo para mí y los míos ante ellos. Esto sea hasta el momento en que me llameis, porque ántes no entrará en el recinto de la villa sino la voluntad que en mí reside.

Y la mirada más firme, más vengativa, más rencorosa que puede partir de los ojos de un mortal envolvió á doña Leonor en sus rayos abrasadores.

—Si es así, quedáos, y levantadle campo á vuestra mesnada, le dijo don Enrique contemporizando con la reina y su altanero mayordomo.

Terminado aquel desagradable incidente don Enrique pasó junto á doña Leonor, y seguido de los que había designado entró en Roa vivamente regocijada, si no por su presencia, con la pacífica conclusión que prometía tener la rebelión que moría sofocada en su nacimiento sin sangre y sin persecuciones.

Hicieron su entrada las huestes reales. Ocupó el palacio Enrique III como huésped, y no era aventurado el predecir que la estrella de doña Leonor continuaria brillando en el cielo castellano.

Siguiendo el parecer de sus consejeros la reina se habia salvado.

## LXXVII.

Próximo á Roa hizo levantar su campo el poderoso señor de los Cameros. Hicieronle su tienda, adornáronse la con paños, pusieronle un lecho de campaña y por asientos gruesos haces de lanzas.

Por su parte dispuso cuanto le concernia como jefe, y despues, alejándose de él, fué vagando por la márgen del Duero, entregado á un pensamiento que por completo lo absorbía.

Y aquel pensamiento debia ser de una magnitud, de una trascendencia grande y extremada. La mente no era bastante á contenerle y se asomaba por sus ojos, se indicaba en su sonrisa, de su lengua se escapaba. Ello sí, la mirada era feroz, la sonrisa cruel, las palabras de amenaza.

Ocupado siempre con él dió la vuelta á su campo, y entrando en su tienda mandó correr la cortina que hacia las veces de puerta, previniendo que nadie entrase hasta que llamara.

Entre tanto Enrique III recibia cuanto habia quedado en Roa que representara autoridad, dignidad ó nobleza.

## LXXVIII.

Guillen de Arévalo, primer escudero de Sancho Ramirez, penetró en Roa á la caída de la tarde, preguntó por el alojamiento del tesorero del rey, y enterado de donde le tenía, se introdujo en él y le entregó en su propia mano un sellado pergamino.

Inmediatamente lo abrió Hernan Perez de Villafranca, lo leyó, y le dijo al escudero que pasados breves instantes estaria con su señor.

En efecto, poco tardó el tesorero en salir de Roa, encaminándose presuroso á la tienda que ocupaba el señor de los Cameros.

Este, que le aguardaba con manifiestas señales de impaciencia, le condujo al

fondo de la tienda, y ofreciéndole por asiento uno de los haces de lanzas, dió principio á una revelacion importantísima á juzgar por la avidez con que fue oída.

Hasta bien anochecido no regresó el tesorero á Roa, y sin entrar en su alojamiento se fué derecho al palacio en busca del condestable, con quien estuvo encerrado hablando y discutiendo largo tiempo y con calor.

Cuando se separaron Hernan Perez preguntó por el doctor Mair, alojado como don Enrique en el palacio, y haciéndole buscar le condujo al hueco de una ventana donde le estuvo hablando en secreto un breve espacio. El judío parecia aterrado escuchando lo que el tesorero le decia con una frialdad admirable.

Ruy Lopez Dávalos hizo llamar á doña Sancha de Haro, dama la más inocente y pacata de las de la reina, y le pidió por cortesía una noticia exacta de las entradas y salidas de la cámara de doña Leonor. La dama le informó que fuera de la principal sólo tenía una, que por la galería de las damas conducia por pasillos y aposentos al oratorio, donde se entraba por una puertecilla secreta.

Enterado el condestable la saludó, encargándola que le esperase allí, mas por si no lo hacia mandó á un doncel que se colocara á la puerta y no permitiera que saliese ni nadie entrase, incomunicándola con todos.

Tomada esta precaucion y cambiadas algunas palabras con el tesorero, Ruy Lopez pasó á la cámara de don Enrique, disponiéndose ya para acostarse. Díjole lo que le llevaba á su presencia, expresándolo con singular energía. Hubo entre ambos un ligero altercado, cuyo resultado fue salir de la cámara, dirigirse recatadamente á la galería, entrar por una puerta que el condestable cerró tras sí, atravesar aposentos vacíos, seguir oscuros pasillos, entrando por último al oratorio, á cuya puerta entornada se acercaron, suspendiéndose en las puntas de los piés.

Como si un resorte los hubiera conducido en el instante mismo de pararse el rey y el condestable junto á la puerta del oratorio, la de la cámara se abrió y entró por ella el doctor Mair.

Hubo Ruy Lopez con una palabra que pronunció á su oído de excitar la atencion de don Enrique, porque desde aquel punto se fijó profundamente en doña Leonor que estaba reclinada en su sitial sola y concentrada en sí misma.

## LXXIX.

El judío estaba tan amarillo como la hoja muerta que se desprende de los árboles. De sus ojos partian sombrías y rencorosas miradas, y una sonrisa dura y sardónica vagaba en sus labios nerviosamente contraídos.

Visto de cerca se notaba que su frente estaba cubierta de sudor y que sus arterias latian con precipitacion y violencia.

Acercándose lentamente y sin ruido parecia como si tratara de sorprender á la reina, que sola y preocupada se ocupaba del porvenir con toda la lucidez de su claro entendimiento.

Los primeros pasos de Mair no los oyó. Sólo cuando le tuvo á corta distancia, cuando hirió su oído el timbre penetrante de su voz saludándola con intencion, se apercebió de su presencia.

La impresion que su vista le produjo fue tan viva como desagradable, manifestándose por un movimiento impremeditado y brusco con que hizo retroceder su asiento, acercándolo por una fatalidad inexplicable á la puerta del oratorio.

El doctor Mair avanzó con atrevimiento en igual proporcion á lo que doña Leonor retrocediera, quedando en frente y á cuatro pasos del rey y del condestable.

Dominando su sorpresa, pero palpitante por una sensacion indefinible y vaga que en seres ménos fuertes que doña Leonor se hubiera declarado en terror, clavó en él una mirada severa y penetrante, miéntras le preguntaba altivamente:

—¿Por qué habeis entrado en mi cámara sin solicitar permiso?

El judío se inclinó hipócritamente.

—Señora, contestó, soy acreedor de V. A., y como tal temí no ser admitido por importuno. Hé aquí por lo que presumiendo ser rechazado he cuidado de no anunciarme.

La réplica insolente y fria del judío hizo enrojecer de indignacion á la reina, probándole que aquel acreedor venía resuelto á exigir y á exigir cosas muy duras. Pensó que necesitaba contenerle para que no la dominara, y con acento altivo y firme le dijo:

—Antes de contestar como vuestros recelos merecen, os haré la única pregunta que me incumbe. ¿Qué venis á pretender con tanto arrojo en tan inoportuna ocasion?

—Señora, contestó el doctor Mair dejando escapar á sus entornados párpados una mirada oblicua y traidora y de su lengua á la par una gota de hiel que cayera sobre la reina; he llegado á V. A. de este modo para reclamar el premio de un servicio que me pedisteis con gran instancia, y os hice abdicando en vos mi deber y mi conciencia.

—Ese lenguaje y esa audacia, dijo doña Leonor devolviendo su mirada por la amenaza de la que recibia en desprecio cuyo límite se perdia en su propia majestad, me prueba, buen especulador, que me habeis creído vencida como algunos de los que dentro y fuera de Roa están, lo cual es una equivocacion, porque ahora y siempre seré en ella la señora, mucho más en mi propia cámara, que en el mismo instante que lo diga se le hará desocupar á quien la haya invadido atrevidamente.

—Se conoce que mi temor era harto fundado inportunándoos mi presencia, y me pesa, dijo el doctor Mair haciendo de la lengua un puñal y esgrimiéndola con destreza para que el golpe fuera mortal; pero el día, no, la noche que me dijisteis: *Echad en la copa que contiene la vida del rey una dolencia tenaz que me dé tiempo para organizar la rebelion*, añadisteis; son vuestras propias palabras: *Os permito que me lo recordeis*, era el premio que yo pedía y me lo otorgasteis sin condiciones: *pero de la misma manera que ha sido nuestro convenio, de mí á vos*. Fue así. ¿Es verdad, doña Leonor?

La reina se sintió estremecer como se estremece un árbol al primer soplo de la borrasca, miró en torno suyo con sobresalto, y viéndose sola y creyéndolo así, sin afirmar ni negar, replicó con febril impaciencia:

—¡Acabemos! ¿Qué quereis por el silencio que sin duda alguna venis á que os compre?

El judío percibió un ténue rumor tras de la entornada puerta, rumor que no advirtió doña Leonor en su preocupacion y aturdimiento.

—Mi silencio no puede venderse, dijo con profunda intencion Mair, y no os le vendo; lo que pretendo es que cumplais lo que me ofrecisteis.

—Yo no os prometí nada, replicó doña Leonor apoyando su enardecida mejilla en la mano que por instantes se iba poniendo yerta.

—Sí, me prometisteis, señora, y fue una gracia que aplacé para su día. ¿Os acordais? Vuestros ojos me dicen que sí, aunque vuestra lengua no articule una afirmacion que reconozca la deuda.

—No quiero deberos nada, dijo doña Leonor en un arranque de altivez. Pedid oro, judío avaro, y os daré cuanto posea sin andar en regateos.

—¡Oro! repitió el doctor con acento sombrío. ¡No! Todo en este mundo está arreglado por la ley de la proporcion, aunque V. A. no lo recuerde cuando trata de premiar. Yo quiero tanto como doy.

—Acabad, dijo doña Leonor bruscamente; pedid, pedid y os daré, para que me libreis de vuestra presencia.

—Es que para que no negueis lo que os pida os recuerdo lo que os dí, repuso implacablemente el judío.

La reina de Navarra se agitó en su asiento, sometiéndose empero á la tortura que le imponía el cómplice que habia elegido en una hora de vértigo.

—¿Recordais? añadió el doctor Mair arrojando la hiel no á gotas sino á torrentes. Me pedisteis y os dí la salud de un hombre, con ella las horas de accion de un rey, la tranquilidad de un reino... ¡Eso no se paga con oro, señora!

Doña Leonor se levantó cuasi del sitial, y con voz vibrante le dijo no pudiendo contenerse:

—Por tercera vez os lo repito, ¡acabad! ¿Qué quereis?

—Quiero, respondió el judío adelantándose atrevidamente hasta rozar el vestido de la reina con el suyo para arrojar sus palabras dentro del oratorio;

quiero lo que le ofrecisteis al duque de Benavente para que se aliara con vos: una cosa que vale más que el oro, que fascina más... Quiero una dama de vuestra córte... la señora de Ruitelan, prez del que más lanzas pusiera á vuestro servicio el día en que os alzarais en rebelion.

—¡Oh! exclamó Enrique III abriendo estrepitosamente las puertas del oratorio. ¡Qué bien hizo el rey don Pedro en matar á quien mató...!

Doña Leonor se puso en pié de un brinco. Mair retrocedió al fondo de la cámara, y el condestable apareció detras del rey, dominando la situacion que habia creado las revelaciones traidoras y vengativas de Sancho Ramirez á Hernan Perez de Villafranca.

Enrique III estaba pálido: el dolor dominaba en él la emocion de la cólera que sentía ante aquel cúmulo de traiciones de que era víctima, y ántes que su lengua diera paso á sus ideas hubo una pausa larga y violenta.

Acercándose á la reina, le dijo con voz cortada y aplanadora expresion:

—Señora, he aquí rotos todos los vínculos que nos unian y que hasta este instante he respetado.

Rebelada contra mí... vuestro sobrino, ¡un hijo para vos! contra Castilla, ¡vuestra patria...! y patria que os ha sostenido como reina... os habeis convertido en enemigo... y enemigo de esos felones que hieren á traicion cuando son débiles y frente á frente cuando se les deja tomar fuerza en el seno del que quieren destruir.

Rea confesa y convicta de un crimen incuo... no os perdono ni os perdonaré nunca. Castilla no tendrá un pié de tierra para vos, y de prision en prision iréis hasta la frontera de Navarra, que erizaré de lanzas para que no la traspaseis ni aun huyendo de la muerte.

En doña Leonor se sucedian las impresiones tan profundas como rápidas, pero así de violentas como de diferentes. El despecho, la humillacion, el terror, la sorpresa, la afrenta... se habian sucedido confundándose. Anonadada con la presencia del rey, ultrajada con la del condestable, pasó algunos instantes como herida del rayo. Sin embargo, la reaccion se obró en ella con prontitud, y recobrando su energía, le dijo acercándose á él con las manos cruzadas:

—¡Calmáos, señor! y cuando no porque estais en mi cámara, cuando no porque estoy sola, dominad, por la memoria de vuestro padre, la cólera que amenaza á una dama y á una reina.

Enrique III retrocedió un paso, la miró con horror y repuso:

—Mala memoria evocais. Ella me recuerda que por una catástrofe me trasmitió la corona y por una fatalidad su sangre tal como la recibió del suyo, con la maldicion que en su desolada agonía debió de formular don Pedro cuando á puñaladas desprendieron aquella de sus sienes.

—Don Enrique, dijo con vehemencia la hija del asesino más roja su frente que la escarlata; estais renegando de vuestra propia sangre, estais señalando las

manchas de vuestro mismo nombre..... ¡Oh! dejad, dejad á vuestros enemigos el placer de que lo hagan.

—Yo no tengo más enemigos que aquellos en cuyas venas circula, porque es una sangre envenenada que fermenta la traicion, que impele á saltar por cima de todos los vínculos para romperlos, de todas las consideraciones para atropellarlas, de todos los deberes para hollarlos..... ¡Oh, Dios! ¡Qué sangre la mia...!

Y don Enrique se apretó convulsivamente las sienas, cuyas llenas arterias le parecia iban á romperse.

—¡Oh! exclamó doña Leonor con voz alterada; puesto que blasfemando maldecís á los que os conquistaron la corona que ciñe vuestras sienas y el poder que contiene vuestra mano; puesto que dais por disuelto el lazo más sagrado que une á un sér con otro sér; puesto que para vos ya no soy nada en el corazon, héme obligada á reclamar lo que me es debido como reina, ¡respeto!

Y sentándose añadió con energía:

—¡No quiero en mi presencia traidores! Haced salir al condestable del mismo modo que él ha hecho salir á ese judío, su instrumento.

Mair, con efecto, habia desaparecido á una seña del condestable, ántes que el rey acabara de pronunciar su sentencia.

—Ruy Lopez Dávalos no se sépara de mí, dijo Enrique III con firmeza; es la lealtad y el castellanismo, y le glorifico por ello.

El condestable se inclinó profundamente.

—Cuando lo haga será para darle á mi alférez mayor la órden de ir con mis heraldos á tomar posesion de Roa, proclamándome su señor.

—Sed dueño de Roa en buen hora, replicó doña Leonor con entereza, no como conquista, porque os ha abierto sus puertas, sino como el patrimonio de vuestra tia que recogeis en despojo.

—Soy desde este momento dueño de ella por medio de un secuestro justísimo y merecido, dijo don Enrique recobrando su calma sin perder su severidad.

—En este instante teneis todos los derechos, repuso la reina con acerba ironía.

—Por lo ménos tengo el de daros esta cámara por mansion en lo que la noche durare, tengo el de haceros salir para Valladolid así que luzca la aurora, y tengo de dar vuestra escolta al señor de los Cameros á quien confio vuestra persona.

—A Sancho Ramirez no, dijo doña Leonor poniéndose en pié pálida y descompuesta. Soy la reina de Navarra, y á mi lado no vendrán sino mis archeros ó vuestros donceles.

—Señora, la reina de Navarra está fuera de la ley. Sus privilegios acabaron, dijo Enrique III resuelto.

—En ese caso y por si os pluguiese imitar al que esta noche celebráis reser-

vándome la suerte de nuestra abuela doña Leonor de Guzman, enviadme un confesor ántes que al que empezando por asesino debe concluir por verdugo.

—Cuerda estais, repuso don Enrique con frialdad: bien os sentará una ab-solucion ántes de ponerlos en marcha.

—¡Don Enrique! dijo doña Leonor con intensa amargura. Si lo que me sucede no justificara cumplidamente lo hecho; si como no lo es, fuera, y un crimen de los más atroces manchara esta frente que se alza erguida para protestar contra toda acusacion que la infame, ya estaria purificada con el fuego de vuestra cólera exhalada en reproches y amenazas.

Y la reina, próxima á sucumbir á la violencia de sus emociones, puso su trémula mano en el respaldo de su sitial para sostenerse.

Don Enrique la contempló en silencio algunos instantes, y despues encami-nándose á la puerta del oratorio:

—Hasta Valladolid, le dijo, donde sabréis mi resolucion.

—La mia es, y os la anuncio, de no moverme de esta cámara, de dejarme asesinar en ella ántes que consentir se amengüe en nada mi decoro. De ese principio partid y no me enviéis á Sancho Ramirez, dijo doña Leonor resuelta y sombría.

—Está bien, respondió don Enrique saliendo de la cámara.

Con él se fué el condestable, y doña Leonor, sola ya, se dejó caer en su asiento, rompiendo al fin en un llanto acongojado y amargo.

Momentos despues un doncel se colocaba en la puerta de la cámara y otro en la del oratorio.

Enrique III despues de dar terminantemente la órden que constituia en prision á la reina de Navarra, añadió:

—Oid, Ruy: que no dejeis escapar á ese judío traidor. Si no habeis mandado su prision, mandadla, y bien escoltado enviádselo á Diego Lopez de Zúñiga para que lo juzgue.

—Descuidad, señor, le replicó el condestable; Mair será ahorcado como su delito merece.

—Yo lo que quiero es que sea juzgado, repuso don Enrique con severa é indescribible dignidad. El justicia en su alta mision que le condene ó le absuelva.

## LXXX.

El doctor Mair consintió en hacer el papel que se le ha visto desempeñar, cediendo á las frias y terribles amenazas que le hizo Hernan Perez de Villafran-

ca de ponerle en el tormento si se negaba á ejecutarle, por dos razones que apreció en lo que valian. La primera, fue evitar la tortura. La segunda, porque conociendo al rey, como le conocía, se le alcanzaba harto bien que su justicia no heriria solamente á un reo, y para salvar á la reina de Navarra habian de salvarle á él. Puso ademas condiciones, y fueron que se le dejase salir del palacio en el momento de terminarle, y que el condestable le diese un seguro para poder dejar el reino. El tesorero se lo prometió condicionalmente tambien y no le perdió de vista hasta que entró en la cámara de la reina.

Sin confiar en lo estipulado con el tesorero, aprovechóse de la seña de Ruy Lopez Dávalos, hecha, no con la intencion de sustraerle á la justa cólera del rey, sino para que no presenciase la escena que iba á pasar, y abandonando la cámara se lanzó á la antecámara que estaba desierta á fin de ganar la escalera y salir del palacio donde no le esperaba mas que oprobio y castigo.

Mas desde el mismo dintel de la puerta de la cámara sintió una voceilla que le azuzaba como se azuza á un perro, y que le tiraban del orillo de su túnica talar.

Volvióse y no vió nada, con lo que prosiguió andando; mas como continuase el azuzarle y tirar de la ropa como si quisieran detenerle, se paró, y tornando á volverse y á mirar en derredor, descendiendo hasta el suelo su mirada, vió á Diamante á quien ántes no distinguió por su pequeñez, y confundirse en la sombra que el mismo judío proyectaba en el pavimento.

Harto culpable para no sospechar siniestra intencion en todo, y demasiado en peligro para detenerse un sólo instante, tiró en silencio de la túnica y quiso continuar su oportuna retirada; pero Diamante, colgándosele con ambas manos de su ropa, le detuvo mal su grado y se puso á cantar con toda la extension de su agudísima voz:

Al perro, perro, perro,  
Argolla, argolla, argolla de hierro.

—¡Chist! ¡silencio! le dijo el doctor Mair tratando primero de desprenderse y amenazándole con el puño cerrado despues.

Por toda contestacion Diamante le enseñó los dientes algo semejantes á los de la raza canina, y variando el aire como el metro, prosiguió cantando:

Soberbio el leon, su garra clavando,  
Destroza en su ira al perro traidor;  
Le encarna los dientes sus huesos quebrando,  
Y al fin le da muerte con grandé furor.

Paró Diamante, dió una carcajada y continuó siempre colgado de Mair:

Al perro, perro, perro,  
Tenazas, tenazas, tenazas de hierro.

Penetrando el doctor Mair el tremendo sentido de aquellas mal rimadas estrofas que le anunciaban la cólera del rey y el castigo de su crimen, tembló ante lo inminente de su peligro, y pensando que era perdido si no se evadía ántes que don Enrique saliera de la cámara de la reina, tomó la resolución de deshacerse del cantor á todo trance.

En la segunda antecámara se oía rumor de voces que sosegadamente departían. Decidido Mair á todo para salvarse de aquella tortura con que le habia amenazado el tesorero y ora le volvía á predecir Diamante, retrocedió, y arrastrando á este se dirigió á un rincon.

La intencion del judío era siniestra. Pálido y con los ojos medio cerrados sujetábase contra la pared con una rodilla que le clavaba en el pecho, y tapándole la boca con la una mano, se desciñó con la otra el cinturon para amordazarle ó ahogarle, lo que mejor pudiera hacer.

Hubo de penetrarlo Diamante, porque de sus ojos se desprendió una centella de fuego. Abrió la enorme boca y con sus agudos dientes le mordió la mano taladrándose con ellos, y en seguida, empujándolo con una fuerza sobrenatural, imitando al perro principió á dar saltos, ladridos y mordiscos, crispados los nervios y horriblemente desfigurado.

A la primer acometida contestó el judío con un latigazo de su cinturon, mas Diamante, trasformado en una fiera, arrojando fuego por los ojos y espuma por la boca, repetia sus brincos mordiéndole y arañándole de tal modo, que vencido en aquella lucha que tenía mucho de rara y fantástica, retrocedió con algo de espanto.

Huyendo de Diamante el doctor Mair se lanzó á la puerta al tiempo mismo que el paje Juan de Acevedo abriéndola entraba por ella, diciendo alegremente: —¡Miren el gozquecillo que ladra como un mastin!

Pero hubo de quedarse estupefacto al ver al médico de Enrique III correr desceñido y en desórden á la inmediata antecámara y á Diamante seguirle como una furia con los brazos tendidos para cogerle.

A su vez corrió tras ellos y vió al judío precipitarse por la escalera y al enano agarrarle la túnica, consiguiendo al fin su empeño, mas con aquel movimiento tan mal calculado como impetuoso, perdiendo el equilibrio, cayó de cabeza y fué rodando hasta la última grada, á cuyo pié quedó inerte y bañado en sangre.

El médico no se detuvo á mirarle sino que se dirigió á la puerta, ante la cual habia dos centinelas de faccion.

Ambos al verle, reconociéndolo por la túnica y el turbante, exclamaron cruzando las alabardas:

—¡Atras!

—Soy el médico del rey don Enrique, dijo haciendo ademan de separarlos. Dejadme salir.

—Tenemos orden de no permitirlo, respondieron aquellos sin quitarlas.

—¡Yo la tengo del condestable para hacerlo! Paso, pues.

—¡Atras! repitieron los archeros reales presentando la afilada punta de sus armas.

En la escalera se oyó el ruido que producian pasos acompasados y fuertes, el crujir de las armaduras y el eco de algunas voces que hablaban dándose un aviso que de unos á otros pasaba.

Volvió la cara el judío para ver quién descendia, y se encontró con el escribano del rey Diego Gomez de Salazar y seis ballesteros de maza que le seguian. Presumiendo á lo que bajaban hizo el último esfuerzo para escaparse, mas en vano. Diego Gomez de Salazar llegó hasta él, hizo su prision en debida forma y se lo entregó á los ballesteros, quienes sacándole del palacio le condujeron á la cárcel de la villa donde se le puso en prision, hasta que por la mañana se efectuara su traslacion á Valladolid como el rey habia dispuesto.

En cuanto á Diamante, fue recogido por el paje Acevedo y dos ballesteros que le subieron en brazos, pues por lo pronto no podia moverse ni hablar. Estaba lleno de contusiones y de la boca le salia la sangre á borbotones.

## LXXXI.

Consecuencia de los sucesos que hemos detallado nadie durmió aquella noche en el palacio de la reina de Navarra; unos en fuerza de sus impresiones, otros entregados á urgentísimas ocupaciones, cuales eran las ocasionadas con los preparativos del viaje que en el siguiente dia iba doña Leonor á emprender.

Así que las princesas de Navarra supieron la prision de su madre acudieron llorosas y afligidas á su primo, solicitando que se la levantara, mas sólo pudieron recabar con sus ruegos las dejase participar de su suerte acompañándola á Valladolid.

Lo mismo pidieron y obtuvieron algunas damas, el abad de San Pedro del Muro, Juan Sanchez de Rivagorza, su escudero Lope de Andrade y su mayordomo Fernan Diaz del Alamillo.

Al despuntar el dia salió la reina para Valladolid. Presa de hecho, su escasa servidumbre recibia órdenes de la princesa doña Juana, única que con su hermana se acercaba para pedir las á su madre. El alcaide de los donceles con una parte de los del rey la escoltaba poco envanecido de aquella honra.

Pocas horas despues se alzaron pendones en Roa por don Enrique, quedando desde aquel dia incorporada á la corona y en sus muros flotando majestuosamente el pendon real de Castilla.

Don Enrique abandonó á Roa despues que hubo dispuesto quanto era necesario á su gobierno y seguridad, partiendo á tomar posesion de Benavente y á reducir á Gijon para en seguida pagarle á Portugal sus hostilidades y agresiones:

Por lo que hace al tesorero no dejó la villa sin calcular á quanto ascenderia el décimo de lo secuestrado, prez suyo en aquella jornada.

Sancho Ramirez pasó todo el tiempo que no fue gastado con el tesorero en consumir su venganza buscando á Blanca, ó por lo ménos una sola huella de su paso, pero todo fue inútil: el misterio de su desaparicion permanecia impenetrable.

Fué á ver á Diamante que continuaba en el palacio ocupando su nido; mas á sus preguntas, que primero fueron francas, luego capciosas y por último amenazantes, sólo respondió sacando la lengua, que por cierto estaba hinchada con la lesion que se hizo al caer, y dando estúpidas carcajadas. Diamante, segun frase literal de la historia de donde sacamos estos sucesos, desde la prision de la reina, si habló fue sólo con Dios.

Ni un solo indicio pues pudo hallar de su fuga, quedando en la misma ignorancia que ántes acerca de su destino; porque Juan de Velasco, que por su parte hizo sus indagaciones sobre el funesto crimen cometido en la persona de su deuda, nada pudo tampoco inquirir; y no queriendo sin pruebas aventurar explicaciones que podian redundar en menoscabo de la honra de Blanca, ni una acusacion que acaso pudiera ser desmentida, le trató como cortesano, pero con tan extremada reserva, que ni uno ni otro pronunciaron el nombre de la rica hembra de Castro.

Obligado por el compromiso de seguir al rey, que contrajo al sometersele, se dispuso para acompañarle á Benavente y Gijon; pero no fue sin que ántes recorriera todas las inmediaciones inquiriendo y preguntando, mas no parecia sino que Blanca habia sentado el pié en arena.

En Roa pues satisfizo Sancho Ramirez su venganza, no su afan. Este crecia y le devoraba, llegando á tomar Blanca en su imaginacion las proporciones de lo sobrenatural, haciéndosele dia por dia la gota de agua del sediento.

## LXXXII.

Don Pedro de Castilla pretendió pasar por sus estados en tierra de Leon, para llevarse consigo quanto encontrara en hombres y dinero; pero ántes que él llegaron los enviados de don Enrique y secuestraron su rico patrimonio, ocupando las crecidas rentas que gozaba. Encontróse pues proscripto y sin un solo pié de tierra donde pudiera sentar los suyos con seguridad.

Entónces tomó su huida todas las precauciones del miedo.

Hubo días en que, contra el parecer de Fernando de Bobadilla que le aconsejaba audacia y prontitud, fueron pasados en lo más espeso de los bosques guarecidos como las fieras entre zarzales y malezas; hubo noches tenidas en el hueco de una peña, y no para descansar, sino para estar en acecho como ciervos perseguidos, y así discurrió el tiempo que debió aprovechar para salvarse.

No se crea tampoco que sus temores eran infundados.

El conde de Trastamara estaba pregonado por rebelde y traidor, estaba puesto á precio y lo sabía.

Por do quiera que fuése si penetraba una voz en su oído era para hablarle de la rebelion de los bastardos, execrándola y maldiciéndoles, del terrible castigo que iba á imponerles el rey, de la prision del duque de Benavente, de la de doña Leonor... y don Pedro sentía ese pánico horroroso que precede generalmente á las grandes catástrofes y á las muertes violentas.

En aquel estado sólo el doncel lograba comunicarle en momentos algunos destellos de esperanza y serenidad, arrancándole á sus siniestros temores.

Genio fecundo y ánimo resuelto, todo se lo hacia fácil y posible, y gracias á él dejaron por último los bosques y las montañas, se proveyeron de dos vestidos que los convirtieron en hidalgos leoneses, y pasando el puerto de la Perrusa se encontraron en el territorio de Asturias, pernoctando en Oviedo con alguna confianza.

Mas Oviedo tenía la mancha de haberse decidido por los bastardos, y cuando tuvo á uno en su seno resolvió lavarla, entregándole á la justicia de don Enrique. Vióse don Pedro en inminente riesgo, riesgo de que sólo le salvó un milagro de valor, de audacia y sagacidad de Fernando, que descubrió sus intentos y los burló con éxito feliz, separándose momentáneamente para arrostrar este todo el peligro y que aquel lo atravesara seguro, miéntras el primero le hacia frente combatiéndole.

## LXXXIII.

En la Corredoría se encontraron don Pedro y Fernando: cada cual se contó sus aventuras que grandemente celebraron continuando juntos el camino que faltaba para llegar á Gijon, descubriéndola con notable alegría por parte del conde cuando el sol se elevaba hácia el cenit.

Acercáronse entretenidos en examinar sus fuertes muros, y cuando estuvieron á diez pasos de la puerta del Infante, se paró Fernando diciendo:

—Señor conde, permitid que no adelante un paso más.

Deteniéndose don Pedro le preguntó:

—Pues que, ¿no entráis en Gijón?

—No, don Pedro, respondió resueltamente el doncel que no había olvidado por cierto las instrucciones del abad; hasta aquí han llegado vuestros peligros y yo con vos; de aquí para allá está la seguridad para vos, y para mí la traición, porque si ya no lo soy, he sido doncel del rey, y mi sitio no estará nunca entre los que le combaten.

—Es decir, que nos separamos.

—Sí, señor conde, en este instante.

—Y ¿á dónde os vais, doncel?

—Ante todo y si no caigo en poder del merino mayor de Asturias, del alcaide de los donceles, ó de la muerte, á decirle á la reina de Navarra que os dejo en seguro con el conde de Gijón.

—Y ¿luego?

—¡Oh! á seguir mis aventuras, señor conde.

El conde guardó por algunos instantes silencio manifestándose en su frente una nube de tristeza.

—Siento, le dijo al fin con expresion, y lo siento mucho, separarme de vos, leal, valiente y decidido doncel; pero siento mucho más dejaros ir, sin poderos mostrar cuánto es mi agradecimiento á servicios que heroicamente habeis prestado á un proscripto que por bando le teniais por enemigo.

—Yo os eximo de esa gratitud que creéis deberme, señor conde, siempre que me ofrezcáis conservar un agradable recuerdo de vuestro guia y compañero.

—Le conservaré mientras viva, doncel, y para que vos no olvideis el de un amigo, cambiemos las espadas si gustais.

—Es una honra para mí, respondió Fernando sacando la suya del cinturon y presentándosela al conde.

Hecho el cambio añadió el doncel:

—De aquí no me apartaré hasta que os vea entrar en Gijón.

—No pienso estar mucho tiempo en él, respondió don Pedro alargándole la mano.

—¿Quereis tomar mi consejo? repuso Fernando estrechándosela.

—Sí, por cierto; dádmelo.

—No lucheis más, señor conde. Teneis los dones de Dios al hombre en la vida y la libertad, dejad á la suerte en despojo la riqueza y el poder.

—¡Grande es el sacrificio!

—No le haceis vos...

—Me lo imponen, es verdad.

—Y cuando os parezca duro, os acordais de la noche de Oviedo...

—Excelente confortativo, dijo el conde sonriéndose. A Dios, Fernando.

—A Dios, señor conde.

Dieron el último apretón á sus manos y se separaron, entrando el conde por la puerta del Infante y alejándose el doncel cuando por ella le vió penetrar.

## LXXXIV.

Sin detenerse en ninguna parte ni aun para limpiar el polvo que profusamente cubria desde el puntiagudo zapato hasta el castaño y lacio cabello, don Pedro se dirigió á la fortaleza donde á la sazón moraba don Alfonso, y dándose á conocer, porque el arrogante y fastuoso conde de Trastamara lo necesitaba, fue introducido á presencia del conde de Gijón.

Cuando el de Trastamara penetró en la vasta sala donde se hallaba don Alfonso, vió con sorpresa que estaban en redor suyo la condesa, su hijo y Pero Perez de Urdial; todos tres en traje de camino, aunque no tan pobre y descompuesto como el suyo. Mas con su primera y rápida mirada observó que el jóven don Enrique estaba triste y cabizbajo, doña Isabel enardecida y despechada, y Pero Perez mortificado y violento.

La frente de don Alfonso estaba llena de densísimas nubes, mientras que sus ojos brillaban con el fuego de un iracundo resentimiento.

Presagiando mal de aquella reunion de familia que suponía separada, gozando el uno en Portugal las bienaventuranzas del amor y urdiendo la otra poderosas intrigas en la córte de don Juan, avanzó don Pedro con lentitud por la estancia, en tanto que don Alfonso, presagiando peor de la venida de su primo al verle de aquella guisa, flaco, moreno y mal vestido, salía á su encuentro fruncidas las cejas y con más muestras de pesadumbre que de placer.

—¿Vos aquí, don Pedro? le preguntó sin alargarle la mano. Y ¿la reina de quien quedasteis por paladin? ¿Será cierto cuanto de ella se ha dicho en Gijón y en Portugal?

—¡Vive Dios que no lo sé, don Alfonso! porque há tiempo que nos separamos, contestó el conde de Trastamara con algun embarazo. Yo me fuí á mis estados y ella quedó en los suyos, resuelta á entregarse á merced de don Enrique.

—¿Habeis hecho con ella lo que el traidor de don Fadrique? le preguntó don Alfonso con iracunda y despreciativa expresion.

—Eso se queda allá... para ellos, repuso con acento reprochador y cortante don Pedro. A mí me abandonó la reina cuando supo la prision de su hermano, y como resolvió abrirle al rey las puertas de Roa y someterse, no pudo tenerme en su recinto.

—¡Todos se han portado bien! dijo con sardónica ironía la condesa doña Isabel, dama tan altanera como de ánimo varonil y de resuelta y firmísima voluntad.

—¡Señora! exclamó don Pedro ofendido con su sarcasmo; si el no haber cumplido lo que ofrecieron es un cargo, creo que entre todos los que se aliaron no hay uno que al fin de la jornada pueda decir: ¡libre estoy!

—Acaso no, don Pedro, y yo me encargo de probarlo, dijo don Alfonso con tanta firmeza como orgullo; mas dejemos los reproches que no debeis extrañar, y contadnos lo que ha pasado en Castilla y cómo han caído esos tres ángulos que por tan fuertes se tuvieron. Sentémonos, si gustais.

Sentáronse todos, y don Pedro contó lo que había sucedido en Roa despues de la llegada del alcaide de los donceles, la desercion que siguió á la de Sancho Ramirez, lo que contó el alférez del duque de Benavente, y lo que le había acontecido de resultas con la reina de Navarra. Despues dijo los azares de su viaje y concluyó su relato con la aventura de Oviedo. A su vez preguntó y supo que doña Leonor estaba arrestada en Valladolid, que el rey venía sobre Gijón y que Portugal había roto sus convenios con el conde, y aun se sospechaba que andaba en negociaciones con el rey don Enrique, porque las huestes portuguesas no sólo habían perdido la ofensiva, sino que retrocedían repasando la frontera.

—¡Así ha faltado el portugues! dijo don Pedro con rencorosa satisfaccion mirando á doña Isabel.

—Gracias á las intrigas de los castellanos, respondió la condesa que no podía reprimir su saña.

—Pues en Portugal no tenía Castilla quien la valiera, sino quien la perjudicara, replicó el conde de Trastamara con la animosidad de un castellano.

—Así era, dijo Pero Perez de Urdial explicando las mudanzas de la córte portuguesa; pero en mal hora llegó á Lisboa el arzobispo de Santiago y todo varió de aspecto.

—¿Ha ido de enviado de don Enrique el traidor de don García? preguntó el conde de Trastamara.

—¡Oh, no! Don García Manrique se ha desnaturalizado de Castilla y se ha separado de su Iglesia.

—¡Qué decis!... Y ¿qué motivo ha tenido?

—Hacer mal, dijo la condesa con despecho y amargura.

—El que le ha dado al rey don Juan nace de fuertes escrúpulos que se han levantado en su conciencia, pues como sabeis, la Iglesia castellana obedece á los papas de Aviñon y tiene por legítimos á los de Roma que acata la portuguesa.

—Y ¿ha dejado su arzobispado de Santiago?

—Le ha dejado y está vacante; mas en cambio ha recibido el de Braga para seguir compitiendo con don Pedro Tenorio, porque ambos son ya primados, y ambos pretenden y debaten el privilegio de superior que litigan.

—Suceden cosas increíbles é inexplicables, dijo el conde de Trastamara cediendo á la admiracion que aquel suceso le causaba.

—Si hablais de don García os diré que teneis razon, porque es maravilloso ver cómo don Pedro Tenorio portugues vino á Castilla á posesionarse de la mitra que le disputaba don García Manrique castellano, y á este abandonar á Castilla para ir á Portugal á recibir el báculo de la primada para perpetuar su competencia.

—Tienen por destino luchar, añadió don Pedro en quien la noticia habia hecho honda sensacion.

—Si lucharan hasta derribarse, por fin que algo habria que celebrar, dijo doña Isabel exhalando un suspiro de soberbia.

Pasados algunos instantes don Alfonso preguntó á don Pedro friamente:

—¿Cómo venis á Gijon, primo?

—Como un proscripto, á guarecerse tras sus muros, dijo doña Isabel mirándole con desprecio.

—Teneis razon en cuanto á lo primero, señora, respondió el conde de Trastamara alzando su frente con dignidad; mas en cuanto á lo segundo os engañais, y el tiempo os lo mostrará. Para no perderle inútilmente, me retiro.

—¡Don Pedro!

—¡Don Alfonso!

—¿Desdeñais hospedaros en mi fortaleza?

—No me la habiais ofrecido y ya he formado mi plan. Me alojaré en una posada que tengo noticias las hay buenas en Gijon.

—Sin embargo...

—¡Eh! conde, dejáos de ceremonias... los proscriptos no las merecen y don Pedro de Castilla lo es.

—Si algo me pudiera hacer os alargar la diestra... sería precisamente esa condicion en que estais, dijo el de Gijon dándosela.

—Y si algo me pudiera obligar á rechazarla, es precisamente esa condicion en que me encuentro, respondió el de Trastamara retirando la suya y retrocediendo un paso.

—Pero...

—A Dios, conde de Gijon. A Dios, señora. A Dios, Enrique. ¡Pero Pérez!...

—Soy con vos, dijo el anciano disponiéndose á acompañarle.

—¡Me place!

Y haciendo una ligera cortesía á los que quedaban, don Pedro se fué con el mensajero del convenio que por poco no maldijo el que en este se favorecia. Así que salieron de la fortaleza le preguntó el conde de Trastamara sin rodeos, cogiéndose de su brazo porque los piés le dolian de su última caminata:

—Buen Pero Pérez, en resúmen ¿qué es lo que hay, ó mejor dicho qué es lo que habido en Lisboa que así está doña Isabel?

—Yo os lo diré en pocas razones, don Pedro. Todo iba á pedir de boca, y los desposorios se miraban próximos á realizarse, cuando principiaron á correr rumores sobre la prision del duque de Benavente. Muy en breve se añadieron á estos los que sobre la prision de doña Leonor se levantaron... y en plata se nos empezó á tratar con frialdad. En esto se presentó don García Manrique, á quien se le ha hecho una acogida brillante, el cual dió noticias de lo acontecido en Castilla, manifestando en público su opinion desfavorable á los tios del rey y sus deseos de que la paz se cimente con solidez ya que tales sacrificios hacia por ella don Enrique. La reina de Portugal que tiene no poco ascendiente sobre el rey y mucho odio á los bastardos influyó con don Juan á favor de su cuñado don Enrique, y el de Portugal se decidió á romper con don Alfonso. En consecuencia se obligó á esa bendita de doña Beatriz que no se acaba de casar jamas á desairar á su futuro, y lo hizo del modo más público y escandaloso que os podeis imaginar. La condesa pidió satisfacciones, y don Juan, prevaliéndose de la altivez de doña Isabel, se dió por agraviado y le insinuó que gustaria abandonara á Lisboa. No hay que decir que la invitacion se la dejaria repetir la altiva invitada; pero por pronto que salimos de Portugal ya repasaban su frontera las gentes del comendador de Uren, quedando electo don García por arzobispo de Braga.

—¿De manera que el conde está reducido á su propia fuerza para resistir al rey?

—Ni más ni ménos, don Pedro.

—Y ¿Gijon?

—Caerá si le quieren dejar caer.

—Y ¿vos qué haceis, Perez?

—En verdad que no lo sé, porque si me inclino al conde y á su hijo, estoy harto hasta no poder más de esta doña Isabel, á quien nuestro Señor muy bien ha hecho en negarle el trono que su ambicion deseaba, porque hubiera sido una reina más déspota y altanera que todos los tiranos que hubo, hay y habrá en la redondez de la tierra.

El conde se echó á reir.

—Y vos, don Pedro, ¿qué pensais?

—Retirarme, Perez, donde no me reprochen ni me insulten como han hecho hoy el conde y la condesa. Si hay una galera que me admita á su bordo, hoy mismo me embarco y me voy sin que me quede un desengaño que pasar.

—¡Oh! dijo Pero Perez de Urdial riéndose, eso sólo lo puede decir quien viene de Portugal.

—Y ¡quien salga de Gijon!

—Y ¿á dónde vais, señor conde?

—A Roma, Perez. Allí tomaré un hábito de peregrino y emprenderé una peregrinacion al Santo Sepulcro. Luego el mundo es ancho... veré hácia dónde me dirijo.

—¡Discurris á maravilla!

—Nuestra estrella se eclipsó, buen Pero Perez; aceptemos la oscuridad en que nos sume.

—Es lo mejor. Por lo ménos lo más prudente. Con que, ¿romero?...

—Decididamente y á Dios, porque ya veo una posada y voy á alojarme en ella.

—A Dios, señor conde, y que la suerte os sea siempre y en todo propicia.

—Y á vos, Pero Perez.

Con lo cual el conde de Trastamara se entró en una posada para satisfacer las imperiosas necesidades de la vida y disponer su partida, y Pero Perez de Urdial se encaminó á su casa á descansar tambien de las fatigas del viaje, que en aquella misma mañana habia terminado con doña Isabel.

## LXXXV.

Entre los robles de Ruitelan y los descendientes de Pero Castro de Astorga existia sin duda una afinidad misteriosa, porque Blanca en su convento se hallaba atacada de una enfermedad lenta y desconocida, pero que cada dia hacia un progreso.

Aparte de sus desengaños, de sus inquietudes, del aislamiento en que su deudo Juan de Velasco la habia dejado, la jóven rica hembra de Castro, criada en las montañas, acostumbrada desde la infancia al aire puro y á la vida activa, luego al movimiento y á los placeres de una córte espléndida y galante, se resintió al pasar sin transicion á la vida pasiva y solitaria del claustro, donde sólo tenia una celda estrecha y triste, donde sólo respiraba un ambiente escaso, donde le faltaba aire, espacio, amor... y cual las flores trasplantadas de un suelo á otro empezó en breve á languidecer y mustiarse.

La comunidad lo echó de ver al instante; la abadesa se alarmó, llamó á un anciano lego que alcanzaba gran fama de hacer curas maravillosas, y encomendó á su ciencia el restituir la salud y la frescura á la tierna planta que la perdía dia por dia y visiblemente. En consecuencia el hermano Martin la propinó pócimas y más pócimas que la enferma apuraba con ese afán á la vida que da la proximidad de perderla.

Luego, que Blanca queria vivir. Tenia diez y siete años y á esa edad la vida todo es oro y esperanza.

En aquel estado se encontraba ya el dia en que por su desgracia entraron en Valladolid el duque de Benavente y su alférez; Blanca vió á Gonzalo á traves

de sus celosías, y le llamó, primero con alborozo, despues con ansiedad, y por último con afliccion; pero él sólo la contestó con un á Dios.

Mas ella con la fe que en su amor tenía le esperó un dia y otro y otro, aunque en vano; Gonzalo no fué, sus ojos no le vieron más.

Lo que es natural, entró en hondas meditaciones y se le revelaron muchas cosas que en su cándida inexperiencia ignoraba. Inquiriendo el dia y la noche con su pensamiento la causa del abandono de su amante, de su perjurio, porque él la habia jurado defenderla, llegó á explicárselo por consecuencia de su fuga misteriosa. Creyó pues que la tenía por culpable, acaso por liviana, y su corazon y su orgullo sufrieron un choque violento.

Tambien era natural que deseara justificarse, y aquel deseo que se convirtió en ansia se hizo vehemente y exclusivo hasta el punto de absorber todos sus demas deseos.

Su pensamiento fijo á partir desde aquel punto en el dia y en la noche, ya velara, ya durmiese, era hacerlo sin que encontrara un medio para conseguirlo por más que se afanaba para buscarlo.

Si pensaba en el rey para que la protegiera, no estaba en Valladolid: si pensaba en Fernando para que proclamara su inocencia, ignoraba su paradero; si pensaba en buscar un campeon que la amparase constituyéndose su defensor, era imposible encontrarle encerrada y vigilada en el fondo de un convento.

En aquellas agitaciones pasaron algunos dias que se llevaron una parte de sus fuerzas y cayó en un desaliento profundo. La inercia se apoderó de ella, y su mal se desarrolló sin que las famosas pócimas del hermano Martin alcanzaran más resultado que el de hastiar á la que las saboreaba.

Perdida su fe en los que habia confiado la olvidada y triste reclusa se volvió á Dios con resignacion, aceptando lo que su mano le daba.

Ya no volvió á la reja de su celda para acechar á traves de las celosías la venida de Gonzalo; ibase al coro, se postraba y rezaba hora tras hora con la frente apoyada contra la reja.

Uno de los dias en que su desaliento era más profundo y su decaimiento más alarmante, se quedó sola en el coro, cerró los ojos y cayó en una especie de éxtasis.

Blanca habia retrocedido con su imaginacion á su infancia y trepaba seguida de los rudos y leales monteros de San Prom por la falda de la montaña, cogiendo lirios y tomillo entre los robles, miéntras que Pié de Corzo le cogia niños en las rocas.

Ante aquellas imágenes una sonrisa infantil se dibujó en sus labios descoloridos; pero de pronto se oyó el ruido de una puerta que cerraran con estrépito, y arrancada á su éxtasis por él, dió un suspiro y abrió los ojos.

Su mirada un poco asustada cayó á plomo á la nave de la iglesia, cuya puerta estaba abierta.

Algunas mujeres cubiertas con sus mantos oraban diseminadas delante de los altares. Vuelto á la reja del coro habia un hombre de pié examinándola atentamente.

El corazon de Blanca dió un latido que la estremeció.

Aquel hombre era Pié de Corzo, á quien reconoció en el instante.

Agitada y temblorosa se levantó, dió algunos pasos indecisa por el coro, mas impulsada por una idea repentina tornó apresurada á la reja, desabrochó su vestido, y quitando de sobre su pecho un amuleto de terciopelo rojo que traia, lo tiró con fuerza á la iglesia, viniendo á caer á pocos pasos del cazador.

Las devotas ménos arrobadas oyeron el levisimo ruido que hizo al chocar en el pavimento, y volviéndose con prontitud vieron á Pié de Corzo cogerle, hacer una seña de inteligencia á la que estaba en el coro y salir impetuosamente.

Y á las que esto sucedió hicieron la seña de la cruz y se levantaron escandalizadas de tanta liviandad y desacato.

## LXXXVI.

Pié de Corzo rodeó el convento, entró en la portería y llamó. La portera acudió apresurada y oyó la pretension del viejo cazador. Esta se reducía á ver en el instante á la madre abadesa; para conseguirlo la portera lo envió á la tornera, la tornera oyó su demanda resguardada tras su máquina giratoria y fué á presentarla á su prelada que accedió á ella, y así de categoría en categoría, y de reja en reja, llegó al locutorio y á presencia de la abadesa.

A las primeras preguntas de esta, glaciales como ella misma, Pié de Corzo dió idéntica contestacion:

—Quiero hablar con la señora de Ruitelan.

Prevenida la anciana deuda de Juan de Velasco por el aspecto rudo y fiero del cazador, le preguntó con desabrimiento:

—¿Quién sois? Porque si no lo declarais no he de concederos lo que solicitais.

—¿Sí? replicó el agreste cazador con aire burlon; pues os lo voy á decir. Soy un montañés de Galicia; soy un cazador diestrísimo que se llama Pié de Corzo; soy un servidor leal de los señores de Castro; un perro de su trailla si os parece, pero tan osado que nada le impone, ni vuestras tocas, tan resuelto que todo lo acomete cuando se arroja á una empresa, de manera que veré á mi señora aunque tenga que poner fuego al convento.

La anciana abadesa se atemorizó, y andando de espaldas se separó de la reja.

—Hablaré pues con mi señora, ¿verdad, santa madre? la preguntó Pié de Corzo asiéndose á la reja con tal fuerza que la estremeció.

—Sí, sí, hermano, cuando queráis, respondió la prelada alejándose temerosa no la desquiciase y entrara.

—¿Vendrá pronto? gritó Pié de Corzo viéndola pronunciarse en retirada.

—Ahora mismo... en el instante... yo... yo misma la llamaré.

Y la asustada anciana se fué todo lo aprisa que sus piernas permitian, cumpliendo al punto su palabra, porque un momento despues entró Blanca en el locutorio. Al verla exclamó el cazador dejando caer los brazos en la fuerte impresion de su sorpresa:

—¡Fuego del cielo! ¿Qué han hecho con vos la Urraca y el Ciervo? ¿Qué han hecho con vos la mala dama que os sacó de Ruitelan y el hijo de traidores que os solicitó allí mismo?

—Atormentarme mucho, Pié de Corzo, contestó Blanca fuertemente conmovida. Pero, ¡Dios se lo perdone!

—¿Atormentaros...? ¡Fuera eso solo...! Pero ¡jira de Dios, si os han muerto...!

—¡Sí que me han muerto, sí!

Y Blanca rompió en un llanto amargo y copioso.

—¿Quién os ha hecho el mal? preguntó el cazador acariciando el puño de su cuchillo de monte.

—Todos, dijo Blanca con explosion. ¡Unos ántes y otros despues!

—Contádmelo, pobre niña, contádmelo como me contabais en San Prom las caricias de vuestra lebrela y las flores que cogiais.

Los recuerdos de la infancia ejercian en aquel instante un gran influjo sobre Blanca. Sometida á él se enjugó los ojos y comenzó su relato ingenuo y sencillo. Le contó pues sus amores con Gonzalo, las pretensiones del señor de los Cameros, las promesas en parte realizadas del primero, las amenazas horriblemente cumplidas del segundo, la muerte de doña Brianda, su fuga y la reclusion en que su deudo Juan de Velasco la habia puesto.

A su vez preguntó y Pié de Corzo le dijo cómo viendo secarse el último retoño de los robles de Ruitelan temió por su vida y abandonó la montaña para buscarla, y que ántes de llegar á Roa, á donde directamente se dirigia, encontró á Gonzalo de Figueroa que aumentó sus temores, dándole con sus respuestas indicios de donde la podria hallar.

Sin conocerlo el áspero cazador habia herido la cuerda sensible de Blanca, produciendo instantáneamente su sonido más vibrante, más violento de lo que podia resistir.

—¿Habeis hablado con Figueroa? le preguntó trémula y afectada.

—Ya os lo he dicho. Hablé con él en San Chidrian.

—Y ¿os dijo de mí...?

—Lo que ántes os he contado, que le pareció oír vuestra voz llamándole al pasar por delante de un convento.

—¡Ah, le pareció...! Y ¿por qué no acudió á sus rejas para cerciorarse...?

—A ese cargo que le dirigí sólo pudo contestarme que estaba consagrado á una alta empresa... muy noble... de esas de honra y... prez.

—Y ¿no pudo ni aun contestarme por cortesía? le preguntó Blanca con una amarga sonrisa.

—No era dueño ni de sí ni de su tiempo, respondió con ironía el rencoroso cazador. Por eso entónces no os atendió y despues se ha negado á seguirme para daros ayuda como me habia prometido.

Al oírle el corazon de Blanca sufrió una sensacion inexplicable. Era que aquel pobre corazon sentía la desolacion del desengaño y el primero de la vida le destroza.

—¡Cómo me habia de favorecer el que no quiso responderme cuando como una loca le llamaba á gritos rompiendo con mis dedos la celosía para que me viera... ¡Dios mio! añadió cruzando las manos y mirando al cielo que á través de la reja se descubria. ¡Dios mio, no hubiera sido mejor que Sancho me matara en vez de mi desventurada tutora!... Ella viviria y yo no sufriria como sufro.

—¡Oh! lo que sí que valia más es que yo hubiera seguido mi impulso.

Y por segunda vez acarició Pié de Corzo el mango de su cuchillo. Blanca, con la frente apoyada á la reja, pensaba en Gonzalo, en su inconstancia y su abandono que nada podia justificar, y su orgullo se rebelaba al par que su dolor crecia.

Levantando de pronto su frente exclamó con arrebató, empujando la reja con las dos manos:

—Pié de Corzo, ¡yo quiero salir de aquí!...

—¡Os sacaré, juro á Dios! contestó el cazador con energía.

—No, mi viejo montero, vos no podeis. Todos vuestros esfuerzos se estrellarian ó con los cerrojos del convento, ó con el poder de quien en él me ha encerrado. Luego que no quiero salir furtivamente de aquí como salí de Roa. ¡Oh, no! yo quiero otra cosa, yo quiero que me declaren inocente ante la faz de Castilla, yo quiero presentarme ante ella con brillo ¡aunque sea para pasar más rápida que un relámpago!

—Pues bien ¿qué quereis que haga? Decid, sin pararos para mandar en que hay obstáculos ni imposibles.

—¿Sabeis lo que necesito? Ver á un doncel de los del rey que se llama Fernando de Bobadilla... Buscadle.

—Le buscaré. Y ¿cuando le encuentre?

—Me le traeis. El hará lo que no podeis.

—Pudiera suceder, dijo Pié de Corzo mirando con inquietud su palidez y enflaquecimiento, que ya no estuvierais aquí cuando volviera. Todo es menester preveerlo. Por si así fuera, iniciadme en lo que quereis que haga.

—Teneis razon. Buscadle, y si le hallais le decis que le levanto el juramento que me prestó, que quiero declarar la verdad y que apelo á su valor para probarla.

—Recorreré el mundo si es menester hasta encontrarle, y si existe se lo diré, y él hará aquello que deba. Os dejo, pues, para ir en su busca.

—Sí, mi viejo Pié de Corzo, idos, pero volved pronto, le dijo Blanca despidiéndole.

—¡Ah, Dios santo; sí, volveré!... Como que tengo que cumplir mi juramento, dijo el montero con feroz concentracion.

—¿Habeis hecho alguno que se refiera á mí? le preguntó con su acento dulce y afectuoso.

—¿Si le he hecho? Sí, y solemne.

—¿De qué? mi buen servidor.

—De salvaros si es tiempo; de vengaros si no lo es.

Y separándose bruscamente de la reja abandonó el locutorio.

## LXXXVII.

Dos dias despues de lo acontecido en el capítulo que antecede y ya cerca de anoecer, entraba Pié de Corzo en la villa de Olmedo donde se notaba gran movimiento á causa de pernoctar en ella la reina de Navarra con sus hijas, su escasa servidumbre y su numerosa escolta, mandada por el alcaide de los donceles con no poca mortificacion suya, porque como sabemos, el buen Alfonso Alvarez de Toledo era poco amigo de faldas y enemigo declarado de guardar mas que á su honra, á su patria y á su rey. Dióle la villa alojamiento á doña Leonor en un edificio aislado con pretensiones de palacio, edificio del cual ocupó un ángulo con sus hijas y las pocas damas que las seguian, y otro el alcaide y los donceles, ménos cuatro que quedaron al cuidado de la reina en un aposento inmediato, convertido en cuerpo de guardia segun la necesidad requeria.

Era pues entrada la noche, hermosa y serena como de las apacibles del verano. Doña Leonor, sus hijas y sus damas se hallaban retiradas en su departamento, dejando en libertad á los donceles que charlaban alegremente sentados al redor de una mesa, sobre la cual habia servidos algunos manjares más suculentos que delicados, dignamente acompañados de un corpulento jarro rebosando de espumoso y aromático vino.

—Ramiro, dadme el jarro si gustais, le dijo el doncel Nuño de Zamora á su apuesto compañero, y no os descuideis con las perdices, pues ¡pardiez! que San-

cho Ariza quiere esta noche probarnos que tan pronto las come como las caza.

—Y ¡vos que todo lo habeis de llevar en cuenta! replicó el aludido tragando un enorme bocado para contestar riendo.

—Vaya lo que Sancho come por lo que vos bebeis, añadió Ramiro de Arévalo alargando el jarro al uno y tomando del otro el plato que le presentaba.

—Uno con otro bien compensado está, dijo Rodrigo Malpartida cortando un sendo trozo de venado y poniéndosele delante.

Sin que fuera sentido de los donceles á causa de la precaucion y el silencio con que entrara, llegó hasta ellos un individuo cuidadosamente rebozado en un oscuro tabardo, acabándole de ocultar las anchísimas alas de su fieltro, el cual, despues de contemplarles un breve instante, dejó caer la una mano blandamente sobre el hombro de Ramiro de Arévalo, miéntras con la otra se quitó el sombrero diciendo:

—¡Guarde Dios á los donceles!

Y quedó descubierto el rostro gracioso y vivaz de Fernando de Bobadilla á las miradas de sus compañeros que exclamaron á trio:

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Fernando!

Y todos tres se levantaron abandonando los humeantes manjares.

—¡Pardiez! exclamadores estais, dijo Fernando observando su sorpresa. ¿Se os ha aparecido un espectro?

—Espectro no, mas sí un amigo que ansiábamos mucho ver.

Esto dicho Ramiro le tendió la mano y todos tres le rodearon.

—Ante todo, dijo Nuño de Zamora apoyándole á su vez la mano en su hombro, decidnos de dónde venis.

—¡Preguntones tambien! repuso Fernando mirándole sereno y risueño, pero impenetrable.

—¡Pues no! Y ¿vos reservado?

—¡Pues ya!

—¡Voto á la tizona del Cid! exclamó Sancho Ariza con expansiva alegría, que ya podriais estar contando vuestras aventuras á los que están ardiendo en deseos de saberlas. Figuráos que somos tres mujeres, tres viejas, tres dueñas, tres porteras de convento; y ¡hablad por todos los santos!

—¿Os será más grato el cuento de ellas, que el concederme un favor? le preguntó Fernando dirigiéndose á él con más gravedad de la que su amigo esperaba.

—No por mi fe, respondió este poniéndose serio tambien.

—A todos hago la misma pregunta, añadió mirándoles alternativamente.

—Y todos os dan la misma contestacion, dijeron á duo Ramiro y Nuño.

—Pues entónces dejadme entrar á ver á la reina de Navarra.

Los donceles se miraron consultándose.

—¡Que entre! dijo Ramiro de Arévalo, el más sinceramente afecto á su amigo de todos sus compañeros.

—¿Por qué no? añadió Sancho Ariza interrogando á Nuño de Zamora.

—Nuestra consigna es no permitirle á doña Leonor la salida, y aquí no se trata de salir sino de entrar, añadió el interrogado venciendo dudas y dificultades.

—¿Os resolvéis á concedérmelo?

—¿Os le habíamos de negar?

—Concedido.

—Y con gran placer; entrad á verla en buen hora.

—No debe ser esta infausta, dijo Fernando vivamente complacido. Con vuestro permiso...

Y haciéndoles un ademán de despedida se encaminó á la puerta.

—¡Eh! exclamó Sancho siguiéndole: no echeis en olvido que quedamos esperándoos.

—Oid, añadió Ramiro imitándole; esa puerta que está cerrada es la de la antecámara.

—A los dos os doy la misma respuesta: no lo olvidaré.

Y cruzando el espacio que mediaba entre ambas puertas, levantó el pestillo y entró en la antecámara.

La pieza que Ramiro designó con este nombre era vastísima, mal amueblada y peor alumbrada. En aquel momento se hallaban en ella Constanza de Andrade, su padre y Fernan Diaz del Alamillo agrupados en un rincón departiendo.

Fernando se fué á ellos en derechura.

—¿S. A. la reina de Navarra? preguntó.

—En su cámara, respondió Constanza levantándose.

La cámara era otra pieza idéntica á la en que estaban.

—¿Me haceis la honra de anunciarme? preguntó el doncel á la dama galantemente.

—¿Vuestro nombre?

—Fernando de Bobadilla.

Constanza miró á su padre. Este se adelantó y con alguna frialdad le dijo:

—S. A. la reina de Navarra no recibe mas que á sus servidores, en cuyo número no creo que os conteis, puesto que vuestro nombre me es desconocido.

—Me lisonjeo en creer que S. A. la reina de Navarra le recuerde, replicó Fernando con su habitual soltura; y en el instante mismo en que le oiga. Por lo demás, le añadís que el que le lleva trae noticias del conde de Trastámara.

—¡Ah! exclamó con alborozo la jóven y linda Constanza.

Y entró presurosa en la cámara. Un momento despues salia.

—S. A. doña Leonor que entreis, le dijo.

El doncel obedeció y penetró en la prision de la reina de Navarra.

Esta se hallaba reclinada en un sillón junto á una ventana abierta de par en par para gozar sin duda de la brisa de la noche. Fernando se adelantó en silencio, y á cierta distancia se paró quedando en pié.

—Acercáos, le dijo doña Leonor con mal disimulada emocion; acercáos y decidme qué nuevas me traéis del conde.

—Señora, buenas, porque está en libertad y queda en Gijón donde puede conservarla.

—¡Gran bien! repuso doña Leonor lanzando una melancólica mirada á la puerta, y un suspiro al verla cerrada; ha sido más feliz que yo. ¡Looado sea Dios por ello!

—Tal vez el conde no precie en tanto su ventura, replicó el doncel atenuándola con un delicado sentimiento para hacerle ménos dura su desgracia; porque la libertad de un proscrito, señora, no es libertad sino un perenne temor que se agobia entre precauciones y recelos. Por lo demas su viaje no ha carecido de riesgos y sobresaltos, pero terminó felizmente y todo se da por bien pasado.

—Contádnoslo todo, le dijo doña Leonor, y para hacerlo sentáos.

Sentóse el doncel y se puso á referir las aventuras del viaje, pero como discreto ocupándose mucho del conde y poco de sí; verdad es que aquello poco daba una alta idea del que lo habia ejecutado.

—Habeis cumplido en un todo vuestra promesa, le dijo la reina de Navarra luego que concluyó su relato; porque despues de poner vuestro pecho á los golpes que dirigieron al suyo, despues de dejarle á salvo de todo peligro, venis á participármelo para quitarme esa pena que agravaba en mucho las mias. Gracias á la lealtad, gracias al valor, gracias á la compasion que para él y conmigo habeis tenido.

Fernando quiso hablar, pero la reina no se lo permitió, porque continuó diciendo con su simpático acento:

—Si estuviera en libertad, si supiera cuál es el destino que reservan sus enemigos á una reina que llevan presa como veis, os brindaria mis favores y os pediria vuestra adhesion; pero en tal estado sólo puedo dar al guia fiel, al compañero valiente y decidido de don Pedro, mi gratitud y como recuerdo este anillo.

Y sacando uno de su dedo se lo alargó al doncel, que se puso de hinojos para recibirlo.

—Señora, le contestó, lo acepto en concepto de favor: le guardo como un precioso talisman y lo conservaré para gloriarme de poseer lo que ha ennoblecido vuestra mano.

Doña Leonor miró con atencion al apuesto y galante doncel, que sin mirar la gruesa perla y los diamantes que la orlaban, guardó la sortija con el mismo respeto que se tiene por una cosa sagrada. Despues le pidió sus órdenes y la venia para marcharse.

—Sin pararos, añadió, en que estoy proscrito, porque para obedeceros me pondré frente á frente de quien más me persiga y amenace.

—No sé lo que podrá ser de mí, repuso doña Leonor que se sentía vivamente interesada por su gentileza y cortesía; pero si luce un día en que la reina de Navarra pueda valerlos, venid á donde esté y os valdrá, y si necesito quien en una aciaga hora me defienda, si lo sabéis, acudid á mi demanda que os la confío como á un valiente campeón.

Alargóle con esto la mano que Fernando besó respetuosamente, y despidiéndole quedó bajo la grata impresion de la libertad de su primo y la adhesion del doncel.

Este cruzó con paso rápido la antecámara y la pieza que le seguia, y entró en la que ocupaban los donceles satisfecho y erguido.

—Fernando, exclamó Sancho de Ariza saliendo á su encuentro alegremente; nos habeis hecho esperar ni más ni ménos que dama antojadiza á galan enamorado. Venid aprisa por las cuatro patas de Babioca y contadnos vuestras aventuras, que fenezco por saber ni más ni ménos que todos.

—¡Chist! ¿Cuántos estamos? preguntó Fernando echando una mirada en derredor.

—¡Cuatro!

—¿Dentro?

—¡Tres!

—Pues cerrad la puerta, porque las mías son tales que por ahora me tienen reducido á no confiar ellas y mi llegada sino á la amistad, si esta me promete ser discreta y reservada.

—Y además de eso os promete la de vuestros compañeros, un sendo trozo de venado, una perdiz bien cebada, sabroso pan, rico vino, este techo, su tabardo por almohada, y guardar vuestro sueño si hay quien pretenda interrumpirlo.

—Tanto por tanto, dijo Fernando, acepto.

Y sentándose entre sus amigos dió principio á su narracion diciendo de esta manera:

—De mis aventuras de Roa, no os hablo...

—Muy mal hecho, dijo Sancho interrumpiéndole.

—Sólo os diré que lo que en un momento de irreflexion me pareció aventura de ángeles, poco despues la tuve por de diablos; pero diablos de los de cuerno retorcido y uñas de gato montés. Yo me separé del alcaide para emprenderla, la acometí y conseguí lo que me habia propuesto, que era salir de Roa y llegar á Valladolid. En Valladolid cumplí la comision que me encargara el alcaide, y recibidas instrucciones del condestable para aquel, torné á salir para Roa.

—Seguid, seguid vuestro viaje y habladnos del alcaide, de quien no hemos podido obtener una noticia de vos.

—Le sigo como lo hice, rápidamente. Dejé á Olmedo á la espalda y seguia corriendo hácia Aranda, cuando viniendo de esta me encontré con don Alfonso.

Esta vez fue Ramiro el que le interrumpió para preguntarle con marcado interés:

—¿Qué os sucedió en ese encuentro, Fernando?

—Sucedió una cosa, Ramiro, que no preví ni esperaba. Pararse torvo y airado y pedirme explicaciones que habia prometido no dar, y por consecuencia no dí. Insistió con arrogancia, y á mí me irritan los fieros. Me apostrofó injuriosamente, me exalté: me amenazó con el alférez mayor del rey pidiéndome la espada, y yo se la arrojé en pedazos: él siguió para Valladolid y yo me encaminé hácia Roa.

—Primera aventura, dijo Sancho siempre alegre y decidor.

—Como si dijéramos primer capítulo, añadió Nuño de Zamora arrellanándose en su asiento.

—Pues allá va el segundo, señor eronista. Trasadáos á Roa y contempladla con un terror pánico, espeluznador, y que los que no han huido están disponiéndose á huir. De estos era el conde de Trastamara, el cual no fiándose de los propios, echó á buscar un extraño que le acompañara en los peligros, y ¡segunda aventura! por la inspiracion de un abad, gran favorecedor mio, me eligieron para ello.

—Y ¿aceptasteis?

—¡Pst! en algo me habia de ocupar: accedí, me presentaron: la reina me encomendó su deudo: el conde se confió á mí, y hé á un doncel de don Enrique convertido en guarda, guia y consejero del proscrito don Pedro de Castilla.

—Y ¿qué os aconteció en este segundo viaje?

—¿Qué nos habia de acontecer? Tener el conde mucho miedo, tomar muchas precauciones, escondernos cuando nadie nos buscaba y perder un tiempo precioso. Comer bellotas como los jabalíes, beber agua en los arroyos como ovejas trashumantes, dormir en las peñas más ásperas y peladas cual penitentes anacoretas, no fiarnos de los amigos y meternos de bruces entre los enemigos que nos sitiaron en una posada de Oviedo, de la cual salimos tirándonos por una ventana acuchillando á bulto á quien encontrábamos; tomando por último tal carrera que no parámos hasta Gijón. Allí dejé al conde proyectando irse más lejos, y yo me vine bonitamente á Castilla para proseguir mis aventuras y evitar se conviertan en desventuras que me arrebatan mi bien.

Ahora dadme cuenta de lo que pasa y os ha pasado desde la noche que entré en Valladolid con el aviso de la prision del alcaide.

—Grandes cosas, Fernando, dijo Sancho con su singular viveza. ¡Todos han caído!

—Pero ¿se habrán levantado?

—El dia del juicio si acaso. El arzobispo se ha ido, hay quien dice á Portugal.

—¿Qué arzobispo, Sancho?

—¡Don García!

—¿Don García? exclamó sorprendido Fernando harto desagradablemente. Y ¿por qué?

—Yo os lo contaré, dijo Nuño de Zamora tomando la palabra á su compañero, porque Sancho no dice mas que el resultado tan desnudo como desnudos nacimos. En cuanto á Ramiro hace con los relatos lo que quiere hacer con las cabezas que ostentan la media luna, cortar á cercen.

—Os cedo la palabra confesando que á circunstanciado y prolijo nadie os gana, replicó este sonriéndose.

—¡Al arzobispo! dijo Fernando dirigiéndose al algo petulante doncel.

—A él voy, pero ántes os daré una idea...

—¡Están charlando los donceles! dijo una voz de fuerte y sonoro timbre detras de la puerta que habia entornado Ramiro, y que empujada por la mano del que hablaba se abrió con un poco de violencia.

Los donceles se levantaron con uno de esos movimientos rápidos y uniformes propios de soldados, y se lanzaron á la puerta á recibir el que entraba, mientras Fernando se escurrió con singular ligereza por la pared, y encontrando una puerta la abrió, entrando á un pasillo estrecho sumido en las más espesas tinieblas, en el que se quedó escondido.

El alcaide, pues era él, se detuvo en el dintel.

—Y ¿la reina? les preguntó.

—En su cámara.

—¿Novedad?

—Ninguna.

—Acompañadme, Nuño.

Este se adelantó y ambos se fuéron.

Resonando aun el ruido de sus pasos que se alejaba, oyóse el de otros que se acercaban, y apareció en el dintel otra figura, pero más colosal y adusta.

Era Pié de Corzo que examinaba á los donceles con su fija y penetrante mirada.

—¿Sois donceles del rey don Enrique? les preguntó.

—Sí, por cierto, le contestó Sancho de Ariza acercándose.

—¿Hay entre los que aquí se encuentran quien responda al nombre de Bobadilla?

Los donceles se miraron indecisos. Tras un brevisimo instante de reflexion:

—Sí, dijo Ramiro tomando su nombre para hacer frente por él.

—Pues que me siga, repuso Pié de Corzo iluminada su adusta faz con una triunfante alegría.

—¿En nombre de quién? le preguntó Ramiro alarmado por la seguridad de su amigo.

—De la dama de su aventura.

Tornaron á mirarse los donceles, pero esta vez con alegre y maliciosa expresion.

—¡Va! dijo Ramiro perdiendo su prevencion.

Y encaminándose á la puerta del pasillo, entró en el escondite de Fernando.

—Amigo, ¡tercera aventura! Os buscan.

—¿Quién? preguntó Fernando que pensaba en el alcaide.

Ramiro se acercó y le contestó con afectado misterio:

—La dama de vuestra aventura.

—¿Dónde está? exclamó Fernando con acento un tanto conmovido encaminándose á la puerta apresurado.

—No lo sé, y ¡lo siento! Pero...

—¿Qué?

—A la puerta teneis su mensajero. ¡Lindo paje!

—Pues que entre...

—¡Él pide que salgais...!

—¿Está el alcaide cerca?

—No; se fué con Nuño.

—¡Oh! entónces hágase como lo pide.

Y los dos amigos salieron del pasillo y se dirigieron á Pié de Corzo que permanecía inmóvil en el dintel.

—¿Le conoceis? le preguntó Ramiro por lo bajo.

—No.

—La facha es algo fiera.

—¡Buen brazo y buen ojo! La ballesta y el cuchillo deben ser temibles en su mano.

Y se acercaron al cazador, que á su vez examinaba la frente serena del doncel y su continente marcial. Sin embargo; no acabó de satisfacerle su aspecto, porque hizo un mohin un tanto despreciativo.

—¿Sois el que me busca? le preguntó Fernando con su serenidad característica.

—¿Sois Fernando de Bobadilla? dijo Pié de Corzo volviendo pregunta por pregunta.

—¡Soy! ¿Vos?...

—Un servidor leal de la dama que amparasteis en Roa.

Sancho y Ramiro se miraron.

—¡Bien venido seais! Entrad.

Pié de Corzo comprendió la mirada de los donceles, notó ademas en sus juveniles semblantes la expresion de una ardiente curiosidad, y contestó en la retraccion de su desconfianza:

—Mejor será que salgais.

—¡Entónces, sea!

Dicho esto, hizo el doncel un ademan de despedida á sus amigos, se caló su fieltro, y encarándose á Pié de Corzo le dijo lacónicamente:

—Os sigo.

Fuéronse uno tras otro, salieron del palacio y andaron hasta la mitad de la plaza donde se alzaba. Allí parándose dijo Fernando resueltamente:

—¡Solos estamos! Podeis decir á lo que venis.

—Es que quisiera una prueba de identidad.

—¿Para qué la necesitais?

—Para asegurarme de que sois vos el que busco.

Fernando volvió un tanto el labio inferior y respondió con un poco de frialdad:

—No sé cómo os la pueda dar.

—Pues con una palabra, me podeis asegurar.

—¡Indicadla, si se os ocurre!

—¡Oid! ¿Dónde os despedisteis de ella?

—En Puente de Duero.

—¡Vos sois!

—Sin duda, dijo Fernando apareciendo en sus labios una burlona sonrisa.

—Ahora puedo deciros sin temor lo que mi señora ha confiado á su viejo servidor; puedo deciros que os llama para levantaros el juramento que le prestasteis, y que en la hora de justificarse apela á vuestro valor.

La ligera sonrisa del doncel tomó un viso de amargura.

—Me necesita aun la señora de Ruitelan y me llama, ¡honra es mia! ¡Iré, decidse lo así! Iré á cumplir la palabra que empeñé bajo la enramada de Berlanga.

—Id en buen hora, ¡pero pronto! A poco que os tardeis no será tiempo.

—Soy avaro de él para cumplir mis promesas, mucho más las de esta clase. Mañana parto á Valladolid, y en cuanto llegue iré á pedirle sus órdenes. ¿Dónde mora?

—En el convento de Santa Clara.

—A él me dirigiré; si os anticipais, decidse lo.

—Sí sucederá, porque andaré dia y noche para conseguirlo. En Valladolid nos veremos.

—Probablemente, dijo el doncel retornando á su propension burlona.

Y despidiéndose de Pié de Corzo se encaminó á la morada de doña Leonor en busca de sus amigos, pero la puerta estaba cerrada y no se atrevió á llamar.

—No siento haber perdido la refaccion ofrecida, ni la compañía de mis amigos, cosas gratas al estómago y al corazón, sino esas noticias que quedaron suspendidas del labio de Nuño, y que ahora más que ántes necesito. Mas ¡qué remedio! Me pasaré sin ellas hasta que las pueda adquirir.

Hecho este corto monólogo Fernando tomó una calle la más próxima, y se fué á una posada la más retirada y poco frecuentada de cuantas en Olmedo habia.

## LXXXVIII.

El tiempo seguia su curso inmutable. El otoño sucedió al verano, y como la estacion se adelantaba, al otoño le seguia de cerca el invierno con sus nieves y aquilones. Contábase un mes desde que Enrique III se hallaba delante de los inexpugnables muros de Gijon asediándolos, muros que defendia don Alfonso Enriquez de Noroña con el valor de su ánimo esforzado y el teson de su carácter. Todos habian sucumbido sin combatir, excepto él, que solo y abandonado á sí mismo luchaba denodadamente, seguro sin embargo de que no habia de triunfar.

Su resistencia habia dado lugar á negociaciones, yendo y viniendo parlamentos del campo á la ciudad y de la ciudad al campo. Don Enrique le habia sentenciado como alevé y traidor, y don Alfonso apelando de la sentencia protestábala como injusta, teniendo al rey por incompetente para darla, puesto que en la querella era parte. Entónces y segun la costumbre de la época eligieron un juez árbitro que sentenciara dando imparcialmente la razon á quien la tuviese, y de comun acuerdo nombraron á Cárlos de Valois, rey de Francia.

Convínose pues que don Alfonso saldria libremente de Gijon para ir á Paris á sustentar su derecho en el parlamento donde se habia de ventilar la cuestion, prometiendo empero someterse á su fallo, para lo cual dejaba al rey en rehenes la persona de su hijo don Enrique Enriquez de Portugal.

Era la tarde del dia en que dicho convenio se habia firmado, tarde fria y nebulosa cual pudiera ser en lo más rígido de la estacion. Por la campiña donde se alzaban las tiendas que formaban los reales de los sitiadores, levantaba un viento fuerte y helado torbellinos de polvo mezclado con las hojas caidas de los árboles. Su violento soplo hacia rodar en el Océano olas inmensas, verdes y espumosas, y sobre el cielo de Gijon extendia negros nubarrones, amontonándolos unos sobre otros, anunciando una próxima tormenta ó una deshecha borrasca.

En el torreón de la fortaleza y al pié del asta que sostenia la bandera feudal del conde que batia con fuerza el viento, se veian agrupadas tres personas, cuyos semblantes y actitudes revelaban sus dominantes pensamientos y el sentimiento que los nutria. Aquellas tres personas eran una familia cuya suerte se habia decidido aquella misma mañana; eran don Alfonso Enriquez, su esposa y su hijo.

Los tres miraban al horizonte cada vez más sombrío y al Océano cada vez

más rugiente y amenazador, el conde con impaciencia, la condesa con despecho, los dulces ojos de don Enrique con profunda melancolía.

Afuera de las galeras castellanas que cerraban el puerto á los rebeldes de Gijon, de las paviotas que volaban rozando con las puntas de sus alas las revueltas ondas, y de alguna barca de pescadores que se afanaba por ganar la orilla, nada distinguian sus ojos en la densa bruma que se alzaba.

De pronto una enérgica exclamacion salió de los labios del conde, extendió el brazo y señaló con su dedo un punto blanco que apareció en el horizonte rompiendo la parda niebla. Doña Isabel y su hijo siguieron la direccion de su brazo, y distinguiéndole exclamaron:

—¡Bajel es!

Y con efecto lo era, tardando muy poco en distinguirse claramente su pesado casco, el cual, ya suspendido por una ola inmensa, parecia tocar con su palo mayor las nubes, ya un momento despues hundirse en el abismo como si quisiera clavar en la arena su larga quilla.

Á su vista brilló la alegría en la frente de don Alfonso, miéntras que una viva pesadumbre alteraba el semblante de la condesa azotado por el viento. En cuanto á don Enrique seguia mirando al buque luchar con las olas, dominarlas y avanzar para dar fondo en el puerto.

El conde abandonó la almena sobre que se recostaba así que vió echar el áncora, y exclamó con resuelta expresion:

—Ya está ahí Juan Alfonso de Renedo; mañana me voy aunque breme la tormenta que amenaza.

—Alfonso, dijo la condesa con energía pasando su brazo por el de su esposo; escuchadme por la última vez y dadle fe á mis palabras. No os vayais de Gijon, no feis de nadie y de los extranjeros ménos. Quedáos entre los vuestros, de los cuales el peor vale más que todos los otros juntos.

—Isabel, por última vez tambien os aseguro que no fio de nadie, que no espero en nadie, pero que no me quedo, porque no quiero morir como he vivido diez años, dijo don Alfonso resuelto á lo que anunciaba y profundamente convencido de lo que decia. ¡Oh! sí, mañana mismo me voy.

—Reflexionadlo más... pensad que estos muros son muy fuertes, y como resisten un mes de asedio, pueden resistir un año, y ese año traer el triunfo que consigue siempre el valor y la constancia.

—¡Oh! no soñeis por Jesucristo; dejad, dejad esas ilusiones y aceptad la realidad de la situacion á que hemos venido. Hace cuatro meses éramos cuatro aliados que representábamos más poder que el rey Enrique III; á nuestra amenaza la corona temia y el vulgo temblaba de pavor. Aragon no nos era hostil, y Portugal se aliaba con nosotros... Y si tanto poder no ha podido sostenerse cuando se declaró en lucha abierta con el rey, ¿cómo quereis que triunfe quien no tiene mas que una parte y á Castilla entera por enemigo?

—Aunque sea así, sin esperanza, quedáos. No os engañeis, Alfonso; Aragon, Portugal, Roma y Francia no tendrán un asilo para vos porque todos clavan su hacha en el árbol que ha caído. No apeleis pues á ninguno, no acepteis otro fallo que el de Dios, y estáos en Gijón hasta que no quede piedra sobre piedra de sus muros.

—Si someto mi querrela á juicio de Carlos de Francia, no creais, Isabel, que lo hago con la esperanza de que su fallo me absuelva, ni en nada me sea propicio. ¡Oh, no! por aleve me dará como me ha dado don Enrique, pero así hago alzar el asedio de Gijón y yo conservo mi libertad.

—Y ¿eso es un bien, Alfonso?

—Si supierais Isabel como ahoga el aire de una prision, no me lo preguntaríais. ¡Oh! sí, me voy.

—Idos, dijo la condesa soltando su brazo bruscamente; idos, Alfonso, idos pronto. Vos quereis vuestra libertad y á todo la anteponeis; conservadla á costa del enorme sacrificio que la haceis, y sed un átomo perdido en el mundo sin presente y sin porvenir. Por mi parte quiero morir donde he reinado, y Gijón se desplomará sobre mí.

—¡Es que no olvideis por su mal que Enrique queda de rehen con el rey!

—No olvidaré esa mengua nunca, repuso la condesa con acerbo pesar; pero el día en que vos seais sentenciado él se verá degradado y desposeído con vos, y como en perspectiva no tendrá mas que miseria y deshonor, vendrá á morir con su madre que sabrá darle el ejemplo.

—¡No vendrá! dijo don Alfonso con la autoridad de padre y la energía de su carácter, porque le espera su padre, porque la vida tiene para él los encantos que faltan á los que de todo están saciados, y porque, de elevado temple, sabrá soportar el infortunio con nobleza y dignidad. ¿Es verdad, hijo mio?

—Sí, señor, respondió el jóven tomando al fin parte en la cuestion que alteraba tan violentamente á sus padres. Yo creo que con una espada al lado y una frente sin mancilla se puede cruzar el mundo orgulloso con tenerla.

—¡Si supierais las humillaciones que en ese mundo os aguardan! repuso doña Isabel con vehemencia, ¡las que tendréis que devorar en la córte á donde vuestro padre os envia de rehen...!

—No sé lo que podrá suceder; mas por mucho que mi primo me humille, nunca lo hará tanto ni tan duramente como la voluble y falaz doña Beatriz.

—Eso sí que ha sido mengua, Isabel, le dijo el conde severamente á su esposa.

Esta se mordió los labios, más por la amargura del recuerdo que por la reconvencion que le hacian, y todos tres descendieron silenciosamente de la plataforma.

Consecuentes con su resolucion, en el siguiente día don Alfonso y su hijo salieron de Gijón por la puerta del Infante. Seguíanle sus escuderos, y en pos y junto iban cuantos hidalgos y caballeros encerraba la villa aun.

Á cien pasos de sus muros se pararon, y el condestable de Castilla, con el mariscal Íñigo de Zúñiga y su séquito, saliendo de sus trincheras vinieron á su encuentro sin apresuración y con harta ceremonia.

Cuando don Alfonso les vió acercarse, miró á su hijo y le dijo:

—Enrique, nuestro destino está en la mano de un árbitro; si su sentencia me es contraria...

—El rey tomará á Gijón y yo iré á buscaros á Francia, añadió don Enrique con dulce y resignada expresión completando la frase que su padre cortaba para que él la terminara.

En esto llegaron el condestable y el mariscal á donde les estaban esperando el conde y su hijo, y estos con aquellos cambiaron un saludo altivo y mesurado, después de lo cual tomó don Alfonso la mano de don Enrique, y presentándosela á Ruy Lopez Dávalos, le dijo, conociéndose á pesar de sus esfuerzos para ocultarlo que estaba profundamente afectado.:

—Señor condestable, como á representante del rey don Enrique de Castilla os entrego á mi hijo don Enrique Enriquez de Portugal en rehen para asegurar con su persona el cumplimiento de lo convenido por mí.

—Á nombre del rey don Enrique mi señor le recibo, respondió el condestable alargando la diestra en acción de tomar la del rehen.

El conde soltó la de su hijo y añadió:

—Ahí le teneis: sed con el enemigo caballero.

—Señor conde, repuso el privado de Enrique III con nobleza; id tranquilo, pues suceda lo que suceda, don Enrique será respetado y considerado, y si es menester protegido.

—Gracias por esa promesa, señor condestable; con ella parto seguro.

Luego mirando á su hijo:

—A Dios, Enrique, le dijo.

—A Dios, señor conde, respondió el jóven descubriendo respetuosamente su cabeza rubia como la de un querubín para saludar á su padre.

El condestable y el conde se saludaron también, don Enrique pasó al otro lado colocándose junto á Íñigo de Zúñiga, y haciéndose los dos antiguos rivales una muda cortesía se encaminaron á las trincheras con Ruy Lopez Dávalos, mientras don Alfonso tornaba á Gijón para embarcarse á pesar que la borrasca nada había aplacado de su furia.

El cuarto ángulo podía darse desde aquel instante por caído.

Horas después se levantaban una parte de los reales sitiadores, y don Enrique tomaba la vía de Valladolid, donde suponía estar ya largo tiempo la reina doña Leonor, dejando la rebelión apagada y á los rebeldes expulsos ó prisioneros.

En cuanto al jóven don Enrique Enriquez quedó á cargo del condestable, quien tuvo para él delicadas atenciones siendo la primera dejarle su libertad.

**LXXXIX.**

Nuestros lectores deben recordar que en el mismo día en que Lope de Haro yacía en lecho funerario, su matador salió para Monreal con el duque de Benavente, dejando á doña María sumida en el profundo dolor que le causó la desgraciada muerte de su hermano.

Por su parte el tesorero, á quien precisaba seguir al rey, se detuvo tres días con su esposa como requeria; mas pasados estos la dejó, marchando á reunirse con las huestes reales á las que se incorporó en Aranda.

Siempre en cuidado por doña María se alegró más que todos del convenio de Gijón; así fue que tomada la venia al rey se puso en marcha el primero ansioso de llegar á Valladolid para saber de doña María y celebrar con Tello el completo triunfo de su bando y el engrandecimiento de su fortuna con el décimo del secuestro ofrecido por el condestable y afianzado con las villas de Arjona y Arjonilla que ántes de marchar á Roa habia puesto en su poder.

Gracias á su diligencia le adelantó al rey dos jornadas y entró en Valladolid sin que nadie le esperara.

Ignorante de la catástrofe de la Puebla hacia á su hijo de vuelta de su expedicion y le suponía naturalmente en su casa acompañando á su madrastra, á quien de comun acuerdo habian ocultado la mano que hundiera el puñal en la garganta de su hermano, por lo cual derechamente se encaminó á la calle del Leon.

Acababa de doblar la esquina, cuando á lo léjos acertó á ver á Lope de Carvajal que venía precisamente de la parte á donde él iba. Con su vista dió por verdaderas y cumplidas las suposiciones hechas, y se preparaba á darle de paso el pláceme por el éxito de su comision; mas Lope reconociéndole y adivinando en su aspecto la intencion de detenerle y hablarle, hubo de saludarle con ademán algo violento, y viendo un portal abierto allí inmediato, entróse en él precipitadamente.

Chocóle en extremo á Hernan Perez su acción, mas no formó idea sobre ella, y andando apresuradamente el corto trecho que faltaba para su casa, paró á la puerta, se apeó, y acudiendo sus servidores le rodearon dándole la bienvenida.

El tesorero notó al pronto embarazo con su presencia y que su aspecto era triste y macilento; alarmóse con él y preguntó por doña María. Dijéronle que estaba en su camarín, y á él dirigió sus pasos velozmente.

La hermana gemela del comendador de Azuaga rigorosamente vestida de luto, lo mismo fue verle se levantó para salirle al encuentro, y como Hernan Pe-

rez le alargase los brazos pronunciando su nombre con más ternura que solía, su esposa en extremo conmovida se reclinó en ellos sollozando.

Dirigió una mirada en torno, y no viendo á su hijo ni una sola señal de su presencia, principió á angustiarse por presentimiento. Así fue que el duro, el adusto tesorero le preguntó con ansiedad prescindiendo de todo y de ella misma:

—Y ¿Tello, María?

—¿Tello...? repitió su madrastra procurando contenerse. Luego... luego hablarémos de él.

—¿Luego...? replicó Hernan observándola. Y ¿por qué no ahora?

—Porque... primero sois vos.

—Sí, pero para mí es él; decidme, pues, dónde está.

Sin contestarle doña María le condujo á un asiento, y obligándole á sentarse lo hizo ella tambien á su lado.

Hernan Perez de Villafranca la miró fijamente y le dijo con acento un tanto imperioso y sobremano exigente:

—Por tercera vez os pregunto, ¿qué ha sido de mi hijo?

—¡Hernan! exclamó su esposa débil siempre y para todo. ¡Hernan!

Y cruzando las manos las apretó con un ademan de dolor.

—¡María... hablad! dijo el tesorero terriblemente conmovido.

—¡Ah! ¡me falta valor, Hernan!

Y doña María, no pudiendo ya dominarse, le cogió entrambas manos y estrechándolas convulsivamente en las suyas, rompió en un llanto acongojado.

Hernan Perez comprendió la desgracia con que Dios le castigaba. Tras una breve pausa tornó á preguntarle á doña María apagada su áspera y metálica voz:

—¿Dónde está enterrado mi hijo, María?

—En la Puebla de don Fadrique, respondió su esposa entre sollozos.

—¿Ha muerto ó le han muerto?

—Le mataron en una tentativa hecha para libertar á su prisionero: le mataron enterrándole el puñal en la garganta como á mi infeliz hermano.

Hernan Perez de Villafranca bajó la cabeza clavando la barba en el pecho. No parecía sino que una mole de piedra gravitaba sobre ella.

Doña María, cuyos ojos no se habian enjugado desde la muerte del comendador, lloraba las lágrimas que Hernan Perez no podía derramar, y así trascurrió un largo espacio. La concentracion y el silencio de este asustaron á aquella en gran manera, y para arrancarle á un estado, el más peligroso que tiene el dolor, le dijo pasándole un brazo por el cuello:

—Hétenos solos en el mundo, Hernan; una misma mano nos ha herido robándonos lo que nos era más llegado y más querido. No la he maldecido en mi dolor, pero me dan impulsos de maldecirla por el vuestro.

—No la maldigais, murmuró el tesorero con voz sorda, harto lo está por desgracia.

—¡Harto...! ¡Oh! no lo estará nunca por infinitas que caigan sobre ella, repuso su esposa comunicándola cierta vehemencia el mucho sentimiento que la afligia. Esa voluntad infernal que ha prendido la rebelion como prende el fuego en un rastrojo, por odio, por antojo, por adquirir lo que á otros se les podía despojar... esa voluntad que tanta lágrima ha hecho verter... que no se ha parado ante la sangre y la ruina... esa voluntad pertenece á un hombre, y ese hombre debe sufrir la desolacion en que ha sumido á los demas. Dios, Dios, cuya justicia se obra sobre todos sin que para él haya fueros ni privilegios, le herirá por donde ha herido... ¿Es verdad, Hernan...?

—¡Sí, María!

—No quedará impune, no, porque es imposible que suceda.

—No, María, no queda nada de lo que se hace. La piedra que rodamos nos aplasta.

Y el tesorero bajó aun más la cabeza que aquellos anatemas confundian.

Divulgada en la córte su venida por Lope de Carvajal, vióse aquella misma noche rodeado de sus deudos y amigos, y á su duelo no se le escasearon atenciones y consuelos; mas cuando estos llegaban á obrar sobre su dolor, alzabase la voz de doña María triste como la pena y acusadora cual la de la conciencia, y se lo reproducia con la conviccion de que su desgracia era un castigo.

Y así debia ser, porque Hernan Perez de Villafranca le merecia. Su soplo habia alterado el mar que sereno estaba; suya era la culpa de los destrozos que en su furia hizo.

## XC.

Necesitamos para poder proseguir esta historia, próxima ya á terminarse, retroceder un tanto á fin de encontrar á doña Leonor de Castilla, genio de aquella revuelta, que nosotros, que creemos firmísimamente en una justicia suprema é infalible, la señalámos como de expiacion.

Y aquí nos cumple apuntar aunque de pasada dos cosas: la primera, que es un crimen atraer sobre un pueblo esa calamidad que se llama guerra por espíritu de bando, es decir, por espíritu de ambicion; la segunda, que ese crimen no queda jamas impune, porque Dios en su juicio, los reyes en su derecho, ó los pueblos en su cólera severamente le castigan.

No aducimos ejemplos para convencer de esta verdad al que de ella dude, porque no es de este lugar el hacerlo. Acaso en otro acometamos esa empresa; lo que es ahora terminamos esta brevisima reflexion, manifestando brevisima-

mente tambien, que á los que vemos abatir en el cuadro cuyas últimas pinceladas damos, lo hacen satisfaciendo cada cual una larga deuda de tropelías, de rebeliones, de venganzas ó de intrigas, que con el matiz de la sangre agitaron y envolvieron el reino que les dió cuna.

Viniendo á doña Leonor, dirémos á nuestros lectores que entró en Valladolid con interior alegría, porque tenía esperanza, y esta doraba un tanto el porvenir.

Recordaba que habia dejado en su recinto grandes y poderosos amigos, muchos y ardientes parciales, más todo en Valladolid habia mudado para ella. Nadie salió á recibirla, nadie fué á darle la bienvenida.

Ni la reina, ni el infante, ni el primado la fuéron á visitar; los cortesanos les imitaron, y su conducta modeló la de todos. Encontró, pues, tibios á los amigos, temerosos á los parciales, á todos alejados y retraidos.

Faltóle proteccion, consuelo, atenciones; á cambio se presentaron en su cámara harto á menudo los enviados navarros.

Léjos de ella era lo mismo; ningun esfuerzo se hizo para aplacar la cólera del rey, ninguna voz se alzó para defenderla: todos en fin la abandonaron cuando la suerte le fue adversa.

A grandes sorbos bebió la hiel de los desengaños, recibiendo una tras otra las duras lecciones que el mundo da en su hora. Mas doña Leonor era de un temple elevado, y en la prision en que la constituyeron y el abandono en que la dejaron, ni se humilló á rogar á sus enemigos ni se rebajó á dar quejas á sus inconstantes amigos.

Tenía en su desgracia, eso sí, quien la sostuyese y animase. Resonaba á su oído una voz de consolador acento que le presentaba su tribulacion como una prueba, y la exhortaba á pasarla con fortaleza.

El abad de San Pedro del Muro no se separaba de su lado. Hombre de fe viva y de caridad ardiente, despues de reconciliarla consigo misma, la reconciliaba con su suerte dándole esperanzas para el porvenir, basándolas como hombre religioso en Dios.

Doña Juana participaba su prision, sus amarguras y sus pesares. Consagrada á ella con sus caricias solia disipar sus melancolias, y sólo en su seno derramaba la reina sus lágrimas, depositando en él sus temores y ansiedades.

En el palacio del Campo Grande se habian concluido las fiestas y las risas, entregados sus moradores á la expectativa de su propio destino.

Tal era su situacion cuando acaeció la llegada de don Enrique. El vulgo la saludó con júbilo y entusiasmo, la córte con fiestas y alegrías, y hasta los estados vecinos le enviaron plácemes y enhorabuenas.

Inflexible con su tia y de acuerdo con los enviados navarros le intimó su salida de Castilla, mandándola como el primero de sus deudos que tornase á Navarra á reunirse con su esposo. En el mismo dia Gontran de Labrit y el obispo de Calahorra se presentaron á su presencia manifestándole las órdenes de don

Cárlos, señalándoles sus atribuciones. Estas eran las de acompañarla, haciéndoles responsables desde aquel punto de su persona. Doña Leonor protestó enérgicamente que sólo admitiría sus servicios cuando se hallara en Navarra y libre; pero que mientras no lo estuviese no los admitía ni como carceleros, ni como servidores. Los enviados, escudados con sus órdenes, insistieron, llegando á insinuarle que si no se servía admitirles á su lado y señalar plazo para la partida, se verían obligados á imponerle y á señalarle ellos mismos.

Aquella conducta tan opuesta á la que en todos tiempos se habia observado con ella le mostró cuánto la habia valido la decidida proteccion de don Enrique, pudiendo inferir por lo que la sucedia que no se detendrian ante su resistencia, llegando á temer un atropellamiento en Castilla y duros tratamientos en Navarra.

En aquel conflicto doña Juana pensó en Iñigo de Zúñiga, á la sazón una de las voluntades prepotentes de la córte; recordó sus galanterías, sus pretensiones, el amor declarado en la noche del festin, y animada por su dama y confidenta Constanza de Andrade, se decidió á llamarle y á pedirle, y si era menester rogarle, que empleara su influjo con don Enrique y alcanzara que la reina permaneciera en Castilla ó no saliera de ella como se pretendia que lo hiciera.

Así resuelto, un paje llevó su invitacion, el mismo le introdujo, las dueñas de la jóven Constanza le llevaron al aposento de su señora, y el ambicioso y altivo mariscal se encontró frente á frente á doña Juana, que despues de un dia de tribulacion iba á arrostrar las mortificantes sensaciones de una entrevista proporcionada por ella misma para rogar á quien en su inmenso orgullo habia duramente despreciado.

Respetuoso, cortes é impasible Iñigo de Zúñiga saludó profundamente á la princesa y á su dama que le devolvieron su silenciosa reverencia, la primera un tanto trémula, la segunda con más soltura, sentándose aquella en un sillón y quedando esta con el mariscal en pié, y á la distancia que á cada cual le marcaba la ceremonia y su posicion.

Iñigo de Zúñiga, que desde la noche del festin no habia hecho mas que entretenerla momentáneamente, la contemplaba con atencion, apercibiéndose que habia crecido y se habia desarrollado embelleciéndose notablemente. Notó asimismo que habia perdido mucho de su ligereza y altivez, adquiriendo á cambio gravedad y una tristeza que la sentaba de perlas.

—Quizás esteis sorprendido de que se os haya llamado por mí y conducido con tanta facilidad á este sitio, le dijo doña Juana rompiendo el silencio como le correspondia de derecho; por si sucede, os lo explicaré diciéndoos que hoy ha entrado el temor en esta mansion, porque, señor mariscal de Castilla, han variado las cosas mucho desde que trocámos nuestra última palabra en este mismo palacio.

El apuesto y orgulloso Iñigo se inclinó en silencio haciendo un ademán como de convenir en cuanto enunciaba.

—Desde esa noche, añadió doña Juana que se iba sintiendo cortada delante del mudo y respetuoso Iñigo, Dios os ha concedido grandes y lisonjeros triunfos, sometiéndonos á nosotras á pruebas muy duras y acerbas.

El favorecido de la suerte hizo un expresivo gesto de deplorarlo y continuó mirando á la princesa callado y respetuoso. Doña Juana hizo un violento esfuerzo para vencer su orgullo y la sensacion que le causaba su desairado pretendiente, y le dijo clavando en él sus hermosos y fascinadores ojos suplicantes y tristes:

—La de hoy es para mí implorar á un enemigo, la de rogarle con las manos juntas, y lo hago á vos, señor mariscal.

Dió un suspiro Iñigo, arqueó las cejas apareciendo en su rostro manifiestas señales de conmoverse; más se quedó tan callado como ántes, tan sereno y tan impenetrable.

Esperando la contestacion que no le dieron doña Juana guardaba silencio; pero viendo que se prolongaba y que no estaba en ánimos de interrumpirlo, comprendió que Iñigo vengaba su desaire y que habia rogado en balde.

Dos lágrimas de despecho y de amargura se desprendieron de sus ojos, y con un arranque de su carácter le dijo:

—Siento mucho, muchísimo haberos hecho venir á un palacio donde se ensaña la desgracia, pero siento más el haberme engañado tomando por caballero á quien muestra que no lo es. Os podeis ir.

Y le mostró la puerta con un ademán.

Iñigo de Zúñiga permaneció inmóvil y sin hablar, mirándola, eso sí, con suma expresion é interes.

—Señor Lopez de Zúñiga, exclamó la linda Constanza de Andrade con impaciencia; se concibe que seais vengativo, pero no descortes. ¡Os hablan, contestad!

—Es que no puedo hacerlo, dijo Iñigo de Zúñiga conteniendo una sonrisa. Constanza lo advirtió, y augurando bien de ella repuso:

—Y ¿por qué, señor caballero?

—Porque sufro como castigo de un pasado atrevimiento la privacion de hacerlo con la muy alta princesa de Navarra.

—Pues que cese desde este punto, ó á lo ménos que se suspenda.

—Y ¿quién me exime de él?

—¡Oh! la necesidad... señor mariscal.

—No basta.

—Pues sea la princesa de Navarra.

—La que lo aprobó cuando me la impuse es muy constante en sus propósitos para que me libre de la pena impuesta.

—¡Oh! poco noble estais, dijo doña Juana enjugando las lágrimas que se deslizaban por sus frescas mejillas con el enves de su lindísima mano, recordando en el momento que os llaman para demandaros auxilio y favores, que ofendió vuestro orgullo quien lo hace. Por lo demas hablad ó callad; para todo os autorizo.

—Me pesa que la primera palabra que os dirija sea para una recriminacion, replicó Iñigo de Zúñiga con acento digno y comedido; pero al tacharme de poco noble me obligais á recordar que no es el orgullo el agraviado, sino la dignidad, el corazon y la delicadeza de un hombre cuyo delito fue ceder á una provocacion de vuestra parte. Dado este desahogo á mis amargos recuerdos, decidme qué pretendéis, qué exigis de un enemigo, mal caballero y poco noble como le habeis calificado.

Afectada ya doña Juana, el reproche de Iñigo le hizo tan viva impresion que la sangre se agolpó á sus mejillas y las lágrimas á sus ojos, y para ocultarlas se cubrió el rostro con ambas manos velando con ellas su llanto y su rubor.

Resuelta la jóven y preciosa Constanza á no dejar escapar la ocasion de comprometer á Iñigo para que valiera á doña Leonor, dió algunos pasos hácia él, cruzó las manos con la actitud más suplicante y graciosa que es posible tomar, y le dijo medio reconviniéndole, medio rogando:

—Señor Lopez de Zúñiga, vuestros recuerdos inoportunos han sellado los labios de doña Juana, pero los míos os transmitirán el pensamiento que os ha hecho venir á su presencia. Se intenta atropellar á doña Leonor prevalidos de los resentimientos de don Enrique; pues bien, doña Juana que os enaltecia por noble, se dirige á vos, porque hijo, como sois, del justicia mayor, gozando por vos mismo la privanza de don Enrique, lo cual os constituye en la omnipotencia de Castilla, podeis valer con ella á la reina de Navarra.

—El rey no tiene privados, convencéos de esta verdad, y no creais en las omnipotencias de Castilla miéntras viva don Enrique, dijo Iñigo dirigiéndose á la princesa. Sin embargo, me acerco á él y puedo rogarle; y yo que comprendo todo lo que os apena, yo que aprecio y admiro vuestro sacrificio al dirigiros á mí, os juro que haré cuanto sea posible á la solicitud humana para complacer la vuestra. Hacedme, pues, la gracia de enjugar vuestro llanto y dignáos manifestarme lo que deseais.

—Ya os lo ha dicho Constanza, respondió la princesa separando las manos para mirarle á través del velo que sus lágrimas formaban.

—Constanza me ha dicho que la valga, pero eso es muy vago y necesito que me preciseis en qué.

—¡Oh... en que ha de ser! Evitando que vaya á Navarra donde la espera el resentimiento de mi padre...

—Muy duro me es deciros que no entra eso en lo posible.

—El influjo que la lanza de Castilla ¿no la puede retener en su seno si lo

pretende? le preguntó la jóven y adicta dama pronta siempre á rogar sirviendo de intérprete delicadamente á la princesa.

—Sólo os responderé que esa empresa no hay quien la acometa, resuelta como está su salida por el rey.

—Comprendo, dijo doña Juana, que no es consecuente deshacer una obra cuando está á punto de terminarse, y comprendo tambien que vos no os podais resolver á ello.

—Os equivocais sobre mí, como os equivocais sobre el rey.

—¡Oh! no me equivoco ni sobre uno ni sobre otro.

—Escuchadme y persuadíos que lo que afirmo es una incontestable verdad. Tres hombres cuya voz oye atentamente don Enrique, porque sabe que esa voz es el eco fielísimo de la de Castilla, llevados de sus convicciones intentaron que volviera á Navarra con su esposo la reina, y á pesar de sus razones de altísima conveniencia y de su triple influjo, no lo pudieron recabar de quien tan decidida y caballerosamente la protegía. Pues bien, hoy que su voluntad tras maduras reflexiones lo ha resuelto, tampoco conseguirian los tres el que se quedase aunque con alto empeño lo solicitaran.

Las lágrimas reaparecieron en los ojos de doña Juana, y bajando la cabeza para ocultarlas dijo:

—¡Veis, Constanza! He rogado inutilmente á un...

—No me hagais de nuevo la ofensa de repetir que á un enemigo, exclamó Iñigo de Zúñiga interrumpiéndola y postrándose á sus piés. No lo soy vuestro aunque vos lo seais mio, y os lo probaré cumplidamente. Mi poder, mi influjo, mi voluntad, ¡os lo afirmo por mi honor! no pueden impedir que la reina parta y se reuna con su esposo; mas sobre lo que no sea eso, hablad. ¿Quereis una dilacion? Se conseguirá. ¿Quereis que se exijan garantías á don Carlos para la seguridad de su esposa? Se le exigirán. ¿Quereis que en su viaje vaya honrada y servida? Toda Castilla irá con ella.

—Yo quiero todo lo que la favorezca y endulce su situacion, dijo doña Juana aceptando todos los ofrecimientos de Iñigo sin examinarlos ni apreciar en aquel momento el inmenso valor que tenian.

—Pues bien, dadme un pretexto, y conseguiré lo que os he ofrecido.

—¿Un pretexto? repitió Constanza interrogándole.

—Sí, pues si no le hay yo no puedo tomar la iniciativa; no puedo hacer sino cruzarme de brazos y presenciar lo que dándomele evitaria.

—¡Oh!... ¿Qué intentaremos?...

—Lo primero que debiamos hacer es ganar tiempo, dijo Constanza de Andrade arqueando sus rubias cejas.

—Y ¿cómo? preguntó doña Juana á su dama.

—¿Cómo? ¿cómo? le preguntó la dama á Iñigo.

—Escribiéndole doña Leonor á don Enrique manifestándole sus temores en

toda su desnudez, respondió el interrogado dirigiéndose á la princesa.

—¡Oh! yo la induciré á que lo haga.

—Y ¿vos? le preguntó Constanza.

—Prepararé los ánimos para que acojan su solicitud, influiré para que se la concedan.

—Y yo por cada una de las consideraciones que le alcanceis os daré...

—Nada, doña Juana, dijo Iñigo de Zúñiga levantándose. Rehusó toda recompensa por lo que haga en servicio vuestro.

—En vuestro orgullo no queréis ser pagado ni aun en sentimiento, replicó la princesa alzando y fijando en él sus hermosos ojos azules; pues bien, yo le contemplo y me declaro deudora.

Y en su calidad de princesa le alargó la mano con dignidad.

—Permitid que no acepte tan alto favor, repuso el orgulloso mariscal retrocediendo un paso. Él por sí constituye lo que no debo admitir.

Y saludándola tan respetuosamente como cuando entró, salió del aposento de la dama y luego del palacio, precedido de las dueñas que para despedirle le hicieron repetidas y profundas reverencias.

Presentando la idea de escribir á don Enrique como una inspiracion, doña Juana instó á la reina para que lo hiciera, y despues de reflexionarlo mucho, doña Leonor adoptó el pensamiento y le escribió pidiéndole *se sirviese consultar con quien para ello fuera competente, si era bien que se volviera á Navarra sin que el rey su marido la diese seguridad y rehenes de que no la ofenderia impulsado de sus resentimientos.*

El paso de doña Leonor produjo el efecto que Iñigo de Zúñiga se prometia y la reina deseaba. Sus temores inquietaron la delicada conciencia de don Enrique, y aunque su resentimiento con ella era sumo, profundo y amargo, sobreponiéndose á él, mandó que lo examinaran, reflexionasen, discutieran y decidiesen los sabios y prudentes obispos de Palencia y de Zamora, resolviéndose á seguir su decision.

Entónces el influjo de Iñigo de Zúñiga se hizo sentir por diversos medios, logrando que los dos prelados, ajenos por otra parte á toda pasion, despues de profundizar y controvertir tan delicada cuestion, resolvieran de comun acuerdo que la reina tornase á Navarra y se reuniera con su esposo como era justo y debido; que para imponerle á don Carlos sus obligaciones y deberes, el mismo don Enrique, como su deudo y valedor, la acompañase en persona hasta la frontera, precediéndole ántes quien dignamente le representase para tomar juramento á don Carlos de amarla, honrarla y defenderla desde el dia en que le prestaba hasta el último de su vida.

Hecho este acuerdo de los árbitros nada hubo que oponer por parte de doña Leonor favorecida singularmente con él: don Enrique siempre noble, aceptó su papel de valedor, y con él investido le hizo saber sus condiciones á don Carlos,

quien las aceptó sometiéndose á lo que los temores de su esposa exigian.

La reina, pues, se dispuso á partir, no con monsieur Gontran de Labrit y el obispo de Calahorra como arrestada y con escolta, sino acompañada del rey y la flor de sus cortesanos, con gran séquito y todas las honras que se le podian dispensar.

Antes que todos partió el primado para Tudela, donde don Carlos residia á la sazón, con poderes de don Enrique para juramentarle como se habia convenido. A su regia comision le acompañaban los obispos de Zamora y Tuy y una parte de la córte.

## XCI.

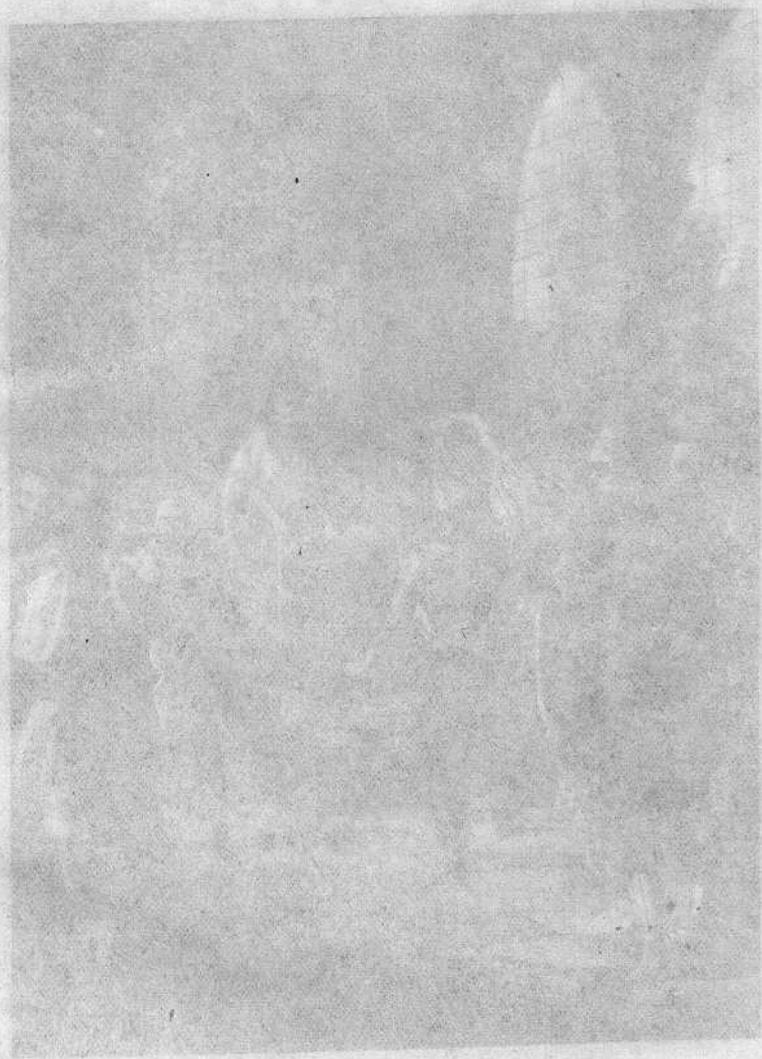
Los que habian de ir acompañando al monarca castellano en la jornada de Navarra, dispuestos ya á marchar, tenian listos sus lujosos trenes y ensillados los poderosos bridones, pues al fin llegó el dia en que doña Leonor volviera á sus estados á reunirse con su esposo, saliendo de Castilla una de las voluntades que á su antojo la alteraban ó calmaban segun que á sus planes é interes convenia.

Y por cierto que eran muchos los que iban con don Enrique dándole lustre á su córte, porque el bando de los caidos, seguros de que ya sus ídolos no se alzarian, trataban de adherirse á los que habian triunfado derribándoles; y los vencedores por su parte querian presenciar la internacion de un enemigo, ante cuyo influjo habia oscilado su poder.

Entre estos se contaba á Sancho Ramirez: el rencoroso señor de los Cameros ocultando en su orgullo la desesperacion que le causaba la pérdida de Blanca sustraída á su puñal y robada á la muerte para reproducir en su corazon el tormento de Prometeo, se aprestaba á partir ansioso de saborear la última gota de su venganza próxima ya á consumarse.

Horas no más faltaban para que doña Leonor dejara á Valladolid y le dejara para siempre. Enrique III, rodeado de los magnates castellanos y de cuantos debian acompañarle y servirle en el viaje que iba á emprender, daba en córte plena audiencia pública á sus vasallos. Por su órden las puertas del alcázar estaban abiertas al pechero y al señor; á todos oia, de todos acogia quejas, súplicas y solicitudes y á todos hacia justicia con su espíritu de rectitud.

Larga más que otras veces tocaba ya esta á su término, cuando rompiendo el círculo que rodeaba á don Enrique se presentó á su vista, sin duda para prolongarla, un guerrero armado de punta en blanco, sin divisa y sin blasones, el cual bajo la visera de su limpio y bruñido yelmo ocultaba el semblante que nadie pudo distinguir á traves de las barras que lo defendian. Por lo demas calza-



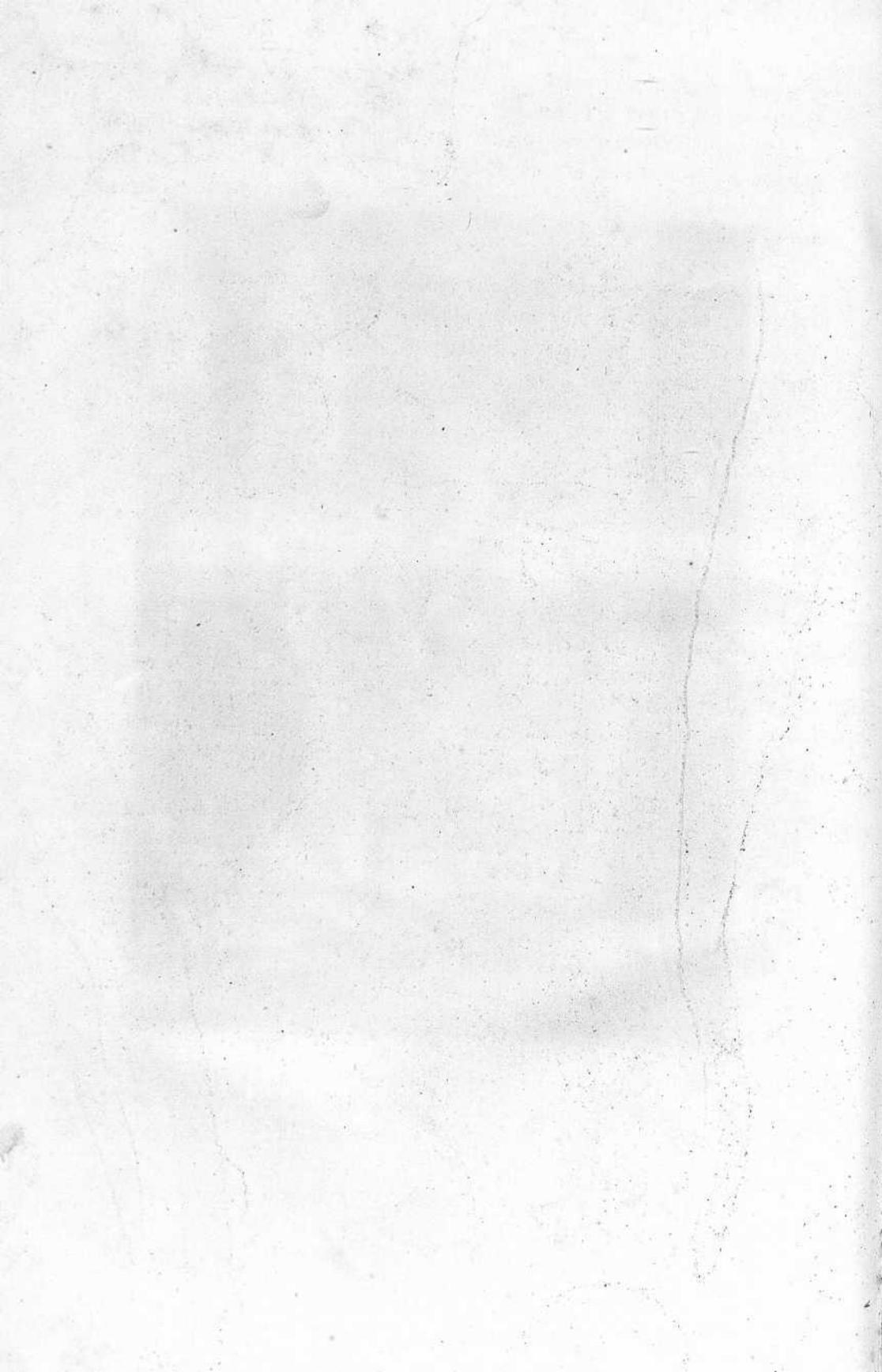
Cuando el momento de la salida se presenta en un terreno arenoso

de la zona de estudio.





Quando rompiendo el círculo se presentó un guerrero armado  
de punta en blanco . . . .



ba espuela de plata tan blanca como la lisa coraza que vestia y la pluma que se desprendia del pico de águila de su cimera ondeando graciosamente.

Desde el mismo instante en que se presentó fijóse en él la atencion general, atencion excitada por su apuesto y marcial continente y que subió de punto cuando con voz que hacia profunda y hueca el resonar dentro del yelmo, dijo poniéndose de hinojos ante el monarca:

—¡Justicia, rey don Enrique, justicia!

—¿Quién es el que la pide? le preguntó Enrique III procurando reconocer aquella voz que no tenía ningun recuerdo para él.

—Un castellano vasallo de V. A., contestó el incógnito haciéndole un profundo acatamiento.

—¿La demandais como agraviado? tornó á preguntarle don Enrique interesado de un modo inexplicable en hacerla, acaso por el misterio con que se la reclamaban, acaso por simpatía hácia el que tan gallardo era y respetuoso se mostraba.

—No, respondió con firme acento el demandante. La pido para satisfacer á la humanidad ultrajada con la perpetracion y la impunidad de un crimen alevoso. La solicito para que recaiga el merecido castigo en el culpable que por un cúmulo de traiciones lo ha esquivado vendiendo á quien tenía el derecho de imponérselo.

La acusacion formulada de crimen y alevosía no produjo gran efecto en los que la escucharon, pues por desgracia en aquella época la sociedad, en el desfreno de su lozana y ardiente virilidad, los cometia terribles, y hasta cierto punto se hallaba familiarizada con ellos; pero la de traicion causó una sensacion más honda á contar desde el rey hasta los ballesteros de maza que permanecian inmóviles á su espalda.

—En Castilla y á mi presencia el hombre que ha de acusar á otro ha de ser con el rostro descubierto, dijo don Enrique haciendo tal prevencion con su acento noble y grave.

—No se trata de ocultar quien viene á demandar á un rey justicia, ó hacerla si se la niegan, convirtiéndose en instrumento de la de Dios en la tierra.

Y esto diciendo el incógnito alzó la visera del yelmo dejando expuesta á las miradas que en ella se clavaron la graciosa faz del doncel Fernando de Bobadilla y en su serena expresion y en su firme actitud la seguridad de la conviccion y la imperturbabilidad del valor.

Al pronto nadie lo reconoció, ni aun el rey, cuya cámara habia guardado tantas veces. Sólo el alcaide de los donceles, que para verle mejor hubo de dar un paso hácia él, lo hizo al punto á pesar que su tez estaba quemada por los soles que habia tomado en los montes de Leon.

—¡Doncel! exclamó sin poder contenerse. ¿Venis á dar la explicacion que me negasteis en el camino de Aranda?

—Vengo, respondió Fernando satisfecho de poder alzar á sus ojos el tenebro-

so velo que habia ocultado el crimen y la inocencia, á proclamar en voz muy alta el nombre del asesino de doña Brianda de Velasco oculto hasta hoy en impenetrable misterio. Vengo á derramar sobre el que le lleva la infamia de su accion. Vengo á colocar su cabeza bajo el filo de la espada de la justicia, blándala el rey ó Dios.

Una sorda exclamacion se escapó á los rojos labios del señor de los Cameros. Otra exhalaron los de Juan de Velasco un tanto iniciado en aquella catástrofe por las incompletas revelaciones de Blanca, y uno y otro avanzaron maquinalmente un paso saliendo para escuchar de la línea que formaban.

—Pregúntadle, señor, dijo el alcaide impetuoso siempre á pesar de sus cabellos blancos dirigiéndose á don Enrique. Es un crimen envuelto en sombras densísimas, enlazado con otro quizá peor, ambos impunes aunque son inicuos y álevosos como no tienen semejante.

Enrique III miró á su doncel algunos instantes, y despues de examinar con ojo penetrante y escudriñador su rostro cuyo imperio compartia la severidad y la firmeza, le dijo:

—Alzáos y preparáos á responder, porque os vamos á interrogar.

El doncel obedeció con prontitud y soltura.

—¿Quién sois? le preguntó don Enrique abriendo el interrogatorio.

—Fernando de Bobadilla, descendiente de los del solar de Gumiel de Izan, y doncel al servicio de vuestra alteza.

—¿Sabeis que fue asesinada esa dama?

—Lo sé y lo declaro.

—¿Conoceis al asesino?

—Sí.

—Y ¿su nombre?

—Tambien.

—Decidlo.

—Sancho Ramirez, mayordomo que fue de la reina de Navarra.

—¡Miente! dijo Sancho lívido y feroz.

—¡Silencio! gritó Enrique III con la expresion dominadora y soberana con que Dios debe revestir su acento para decirle á la tormenta que calle.

No se oyó ni aun la respiracion de los que allí estaban presenciando tan inesperada escena.

—¿Qué pruebas presentaréis en apoyo de vuestra acusacion? le preguntó el rey al doncel continuando el interrogatorio.

—Todas cuantas puede dar un hombre que tiene una conviccion grande y profunda de lo que declara.

—¿Cómo habeis adquirido esa conviccion?

—Presenciando el crimen que denunció.

—¿Vos?

—¡Yo! dijo Fernando dándole á su afirmacion con el acento de la verdad una expresion al más alto punto solemne.

—¡Miente! dijo por segunda vez Sancho Ramirez queriendo con el fuego de su mirada pulverizar al testigo.

—Si pudisteis olvidar que el ojo de Dios lo ve todo y que tomaba cuenta de vuestro crimen, no es extraño que lo creais injustificable por haberle cometido entre tinieblas y solo, segun lo premeditasteis.

Sancho calló vencido por el testimonio de su conciencia, y la fisonomía dura y franca del alcaide radió al adquirir el convencimiento de la culpabilidad del uno y de la inocencia del otro.

El expresivo semblante del rey manifestaba un interes vivo y creciente.

—Acusador, dijo don Enrique dirigiéndose nuevamente al doncel para proseguir el interrogatorio: ¿visteis cometer el crimen?

—Le ví.

—¿Herir á su mano?

—¡Ah, no! Si así hubiera sido no consumara su obra, porque á todo trance yo se lo impidiera. Yo le ví entrar, sin antecedente alguno de sus intentos, en el aposento de la señora de Ruitelan, le ví llegar á su lecho que ocupaba accidentalmente su tutora sumida en sueño profundo, estremecerlo y separarse, abandonando la estancia así que cometió el atentado. No sé si le dió un golpe ó más; lo que sí afirmo y juro es, que cuando se acercó vivia y cuando se apartó habia muerto, haciéndose eterno el sueño de que no despertó la noble anciana.

Un estremecimiento de horror agitó los miembros de don Enrique.

—¿Cómo fue hallaros allí en el instante mismo de asesinarla?

—Estoy firmemente persuadido que porque Dios permite que todo crimen tenga un testigo, y me designó en sus altos fines para que lo fuera de aquel.

—Aunque esa razon merezca ser como de supremo juicio respetada, no esclarece el secreto de vuestra intencion; decid, pues, qué motivo os llevó al dormitorio de esa desventurada dama, y qué haciais en él solo y entre tinieblas.

—Fuí á él para dar ayuda á una huérfana, que lo es la rica hembra de Castro, á fin de sacarla de Roa donde corria toda clase de peligros; y estaba porque tras de mí sentí los pasos del asesino, y resolví en aquel encadenamiento de funestas casualidades esperar á que se alejaran, no sospechando que era allí á donde se encaminában. Tengo que advertir no estaba solo; la atribulada señora de Ruitelan estaba junto á mí, mejor dicho, yo la sostenia, una cortina la ocultaba, y la puerta proyectó su sombra sobre nosotros, de modo que no fuimos descubiertos por los ojos que ofuscó el espíritu del mal y el vapor de la sangre tan inícuamente derramada.

—¿Os habia pedido amparo la señora de Ruitelan?

—Me lo demandó en el colmo de la afliccion por hallar cerrada la puerta del noble alcaide de los donceles, á quien se dirigia como representante de vues-

tra alteza, su señor natural; y yo se lo dí cual cumple á quien se precia de honrado, de hidalgo y de valiente.

—Sois el raptor que la sustrajo traidoramente de Roa, dijo Sancho Ramirez que en su furor y en su afan no se podia contener.

—Soy su libertador, replicó Fernando irguiéndose con orgullo. Separándola de vuestro paso la salvé, porque el puñal que partió el corazon de doña Brianda iba dirigido al corazon que os rechazó.

Con esa conviccion, yo, Fernando de Bobadilla, testigo presencial de vuestro crimen, os acuso delante de Dios, del rey y de Castilla de asesinato premeditado y alevoso; y dispuesto á sostener lo que afirmo, ahí va esa prenda que lo prueba.

Y arrojó el guante de la mano derecha á los piés del señor de los Cameros.

Sancho Ramirez, en su orgullo altanero de señor, miró al doncel frente á frente, y midiéndole con una de esas miradas que infiltran el desprecio en el alma del que las recibe, le dijo:

—No le alzo.

—No lo extraño, replicó el doncel con la calma que da sobre los hombres y las cosas superioridad para dominarlas; temeis á la espada que Dios dirige.

Sancho le envió una mirada desafiadora para Dios y para él.

—No le alzo porque es vuestro y fuera mengua recogerle.

—¡Ah! exclamó Fernando elevándose en su dignidad sobre el nivel que en su soberbia se colocara el encumbrado magnate. ¿No le alzais porque no soy caballero?... Excusa liviana es; don Enrique puede hacerme...

—Y os haré, dijo Enrique III vivamente impresionado á favor de su doncel.

—Don Enrique os puede hacer caballero con daros el espaldarazo, repuso el señor de los Cameros en la explosion de su audaz arrogancia; más no os hará lo que soy, noble y fuerte de sangre y de corazon. Abrid, abrid el palenque, que en él quedaréis vencido hollando vuestra frente con mi pié, y proclamándoos villano y calumniador; pero entre tanto dad cuenta de vuestro rapto, decid donde está la dama que arrebatasteis á los que fielmente la guardaban.

—En este recinto nadie tiene el derecho de pedirla mas que nos, ó aquel á quien lo deleguemos, dijo don Enrique dominando con su acento de suprema autoridad la osadía y la arrogancia de Sancho Ramirez.

Esto dicho se volvió al doncel y continuó preguntándole:

—Acusador, ¿qué hicisteis despues de la muerte de esa desgraciada dama?

—Calmar el terror y la afliccion de su sobrina y mi propia emocion, conseguido lo cual la saqué de Roa.

—¿De qué medio os valisteis?

—Del más usado, de uno muy vulgar. Con una cuerda escalé el palacio y los muros, y apoyada en mi brazo la conduje hasta Berlanga donde yo tenía conocimientos.

—Y ¿de allí?

—De allí y sin perder más tiempo que el absolutamente preciso para proporcionarla un disfraz y una cabalgadura, la traje á Valladolid con tanta diligencia como respeto.

—¿Dónde mora á la sazón la señora de Ruitelan?

—Mejor que yo os lo dirá vuestro camarero mayor, á quien como su deudo se dirigió para que la acompañase á reclamar de V. A. la proteccion que por huérfana y perseguida necesitaba.

Todas las miradas se volvieron con las del rey á Juan de Velasco. Don Enrique le preguntó:

—¿Qué habeis hecho de vuestra deuda, Juan?

—Darle un asilo respetable, contestó el cortesano incierto un instante sobre el rumbo que le estaria mejor seguir.

—¿Segun su voluntad? añadió el rey mirándole fijamente.

El camarero mayor vaciló entre negar ó afirmar.

—Segun he creido convenirla, dijo sin caer en uno ni en otro extremo.

—Creo, ¡por Dios! repuso Enrique III que no habia olvidado las impresiones que en su aparicion en la córte le causara la peregrina señora de Ruitelan, que sustrayéndola á mi proteccion y ocultándola como lo habeis hecho, ni habeis cumplido con lo que debiais, ni con lo que ella deseaba.

—¡Tal vez! respondió el cortesano flotando como el vapor en el vacío.

—¿Dónde está la jóven rica hembra de Castro? le preguntó terminantemente el rey.

—En el convento de Santa Clara desde la noche que llegó á Valladolid.

—Es menester oirla, dijo.

Y dirigiéndose al venerable obispo de Palencia:

—Don Pedro, añadió, id en mi nombre al convento, allanad las dificultades que ocurran y extraed de su recinto á la señora de Ruitelan, conduciéndola inmediatamente al alcázar.

El prelado, oida la órden del rey, abandonó en el momento la cámara y se fué á cumplir su comision.

En el interin los cortesanos permanecieron silenciosos y atentos, torvo y concentrado Sancho Ramirez, sereno y triunfante el doncel, un tanto inquieto el camarero mayor.

En cuanto al rey, esperaba á Blanca con la emocion del interes.

Pasado un no corto espacio de tiempo regresó el obispo de Palencia trayendo en su compañía á Blanca, quien para penetrar en la cámara con don Pedro de Torres, se alzó el velo dejando descubierto el rostro que se habia celebrado en aquel mismo sitio por sin par en hermosura.

Pálida por efecto de su enfermedad y la emocion del momento, demacrada y triste, sin galas y sin adornos, Blanca aparecia á los ojos que la contemplaban desconocida, y en la impresion que produjo su notable desmejoramiento, salió

condenado Juan de Velasco, quien tampoco se encontró tranquilo al notar su estado alarmante.

Enrique III salió á su encuentro advirtiéndole su conmoción y timidez.

—Señora de Ruitelan, le dijo con acento propio á producir su expansión: acábanme de decir que ha sido asesinada vuestra noble y anciana tutora, que á vos se os han hecho agravios, acaso fuerza. Yo, pues, que os debo protección como caballero y justicia como rey, os pido cuenta de ellos para daros cumplida reparación.

Blanca se inclinó ligeramente y murmuró algunas palabras propias á manifestar gratitud.

—Entre esos nobles castellanos que os rodean, añadió el rey mostrando á los cortesanos que en redor se agrupaban, hay quien se proclama amparador vuestro; hay á quien se acusa de haberos perseguido y atropellado, asesinando inicua-mente á vuestra tía y tutora; reconocedlos, y si lo son, señaladlos.

Paseó Blanca su mirada un tanto fría por los cortesanos que sólo había visto en grupo, mirada que se irradió de alegría al fijarse en Fernando, y que se oscureció manifestando tanto horror como espanto al cruzarse con la de Sancho Ramirez ardiente y tenaz como siempre.

Sus impresiones fueron prontas y perceptibles, así para los que las producían como para los que las observaban.

—Cierto es, dijo trémula y afectada. Dios ha reunido en esta cámara á mi perseguidor y á mi defensor; aquí está el asesino de mi tutora y está también el que me impuso su terrible responsabilidad. Pero yo en su presencia declaro que no les acuso; más; que les perdono por todo el mal de que me han colmado.

—Perdonad en buen hora, replicó Enrique III vivamente impresionado; eso hacen los seres de una naturaleza superior. No los acuseis tampoco, porque no es esa vuestra misión; pero es necesario que los señaleis para que yo cumpla la mía. Y no os arredre al hacerlo temor ninguno, porque estais á salvo de sus iras y sus artes, protegida con mi poder.

Á pesar de la explícita seguridad que le daba don Enrique Blanca tuvo algunos instantes de vacilación.

Sólo una mirada de Fernando la decidió, tan elocuente y tranquilizadora fue.

—Voy á marcarlos, dijo; no por venganza ni resentimiento, sino con espíritu de verdad y para que mi declaración dé más fuerza á la que en esta cámara se ha hecho. Ese es mi atropellador, el matador de mi tutora, el origen de mis males y de los que á otros haya podido causar el empeño de aliviármelos.

Y con su dedo señaló á Sancho Ramirez que continuaba mirándola con la fascinadora expresión de la serpiente.

—Ese fue mi amparador y salvador, añadió señalando al doncel y apartando su mirada de Sancho para dominar la especie de vértigo que le causaba. Ese me prestó decidido y fuerte apoyo como le prestan los que blasonan de ca-

balleros, de los cuales es espejo, exponiendo en mi servicio honra y vida sin aceptar más recompensa que la de su propia satisfaccion; y hé ahí á Juan de Velasco mi deudo, que duro, severo y acriminador por lo que no pude explicarle en la horrible aventura de mi fuga, se sobrepuso á mi voluntad, y tratándome de rama seca y de miembro gangrenado, pretendió segregarme del cuerpo de que soy parte, y me encerró en Santa Clara, donde, á no existir un viejo y leal servidor de los señores de Castro, y la resolucion y valentía del que ántes que yo lo hiciera ha proclamado la verdad, hubiera muerto bajo sus bóvedas con el secreto del crimen que sola no podia probar.

Y sus ojos que aparecian más grandes por efecto de su demacracion y más dulces en su languidez se fijaron con la expresion de una inmensa gratitud en Fernando que al fin saboreaba una gota de ambrosía.

Hecha la solemne declaracion de Blanca Sancho Ramirez quedó moralmente condenado.

Enrique III, erigido en juez como se hallaba, volvióse á él, y con acento grave y solemne dijo:

—Sancho Ramirez, señor de los Cameros, Yanguas, Cervera y Aguilar, acusado ante nos y Castilla de atropellamiento y asesinato, ¿confesais vuestro crimen?

—¡No! contestó fiera y rotundamente el que en su conciencia se tenía por reo.

—¿Teneis que presentar en descargo alguna prueba de inculpabilidad é inocencia?

—No, ninguna.

—Entónces, si no quereis daros por convicto, recoged el guante que os han tirado.

—Le alzo, dijo el señor de los Cameros ebrio de ira y orgullo, para hacérsele tragar en la arena con su calumnia.

—Dios le dará la victoria al que tiene la justicia, repuso don Enrique sometiéndolo al fallo á su juicio. Por lo demas, acusado y acusador, desde este instante quedais puestos bajo la vigilancia del noble maestro de Santiago, que os tendrá en guarda hasta la víspera del combate para que os entregueis á la oracion, armando ántes caballero al que no lo es, á fin que en todo combatais de igual á igual. ¿Teneis padrinos, doncel?

Fernando miró al alcaide.

—Yo lo seré si V. A. lo aprueba, dijo prontamente Alfonso Alvarez de Toledo comprendiendo su deseo y prestándose á él con placer.

—Permitid, valiente alcaide, dijo el maestro de Calatrava adelantándose á la contestacion del rey, que no os ceda lo que tengo por un derecho. Yo ofrecí á la nobilísima y desventurada dama que me lo encomendó al abandonar el siglo, que haria de él un cumplido caballero; dejad que le ciña la espada que ha de cumplir su deseo.

—El mio, añadió Blanca tímida y ruborosa, es calzarle la espuela.

Un relámpago ardiente y destructor brotó de las inflamadas pupilas de Sancho Ramirez, quien convertida en hiel bebía la sangre que había derramado.

—Noble padrino y hermosa madrina se os brindan, le dijo Enrique III al doncel; en esto os cabe fortuna.

—Y tanto, respondió Fernando con entusiasmo, que no sé cómo agradecerla teniéndola por inmerecida.

—Señora de Ruitelan, añadió don Enrique dirigiéndose á Blanca, por lo que hace á vos, quedais bajo nuestra proteccion y la de la reina doña Catalina, á cuyo lado viviréis en el alcázar si no preferis otra mansion.

Ningun sentimiento animó con su expresion el lánguido y hechicero rostro de Blanca.

—No tengo para lo futuro, le contestó con laxitud, ni proyectos ni esperanzas. Acepto con vivísima gratitud vuestra proteccion y favores, y viviré en el alcázar y serviré á la reina doña Catalina como os servis disponer.

—En ese caso, venid; yo mismo haré vuestra presentacion.

Y despidiendo á la córte con un ademan, obligó con otro á Blanca á que le siguiera, conduciéndola á la cámara de la reina.

## XCII.

Dejando la pluma del novelista y tomando la del historiador, dirémos á nuestros lectores cómo el arzobispo de Toledo fue llegado á Tudela con los prelados señores y ricoshombres que le acompañaban para tomar juramento al rey don Carlos, y cómo este, conformándose con la exigencia del de Castilla, le prestó solemnísimo en la forma que sigue:

«Que juraba á Dios y á los Santos Evangelios, en que corporalmente ponía la mano, que las informaciones, miedos y recelos que la reina doña Leonor tenía de él eran mentirosos, falsos y sin ninguna verdad. Y que su voluntad era de honrarla, amarla y quererla como Dios lo manda. Y que si, lo que Dios no quisiese, hiciera otra cosa, el rey de Castilla, sus amigos y aliados tomasen las armas y le hiciesen cruda guerra.»

Terminado el acto del juramento el primado y su elevado séquito, sin detenerse, salieron de Tudela y se encaminaron á Alfaro, donde ya estaban esperándole don Enrique y doña Leonor. Entrados en la ciudad fueron á presentarse al

rey y á la reina, y don Pedro Tenorio les manifestó cómo ya era hecho el juramento, con lo cual tranquilizóse esta y alegróse con extremo aquel, por ver notorias las buenas disposiciones de don Carlos.

Entre tanto se hicieron grandes preparativos de fiestas y públicos regocijos en Tudela, reuniéndose en ella para recibir á la reina la flor de los caballeros de Navarra y muchos de los mejores de Francia y Aragon.

Señalado dia y hora para la entrega, salió de Alfaro doña Leonor acompañada de su padrino don Enrique y de toda la corte castellana. Por su parte don Carlos envió á recibirla á don Garcí Fernandez de Hereria, arzobispo de Zaragoza, y numeroso séquito de nobles. Don Enrique anduvo dos leguas hasta llegar á la raya de Navarra. Allí le esperaba el arzobispo de Zaragoza, á quien el rey se la entregó con ceremonia alzando acta de la entrega un escribano real que dió fe de cómo habia sido hecha.

Entónces se despidieron tia y sobrino cambiando palabras de ternura, una y otra corte con muchas urbanidades, y doña Leonor dirigiendo el último á Dios á la tierra castellana, dió un paso y entró en el territorio navarro de donde no debia salir jamas.

El rey de Castilla tornó á Alfaro, y la reina de Navarra prosiguió su marcha hácia Tudela. Don Carlos su esposo, la recibió tierno y cortes con abrazos y caricias, cual si fuera el dia primero en que se desposaran, mandando que en todo el reino se hicieran espléndidas fiestas para celebrar la venida tan deseada de su reina.

Cuenta la crónica que don Carlos no faltó jamas á lo jurado, y que doña Leonor, con su singular discrecion, se hizo merecedora del mucho cariño que siempre la tuvo, haciéndole olvidar las antiguas desazones y consiguiendo ser tenida y dejar fama de muy buena y sabia reina, y excelente y devota señora.

## XCIII.

Para complemento del capítulo que antecede apuntaremos algunos detalles que nos parece han de ser del agrado de nuestros lectores, advirtiéndoles que dejamos la pluma del historiador y tomamos nuevamente la del novelista.

Luego que doña Leonor se despidió del rey don Enrique, del primado, de los reverendos obispos que le acompañaban y de los primeros magnates de Castilla, dirigió en torno su mirada buscando al abad de San Pedro del Muro, el cual, siguiendo el precepto del Evangelio, se habia colocado el último de cuantos allí se hallaban reunidos.

—¿Me habriais acompañado hasta aquí, le preguntó la reina de Navarra con singular expresion de aprecio y deferencia, despues que á una señal suya se acercó, para no darme el consejo que al salir de Valladolid me ofrecisteis?

—Estaba esperando para dárosle el instante de veros poner el pié en el territorio navarro, en cuyo punto queria tener la honra de despediros; la respondió el abad acompañando sus palabras la afectuosa y dulce sonrisa que tan simpático lo hacia.

—Pues dad ese instante por llegado y hablado.

El abad fijó en doña Leonor una mirada profunda, una de esas miradas que buscan y encuentran el fondo del pensamiento y del corazon como el plomo de la sonda la arena del lecho sobre que duermen los mares, y revelándose en su semblante pálido y demacrado la austera dignidad de su carácter, la dijo con su acento persuasivo impregnado un tanto de severidad y firmeza:

—Hablaré, señora, segun mi conciencia y el mucho afecto que me inspirais. Hoy, doña Leonor, volveis al camino recto; proseguid por él sin que jamas os desvieis de esa línea formada por deberes de que no hay sér, por alto que esté colocado, que pueda prescindir de su exacto cumplimiento; en la inteligencia, que es el único en que se encuentra ese gran bien que se llama paz, esa gran satisfaccion que apellidamos honra, y esa gota de rocío celestial que se dice felicidad, y descende de Dios como un preludio de lo que en su seno nos espera que gozar.

—Os lo prometo, respondió la reina gravemente; y tambien que así que me reuna con don Carlos os nombraré mi confesor, porque esta pobre naturaleza necesita recibir altas y sublimes inspiraciones y un espíritu firme que fortalezca al espíritu que se apoca delante de las pruebas y los sacrificios.

Y alargándole la mano añadió:

—A Dios, señor abad, y hasta Pamplona donde me lisonjeo vendréis.

—A Dios, señora, respondió el antiguo paje del arzobispo de Santiago inclinandose para besar la mano á la reina. ¡A Dios! y hasta el dia en que necesiteis una oracion, un consuelo ó un consejo.

Y saludándola fué á ocultarse en el séquito real.

Miéntas esto pasaba entre la reina de Navarra y el abad de San Pedro del Muro, Constanza de Andrade, que sirviendo á la princesa doña Juana abandonaba á Castilla, se acercó á Iñigo de Zúñiga y con la sonrisa en los labios y la gracia en todos sus ademanes le dijo:

—¡Zúñiga!... Una palabra.

—Os escucho, hermosa Constanza.

—Separémonos un poco para decirla de quien pueda caer en la tentacion de prestarla oído.

—¡Oh! sí, separémonos de los indiscretos que pudieran oir, ó lo que es peor interrumpir, repuso Iñigo adoptando la especie de familiaridad que la linda dama de la princesa habia establecido entre los dos.

Separáronse algunos pasos del grupo que formaban las dos córtés reunidas, y Constanza parándose y parando á Iñigo, le preguntó fijando en él sus vivaces ojos:

—Supongo que habreis adivinado en mi accion y mis precauciones lo que os tengo que decir, señor mariscal.

—Pues suponeis mal; no he adivinado nada.

—Si es así, me veo obligada á declararos que tengo tanta predileccion por esta Castilla que nos despide, como aversion á esa Navarra que se prepara á darnos la bienvenida.

—¿Qué me decis, cara Constanza?

—¡Oh! ¡que no quiero vivir en ella!

—Pues aun es tiempo; cambiad cóрте por cóрте y quedáos en la nuestra. Yo sé quien con ello enloqueceria de placer.

—Yo tambien; pero la dificultad estriba en que no he de separarme de doña Juana.

—Cierto que es una dificultad, dijo Iñigo sonriéndose.

—¡Oh! pero lo que me anima, discreto Zúñiga, es que pertenece por ventura al género de las que con sólo querer pueden prontamente ser vencidas.

—¿Eso os parece?

—¡Tanto! ¡Porque en haciéndonos venir á las dos!...

Iñigo de Zúñiga que habia comprendido el pensamiento de la linda dama desde el momento de acercársele, halagándole en extremo, se guardó muy bien de darlo á conocer; al contrario, desprendiendo diestramente su personalidad de la pretension que le manifestaban, replicó sosteniendo su aire suelto y cortés:

—Voy á manifestaros francamente mi opinion, y perdonad que os desengañe. Para vos hay en Castilla mil rancios hidalgos, mil apuestos caballeros, entre los que podeis escoger un esposo que en ser elegido se gloriará... mas para doña Juana no existen reyes ni príncipes con quien la podamos desposar.

—Razon teneis, repuso la preciosa dama, pero á falta de reyes y príncipes hay mariscales con muy altos pensamientos.

El aludido mostrando una conviccion llena de modestia, dijo con tanta seguridad como firmeza:

—Esos no la merecen y lo saben demasiado para que aspiren á ella.

—Quizá en eso tengais razon tambien, mas hay seres tan afortunados... que pueden conseguir cuanto pretendan.

Fijó Iñigo una penetrante mirada en la jóven, y ya descubriera con ella lo que pretendia, ya no, la preguntó atrevida y rotundamente:

—¿Os ha mandado la princesa que me lo manifesteis así?

Constanza se puso como el carmin y se turbó.

—¿Creeis...? le dijo.

—Yo no creo nada, respondió Iñigo siempre sereno y dueño de sí; por eso os pregunto y aun os empeño para que me respondais.

—¡Ah! pero...

—Dejáos de peros y ambages, cara Constanza, y contestad sí ó no sencillamente. Procedamos siquiera por una vez con lealtad.

—¡Procedamos! dijo Constanza tomando su resolucion. No abuseis de lo que oigais, y escuchad como digo ¡sí!

—¡Estoy confundido!

—¡No mintais! ¡Lisonjeado!

—Tengo á honra el confesarlo.

—Lo creo porque lo merece: y ahora, el de la lealtad, responded: ¿qué le digo á la princesa?

—Si os servís, que la idolatro.

—¡Bah! dijo la dama haciendo un gracioso mohin. Yo pensé ibais á decir que esta primavera vendriais á solicitar su mano.

—Si á ello me determinara, no sería hasta que sentenciado el conde de Gijon estuviese el jóven Enriquez en libertad. Soy noble siempre, y como rival más.

—Señor mariscal, dijo Constanza con expresion más grave y seria de la usada hasta allí, á eso os responderé que don Enrique dejó á su prima por unirse á la bastarda de Portugal, y doña Juana tiene mucho orgullo para atender en ningun tiempo á quien tan mal la ha correspondido. Noble, tanto como justa, recuerda que os ofendió humillándoos, y hoy trata de satisfaceros tendiándoos ella misma su mano para ponerlos á su nivel.

—Y yo os declaro, ya que francamente hablamos, que amo á doña Juana un año hace, y que la amaré eternamente; pero que me niego á subir donde se encuentra, y no me uniré á ella á ménos que no descienda á donde yo estoy.

—Eso es igual, dijo Constanza sonriéndose.

—¡Oh! no tanto como se os figura. Hay una diferencia inmensa de ser la esposa de un mariscal, colocada en la esfera en que este gira, á una princesa que dispensa el alto honor á su esposo de cederle la mitad de su sitio al pié del trono de que desciende.

A este punto las despedidas terminaron empezando á separarse las dos córtes: Constanza se apercibió de ello, y disponiéndose á seguir la suya le dijo:

—Me falta tiempo para contestar á vuestra declaracion, porque doña Leonor pisa ya el territorio navarro. Decidme pues definitivamente qué respondo á doña Juana cuando me pregunte: ¿Qué piensa Iñigo de Zúñiga?

—Que Iñigo de Zúñiga há mucho tiempo hizo de ella un ídolo, y que muy en breve irá á Pamplona á adorarle junto al trono de que es inmediata.

—Señor mariscal, sois rencoroso. Ni olvidais, ni perdonais.

—Hermosa Constanza, soy prudente, y aprovecho las lecciones que me hacen la honra de darme.

—Se van, dijo la dama echando á andar para incorporarse al séquito de la reina. ¡A Dios!

—A Dios, Constanza, y no me olvideis.

—Os lo prometo, repuso Constanza deteniéndose y fijando en él sus expresivos ojos, así como que haré cuanto pueda para que seais olvidado.

—¿Qué decis, encantadora Constanza?...

—Que los hombres de corazon frio y ánimo vengativo no son dignos de que les amen.

—Y ¿hay quién á mí me ame?

—Eso lo sabréis segun hagais.

Y saludándole, se reunió á las damas ocultándola á los ojos de Iñigo de Zúñiga que con visible complacencia la siguieron, los caballeros navarros que al instante la rodearon.

## XCIV.

Enrique III regresó á Valladolid sin que se detuviese en ninguna parte á descansar. Había resuelto tener el invierno en Sevilla, y ántes de abandonar á Valladolid habia de presenciar y presidir el duelo jurídico de Sancho Ramirez y Fernando de Bobadilla pronunciándose el juicio de Dios sobre él.

Entre tanto el deseo de Blanca manifestado á Pié de Corzo en el locutorio del convento se habia realizado tal cual habia sido concebido. Brillaba en la córte castellana hasta el punto de deslumbrar, brillaba como la luz en su postre llamarada.

Un nuevo soplo de vida la animaba, y recobradas en parte sus fuerzas y su extremada hermosura, era la admiracion de los cortesanos y la envidia de las damas, agitándose en torno suyo las pasiones que rodean siempre á la beldad.

Enrique III la amaba, y primer amor de su vida, dejábansele adivinar á la que se lo inspiraba, y con ella á los celos de la reina, á la mordacidad de la córte y á la prevision de sus privados que le veian crecer en silencio y con disgusto.

Temian sus consejeros el ascendiente que, á corresponderle, pudiera adquirir sobre el ánimo del rey la peregrina rica hembra de Castro; y temian, más que eso, el efecto que las violentas emociones de una pasion satisfecha ó contrariada pudiera causar en su salud de suyo tan frágil y delicada.

Catalina de Lancaster, cuya juventud ó la flor de ella habia pasado, veia con amargura una rival en su dama; la rica hembra de Alburquerque, predilecta en el afecto de su cuñado, miraba con despecho á la favorita que podia anteponerse

en él á ella; las damas contemplaban con rabia el astro que las eclipsaba, y todos la hubieran querido alejar ó confundir.

Sólo que el odio, los celos, los temores y las murmuraciones no llegaban hasta ella, protegida caballerosamente por el rey. Don Enrique la había nombrado su servidumbre particular de dueñas, pajes y escuderos; tenía aposento en el alcázar, y todos la halagaban y la respetaban, porque la halagaba y la respetaba él.

Mas á pesar de todo, ni era Blanca feliz ni vivía tranquila. Gonzalo, que era su pasado, la entristecía con su recuerdo perenne siempre en su mente. Fernando, que representaba su presente, la preocupaba con su peligro, y el rey, á quien había entregado su porvenir al ponerse bajo su proteccion, la asustaba con el amor que sin declararse la combatía. Blanca, pues, en el alcázar como en el palacio de la reina de Navarra se encontraba envuelta entre las nubes formadas por el humo del incienso que en su ara profusamente se quemaba, pero en lucha con un amor que no podía corresponder y suspirando por otro que creía haber perdido.

Avida de espectáculos así la córte como el vulgo, esperaban ansiosamente dos, que uno en pos de otro se les iba á dar en pasto á su curiosidad, para los cuales se adornaba la iglesia de San Pablo, y se construía un palenque en el Campo Grande, á expensas del rey don Enrique que en ambos intervenía.

Tras costosos preparativos lució el día señalado para armar caballero al doncel, recluso como el señor de los Cameros en poder del noble maestro de Santiago. La víspera, don Gonzalo Nuñez de Guzman, que le había instruido y preparado, se hizo cargo de él sustrayéndole á la vigilancia y cuidado de don Lorenzo Suarez de Figueroa, y el jóven y valiente aspirante recibió la Eucaristía y le vistieron la túnica blanca en señal de la pureza adquirida. Por la noche fue conducido á San Pablo para velar sus armas, y el padrino, con el venerable prior del convento, le acompañaron elevando á Dios piadosas preces por el neófito.

¡En cuántos delirios cayó aquella noche su mente!... ¡Cuántas esplendorosas imágenes vieron sus ojos pasar á la pálida luz de los cirios del altar!... Ancho su porvenir, risueña su esperanza, el antiguo paje de la hermosa Elvira Manrique de Lara, desplegadas ya sus alas, se proponía remontar su vuelo y tocar las nubes con su frente.

Por de pronto ya estaba como caballero que iba á ser á nivel de la rica hembra de Castro, á cuyos ojos deseaba ser grande y enaltecido. Respecto á su duelo con Sancho no se le ocurría á su pensamiento, porque tan valiente como buen cristiano tenía viva fe en Dios y en sí mismo, y esperaba la victoria y la tenía por segura contando con la fuerza de su brazo y la justicia de su causa.

En aquellas imaginaciones llegó la hora de la ceremonia. Enrique III, con el manto de púrpura y la corona, pendiente la espada al costado, entró en San Pablo seguido de una córte espléndida y numerosa, subió las gradas del altar y se

sentó en el sillón que bajo dosel le tenían prevenido. Los padrinos se sentaron también en el sitio que les correspondía algo más bajos que el rey; el altar se llenó con los que habían de tomar parte en la ceremonia, y esta empezó con la solemnidad que da la religión á las suyas.

La madrina hacia su primera presentación pública y el rey había dispuesto que fuese con esplendor.

Vestia la rica hembra de Castro un magnífico traje rosa, sembrado de flores de plata; una rosa de diamantes brillaba en su frente sujeta por una multitud de hilos de perlas que la coronaban, mezclándose y volteando las negras trenzas de sus cabellos, y un manto blanco de gasa la cubría, bajando en ligeros y ondulantes pliegues hasta tocar la orilla de su vestido, realzando su hermosura aquellos adornos en disposición que hasta el anciano maestro de Calatrava que á su lado la tenía se complacía en contemplarla.

Tampoco se separaban de ella las miradas del rey, y en momentos desaparecía á su vista y de su pensamiento la ceremonia, el neófito y la corte, no viendo sus ojos más que á Blanca envuelta en su manto transparente y vaporoso.

Fernando estaba de rodillas. Sus azules y serenos ojos sólo veían en torno seda, armiños, oro, diamantes en profusión... y todo aquello en conjunto y mirado á la luz de las antorchas que ardían en el altar y á través de las nubes olorosas del incienso que quemaban producía un efecto mágico, haciéndole á veces parecer que se hallaba entregado á las fantásticas maravillas de un ensueño de esos de oro y marfil que en la adolescencia tiene el hombre. Ya miraban sus ojos la blanca y bruñida armadura que el sacerdote había bendecido, ya la espuela de oro puesta en una bandeja de plata, ya la espada que le iban á ceñir y en otra bandeja estaba colocada, ya los fijaba en el rey, ya los ponía en la madrina y luego en su leal y noble padrino, y alternativamente sentía cuantas impresiones halagan conmovér su corazón.

Llegó el momento de armarle confiriéndole la orden de la caballería, y don Enrique subió al presbiterio con los padrinos y los testigos, que lo eran el condestable y el alcaide de los donceles. Fernando subió también y tornó á hincarse de rodillas: el sacerdote tomó el libro de los Evangelios, y Enrique III, con acento grave y solemne, le tomó juramento de cumplir fielmente los deberes que la caballería le imponía. El neófito le hizo con firme intención de cumplirle, y lo hizo con voz clara y seguro acento. Luego se levantó y los pajes le vistieron la armadura, precediendo las explicaciones de costumbre. Cuando estuvo armado volvió á hincarse de rodillas, y Enrique III le dijo á la madrina:

—Señora de Ruitelan, calzad la espuela de oro á vuestro ahijado.

Blanca, un poco trémula y ruborizada, tomó la espuela de la bandeja, se arrodilló y se la calzó al neófito.

—Yo os calzo la espuela, dijo en voz alta y vibrante pero conmovida en extremo, para que cuando os necesite la religión, el rey, la patria y los opri-

midos, huérfanos y atribulados, corrais á su defensa como noble caballero.

Levantóse dicho estó dejando el sitio al padrino, el cual tomando la espada y poniéndose de hinojos se la ciñó, diciendo con su sonora voz y su áspero y leal acento.

—Yo os ciño esta espada, caballero, para que defendais la religion, el rey y la patria, para que arrostreis el peligro con fuerte ánimo, liberteis á la inocencia, holleis la tiranía, humilleis á la soberbia y vengueis la virtud ultrajada.

Alzóse don Gonzalo, y Enrique III, desnudando su espada, le dió el espaldarazo, pronunciando la fórmula que lo consagraba en aquella orden, mezcla singular de religion y heroísmo. Despues Fernando sintió, latiéndole el corazon de orgullo, rozar su mejilla los labios del rey, ceñir el brazo esforzado del maestre su cuello, apoyarse un instante sobre su pecho á la noble y peregrina señora de Ruitellan, dándole su abrazo de madrina, y feliz como rara vez lo es el hombre en la vida, vió premiado su arrojo, su desinterés y su valor.

Luego oyó el discurso que el ministro de Dios le dirigió, y concluido este salieron de San Pablo entre el inmenso gentío que habia llenado sus naves.

Detenida por la multitud que se agolpaba para verles, Blanca se paró un instante en la grada más alta, extendiendo una mirada complacida sobre el humano oleaje que en redor se precipitaba y comprimía, cruzando su blanco manto sobre el seno palpitante. Enrique III, que la precedía, volvió la cara quizá al acaso, pero encontrándose sus ojos con los suyos, le envió una de esas miradas que llevan y transmiten un destello del alma si es posible que de una se desprenda y que á otra se asimile.

En Blanca hizo una impresion violenta y perceptible: sus mejillas se sonrosaron vivamente, y conmovida tanto como turbada, sin saber si sus labios sonreían, ni sus ojos miraban, miró y se sonrió con el rey que absorbió sonrisa y mirada con supremo é indefinible placer; mas rompiendo, digámoslo así, su fascinacion, Blanca oyó un suspiro profundo y amargo junto á sí.

Estremeciéndose sin saber por qué, miró hácia donde se habia exhalado y vió lo que le pareció la sombra de Gonzalo de Figueroa, incrustada en la piedra de la portada. Túyola por una aparicion, por un fantasma fúnebre evocado con la mirada del rey, y se separó con espanto porque estaba junto á ella.

Al ver su accion irreflexiva y brusca la sombra se replegó en sí misma y la dejó ancho paso, evitando que el rico y perfumado ropaje de la jóven rozara en sus manos tan pálidas y tan descarnadas como las de un cadáver que saliera de la huesa.

Empujada como habia sido detenida, Blanca bajó las gradas á cuyo pié encontró á Pié de Corzo que fijó en ella una mirada severa, suspirando á su vez cuando la vió desaparecer en el cortejo real.

## XCV.

En aquella tarde se anunció una visita al alto y poderoso maestre de Santiago, el cual, á pesar de presentarse de incógnito, dió orden de recibirla, y don Lorenzo vió entrar con lento paso la fantasma que Blanca habia visto por la mañana al salir de San Pablo.

—¿Sois mi sobrino? le preguntó el maestre dudándolo.

—Soy Gonzalo de Figueroa, respondió este con amarga sonrisa; no me atrevo á decir vuestro deudo, porque los proscritos no le tienen con nadie.

—Ni vos estais proscrito, replicó el maestre con dignidad, ni yo os desconocería jamas aunque lo estuyeséis al punto de comprometer mi seguridad con vuestra presencia. Pero sentáos, y decidme cómo es que os veo en ese estado.

—¿En cuál, señor?

—Esa palidez...

—Dimana de haber perdido la mayor parte de mi sangre, pretendiendo darle al duque su libertad villanamente robada.

—Con qué, ¿sois el que ha muerto al hijo del tesorero del rey?

—¡Soy! dijo Gonzalo con un laconismo sombrío.

Hubo algunos instantes de silencio que interrumpió el maestre, preguntándole con acento severo:

—Y ¿á qué habeis venido á Valladolid?

—A pedir os el permiso de habitar con el duque en Monreal.

—Pues, Gonzalo, no os le doy.

—¡Me constituiré en calidad de prisionero!

—Ni aun así, repuso con firmeza el maestre.

—Os prometo que si me dejais encerrar con don Fadrique, no haré por mi parte ninguna tentativa para libertarle.

—Si en esos ánimos estais, ¿qué os proponéis con vivir en Monreal?

—Sufrir lo que sufra; es mi deber y mi afan.

—No os lo permito, dijo resueltamente don Lorenzo, porque ni fio en vuestra promesa, ni os quiero encadenar en una prision.

—¡Es decir que me condenais á vagar perpétuamente en redor de la fortaleza...!

—Al contrario, os lo prohibo con mi doble autoridad de jefe de vuestra familia y señor del territorio. Ya le habeis dado al duque cuanto podiais, hacien-

do por él lo que no debiais; ahora os toca abandonar á Castilla, é iros á adquirir vuestras fuerzas y vuestra calma á Navarra, Aragon y Portugal, dejando correr el tiempo que quizá traiga el remedio de todo.

—Abandonar á Castilla es abandonarle á su suerte adversa y fatal, y no lo haré yo jamas por el nombre de que me honro. ¡Ah! no, no me iré, estad seguro...

—Quedáos, pues, ya que en ello os obstináis, mas estad firmemente persuadido que una segunda tentativa como la ejecutada en la Puebla, comprometerá la vida del duque, y os supongo lo bastante afecto á él para que no la emprendáis.

—¡Serian capaces de matarle! exclamó Gonzalo animándose con el horror y la ira su amarillo y desfigurado semblante.

—Sí, dijo friamente el maestro, y yo que soy su amigo sería el primero que lo aprobara, á pesar de que muchísimo lo sintiera, porque ese leon encadenado, á soltarse, haría horribles destrozos en Castilla.

—Y ¡con qué razon si fuera! dijo su alférez crispando los puños y estirando los brazos descarnados con un movimiento nervioso.

—Sobrino, repuso don Lorenzo con grave y rígido acento, no quiero discutir con vos, harto ofuscado por desgracia con vuestra personalidad y la del duque. Respeto vuestro pesar, vuestra cólera y vuestro encono, impotentes hoy como que son de un caido. Evitaré cuidadosamente que una palabra propia pero dura, una calificacion merecida aunque ofensiva, hiera vuestros sentimientos, que los creo muy acerbos por lo que sé y os he oido, y os diré lo que me cumple y os está bien que mediteis.

—¡Oh! hablad sin miedo cuanto queráis; en mi corazon ya no hay sitio para herir.

—Los acontecimientos que se han sucedido en Castilla, prosiguió diciendo el maestro, por una desgraciada combinacion de circunstancias, por una fatalidad inconcebible, han traído consigo la caida de tres hombres los más poderosos del reino, el extrañamiento de un prelado insigne, la vuelta á Navarra de su reina. Dios lo ha dispuesto así y nosotros no podemos contrarrestar su poder eludiendo sus decretos.

A cambio de esos tres hombres que sufren, hay un reino entero que goza, porque le han economizado su sangre, porque ve libre su suelo de la guerra de bando y de la guerra extranjera, porque tiene paz y con ella vendrá la prosperidad, porque ve robustecerse el poder de su rey, y su rey es quien sostiene su bandera y quien representa su dignidad nacional... ¿Quién, que sea castellano, trocaria suerte por suerte, dando á los tres hombres poder, y al reino revueltas, sangre y calamidades?

En Monreal no le falta al duque sino libertad; cuanto suaviza y endulza un cautiverio le sobra, sobre todo respeto y deferencia, y si un instante propicio se presentara, hay junto á don Enrique quien abogue enérgicamente por su causa.

Esto en cuanto á él; respecto á vos os brindo, ó un destierro voluntario en uno de los estados vecinos donde con el tiempo se acaben de cerrar cicatrizándose las heridas de vuestro cuerpo y de vuestra alma, ó un hábito en la orden, mi compañía y mi apoyo, quedando oculto el atentado de la Puebla, favor que debeis á Rodrigo Lopez de Ayala á cuyos ruegos cedió Lope de Carvajal, quien no ha pronunciado vuestro nombre al dar cuenta del suceso.

Esto os propongo Gonzalo; pensadlo y escoged en sus extremos.

Calló el maestro, y despues de una larga pausa respondió su sobrino sin perder nada su acento de su expresion resuelta y obstinada:

—No quiero engañarme ni engañaros: á lo del destierro os repito lo ya dicho; en cuanto al hábito lo acepto si me acerca á él, lo rehuso si me aleja.

—Os acercará si sois leal.

—¿Quién puede dudar que lo sea? dijo Gonzalo con orgullosa jaectancia.

—Es que las cosas se aprecian de diferente manera; leal podeis ser para el duque, y traidor con el maestro que en vos depositara su confianza.

—Traidor no será nunca quien siente latir este corazon en su pecho. Prometmedme que si visto el hábito me abriréis la puerta de su prision, y yo os juraré, si quereis, que no burlaré vuestra confianza doblemente sagrada para mí.

Reinó por tercera vez el silencio y reinó por largo espacio. La ansiedad se leia en los ojos de Gonzalo, que al fin, no pudiendo dominarla, lo interrumpió preguntándole:

—¿Os resolveis...? ó me retiro.

Don Lorenzo le miró fijamente algunos instantes.

—¿Me empeñais solemnemente vuestra palabra de no procurar su libertad?

—¿Me dejaréis vivir á su lado?

—Os dejaré siempre que don Fadrique acepte vuestra compañía; porque os lo repito, dentro de Monreal y en lo que á él atañe, su voluntad es ley.

—Pues bien, si así lo haceis, os juro aquí con la mano en el pecho y en el templo puesta sobre los santos Evangelios, que viviendo vos no haré por mí ninguna tentativa para arrancarle á su prision.

—¡Qué condicional es vuestra palabra!

—Y sólo así la empeño y harto hago, porque os entrego el presente. Sea mio entero el porvenir.

—Sea, dijo el maestro haciendo aquella concesion á los sentimientos de su sobrino y acaso á los suyos propios.

—¿Está convenido?

—Sí.

—Entónces me despido de vos porque mañana parto á Ucles para esperaros.

—A Uclés iréis, pero conmigo y no tan pronto.

—Es que yo no quiero estar en Valladolid; la poca sangre que me queda hierve en mis venas desde que le he pisado con un fuego que la inflama.

—No estaréis sino poco tiempo; el que vuestro estado exige.

—Mi estado, replicó Gonzalo con amarga concentracion, es el que exige que me vaya.

—Lo harémos en breve, así que el rey salga para Sevilla.

—Y ¿tardará mucho en marcharse?

—¡Oh, no! Lo hará tan pronto como se efectúe el duelo que Dios ha de presenciar desde lo alto de su trono hiriendo al culpable con su justicia por la diestra del inocente.

—Y ¿quién apela al juicio de Dios prefiriéndole al de los hombres?

—El caballero que ha sido armado esta mañana, amparador de la huérfana rica hembra de Castro, y acusador de Sancho Ramirez.

—¡Ah!... Sancho... exclamó su rival con una entonacion de voz extraña. ¡Sancho es el culpable!

—Y de un exceso, de un crimen que parece increíble en quien de noble se precia, añadió don Lorenzo quien ignorando los amores de su sobrino, y deseoso de distraer su pensamiento de las ideas en que se nutría, no dudó ocuparse de él.

—¡Cuánto mal ha hecho ese hombre! dijo Gonzalo con horrible amargura cruzando sus dos brazos sobre el pecho.

—Y que es inexcusable en todo, añadió el maestro con su severo y rígido acento.

—¿Tales circunstancias tiene su crimen?

—Tales que le agravan al más alto punto. Figuráos un hombre fuerte, pujante en su razon, con gran poder y sobre todo ¡caballero! el cual persiguiendo con su amor á una dama de la reina de Navarra, de cuya casa era jefe, á una niña huérfana y débil, prevaliéndose de su fuerza llegó hasta atropellarla, exigiendo con amenazas lo que voluntariamente le negaban. Hasta aquí el exceso que es bien villano.

Satisfecho el anciano maestro de la atencion que su sobrino le prestaba, prosiguió:

—En el mal la pendiente es rápida; así fue que roto á su pasion el freno que la contenia, ese hombre, sin temor de Dios ni respeto á su noble prosapia, penetró en la oscuridad de la noche en un aposento sagrado, por ser de una dama y estar entregada al sueño, avanzó por él entre tinieblas, llegó al lecho y partió de una puñalada el corazon que le resistia... á lo ménos así lo debia creer cuando asesinaba á la buena doña Brianda de Velasco en lugar de esa pobre niña de Castro.

—Y ¿todo eso se ha descubierto? dijo Gonzalo interrogando al maestro con acento cortado y violento.

—Por medio del acusador que lo presenció, entrando un momento ántes en el aposento para sustraer á la dama, pues en el terror que le causaron las amenazas del señor de los Cameros, hubo de pedirle amparo.

—¡Ahora la protege el rey... en cuyo pró todo sucede!

—Vista su orfandad y sus deseos, don Enrique se ha declarado su tutor.

—Y ¡su amante! añadió Gonzalo con su acerba concentracion.

—Murmuraciones de la córte, dijo el maestre harto austero para imitarla.

—¡Oh! realidades que publican en el templo y en la calle las miradas que se dirigen.

—Ved que poneis la lengua en una dama, le dijo su tio reconviniéndole.

—La respeto aunque sea dama del rey... que por serlo no seré yo quien jamas la reconvenga. En cuanto al que todo lo hace suyo, estados y damas ¡que se guarde! En la de Castro tiene ya la espina de su felicidad.

—No sé lo que podrá suceder, ni doy pábulo á sospechas que engendran una mirada. No me sorprende ni extraña la resistencia de una pasion á sentirla los que aludis; mas tengo á don Enrique por muy mirado y muy honrada á la señora de Ruitelan, y no creo que se dejen llevar de ella.

—Y ¿si sucediera en el... mirado de don Enrique...?

—Os diria que no es Dios, por consiguiente sujeto á la flaqueza humana.

—¡Cómo se perdona á un rey! dijo Gonzalo con sardónica expresion.

—Lo mismo que se perdona á un hombre, repuso el maestre con tanta severidad como intencion. Pero dejando las murmuraciones, pasto sabroso de cortesanos, os voy á instalar en el contiguo camarin, en el que os dejaré para que entregándoos al descanso y la quietud, reparéis un tanto esas fuerzas aniquiladas.

Y haciéndolo como lo dijo, le llevó él mismo á un aposento decorado sencilla y marcialmente, donde le dejó luego que le aderezaron un lecho y prevenian cuanto le podia ser necesario y conveniente, sin olvidar la comodidad y el solaz que en su situacion pudiera gustar.

## XCVI.

La liza se habia alzado en el Campo Grande, llamado entónces de la Verdad, lo mismo que para un torneo; sólo se diferenciaba en que no la adornaban colgaduras, banderolas, sedería ni guirnaldas; todo en ella era severo. No habia, pues, ni elegantes pabellones para descansar, ni torres cubiertas de matizada y vistosa tapicería: sólo se encontraba en ella un sol para combatir, un tablado para los jueces del campo, un estrado para el rey, otro al pié para los jueces civiles del reino, un altar sobre el que se veia el vaso sagrado de la Extremauncion, y dos camillas para trasportar al que fuere muerto ó herido.

Para el pueblo habia una ancha gradería, gradería que llenó con la anticipacion que acostumbra.

A la hora señalada, campeones, rey, jueces, córte y testigos entraron en la liza. Don Enrique subió al estrado y tomó asiento, los combatientes salieron á la palestra con los jueces, que lo eran el condestable de Castilla y el maestre de Alcántara, y un sacerdote revestido de sus ornamentos fué al altar para ejercer lo que á su ministerio se encomendaba en aquel acto.

Antes de principiar el heraldo hizo oír su voz, prohibiendo á nobles y pecheros tomar partido de obra ó de palabra en pró de uno ú otro combatiente, intimó á los deudos de estos que allí estuvieran se retirasen, á la multitud guardar silencio y compostura, y empezó la ceremonia.

Conducidos al altar prestaron solemnemente el juramento de sostener con sus armas la verdad que habian afirmado, luego Ruy Lopez Dávalos y don Fernan Rodriguez de Villalobos examinaron sus armas, les preguntaron si llevaban talismanes preparados con maleficios, y asegurados de que no, les partieron el sol y se retiraron.

Entónces el rey, los jueces, la córte, la multitud, fijaron sus ojos en los dos adalides para no separarlos hasta el momento en que de ellos los apartase el triunfo que iban á conquistar, ó la muerte que podian recibir.

Acatando de antemano el juicio de Dios que iba á pronunciarse derribando al culpable el brazo del inocente, no hacian votos por ninguno; mas las simpatías se dividian entre ambos, siendo muy vivas y pronunciadas las que el acusador excitaba.

Atlético y membrudo Sancho Ramirez con su frente altanera, su luenga barba negra, sus ojos salientes y llameantes, ostentando la arrogancia de la soberbia y la calma del valor, aparecia invencible sobre su fuerte bridon.

Vestia una armadura completa de Milan que cubria una dalmática de seda blasonada con sus armas. En el escudo no llevaba empresa y su robusta mano terciaba la ponderosa lanza propia del brazo que la habia de blandir.

Fernando de Bobadilla, ménos corpulento, más delgado, más flexible y elegante, se gallardeaba sobre el mejor caballo de batalla de su padrino, bien armado con un fuerte arnes de acero. Una banda de seda rosa, color de su madrina, cruzaba su pecho, y en el escudo, en vez de la estrella de su divisa, se veia un brazo de encarnacion en campo de sinople con este lema: *Dios lo hará invencible con su fuerza.*

Despertando del dorado ensueño del dia anterior, miraba la realidad en un palenque cerrado en el cual iba á combatir con un adalid formidable, y donde si vencia le arrojarian palmas, mas si era vencido, tras cubrirse de ignominia, le impondrian la pena de calumniador y asesino. De ese temple que no conoce el temor, ni arredra ni preocupa el peligro, cualquiera que sea la forma en que se presente, el que siendo paje osó acometer á Rodrigo Lopez de Ayala para dar

tiempo á su señora, miraba frente á frente á Sancho Ramirez sereno y casi risueño, porque, además de su confianza en sí mismo, tenía Fernando en Dios esa fe que no admite dudas ni vacilaciones y esperaba con seguridad la victoria de su justicia.

Entre tanto los jueces habian subido al tablado y hecho la señal de acometerse. Fernando invocó á Dios de todo corazón y partió como el rayo de rápido é impetuoso. El primer choque fue violento pero sin éxito, el segundo y el tercero lo fueron más, el cuarto terrible. Los caballos tocaron la arena con sus ancas, pero los caballeros no perdieron los estribos y el combate continuó sin que uno ni otro hubiera alcanzado la más insignificante ventaja.

En medio de la expectacion general, expectacion que comenzaba á rayar en ansiedad no se oía más ruido que el sordo de las pisadas de los caballos que ahogaba la arena en que se hundian, y el agudo y metálico de las lanzas hiriendo el hierro de las armaduras abolladas en diez partes.

Irritado Sancho Ramirez, sólo con que la lucha se prolongara, pretendió con un fuerte y diestro golpe terminarla, y dirigiendo al pecho de su adversario el hierro de su lanza, fué á él con tal ímpetu, que de seguro lo derribara, si Fernando, conociendo su intencion, no pusiera el escudo para pararle, mientras levantando la suya con ojo certero y sin igual fortuna, introdujo la punta por entre las barras de la visera, y clavándose en un ojo lo hirió peligrosamente.

De la garganta del soberbio adalid salió un rugido, sus labios dieron paso á una imprecacion, pero á impulso del agudo dolor que sufriera perdió el sentido, y soltando lanza y bridas rodó por la arena manchándola con su roja sangre.

El condestable y el maestre arrojaron la vara de oro delante del caído, los hombres de armas acudieron y le rodearon para evitar ensañamiento por parte del vencedor, los jueces bajaron á obligarle á confesarse vencido y desdecirse; pero fue inútilmente, pues permanecia como un cadáver encharcando la arena en que yacia con la sangre que de su herida brotaba.

Prescindiendo de todo, el sacerdote se arrodilló junto á él y le administró la Extremauncion, diéronle en seguida los primeros socorros, y colocándole en la camilla le sacaron del palenque.

Fernando, que no se habia conmovido con su peligro, se conmovió con su triunfo, y cuando vió desfilar el fúnebre acompañamiento que iba en pos del vencido se oscureció la frente que habia radiado en el combate.

Los jueces del campo dieron por vencido en buena lid al noble señor de los Cameros y al juicio de Dios por manifiesto é inapelable. En consecuencia, los jueces civiles le declararon reo convicto y se le sentenció á la pena de homicidio.

Conducido Sancho Ramirez á su prision y puesto en el lecho le fue curada y catada su herida, declarando el famoso doctor Juan de Fontiveros que podria sanar á no sobrevenir la fiebre; pero que quedaria tan desfigurado que en mucho tiempo, á vivirlo, no sería conocido.

El primer abrazo que el vencedor recibió fue del alcaide de los donceles satisfaciéndole con él por sus denuestos del camino de Olmedo, el segundo de su noble padrino y el tercero, y máspreciado, de Blanca, quien pasara las horas del duelo de rodillas en su reclinatorio, orando por su campeón más con lágrimas que con palabras.

Luego se apoderaron de él sus amigos; y al fin Sancho Ariza, Nuño de Zamora, Ramiro de Arévalo y Rodrigo Malpartida supieron sus aventuras celebrándolas con su victoria que ensalzaron cual merecía.

## XCVII.

Lucia al fin para el pueblo castellano, tras las pasadas revueltas, una era de quietud y prosperidad, cumpliéndose en parte los deseos y los afanes de su rey. La rebelion estaba apagada, se le habia dado un golpe de maza al feudalismo, y la corona incorporando á ella mucho de lo que le habian desprendido, robustecia su poder, desembarazaba su accion, y ensanchando los límites de su dominio, sentaba la base de su futuro engrandecimiento por medio de la unidad, tendencia general de la monarquía.

Brillaba también para Enrique III un esplendoroso rayo de luz. Su Castilla tenía paz, sus leones eran respetados, sus leyes acatadas, sus órdenes obedecidas. Además, en el primer período del primer amor, todo vaguedad, poesía y esperanza, adormeciase blandamente con el único ensueño de oro de su pálida juventud.

Los celos de la reina dia por dia iban adquiriendo más incremento. Procuraba contenerlos y ocultarlos; mas á pesar de sus esfuerzos percibiales la córte, y las damas particularmente se complacian en darles pábulo con sus insidiosas observaciones, hijas todas de la malevolencia y la envidia.

Por su parte, Blanca desde la salida de San Pablo hallábase en una de esas situaciones insostenibles si se prolongan y en extremo violentas para una mujer. Aparte de las terribles impresiones que habian afectado su espíritu el dia del duelo jurídico de Fernando, miraba á lo pasado con amargura y al porvenir con temor.

Gonzalo era la sombra que todo lo oscurecia, el recuerdo punzador de su memoria, y el rey para su honra un inminente peligro difícil de vencer si no imposible. Sola en el alcázar como lo habia estado desde que saliera de San Prom, completamente entregada á sí misma, habia llegado á comprender la triste realidad de su posicion, sin que le fuese dado ya separarse de Enrique III que era para ella lo que la luz á la mariposa.

Nada detenía á don Enrique en Valladolid, y segun lo habia resuelto, y para ello estaba todo preparado, se trasladaba á Sevilla con la córte. Los aposentadores reales habian salido para prevenirle alojamiento, su recámara estaba lista y todo dispuesto para emprender la marcha en el siguiente dia señalado por él mismo.

Por primera vez no le acompañaba el infante don Fernando, quien con su esposa doña Leonor pasaba á Toledo á tener la Navidad, invitado por don Pedro Tenorio, el cual abandonaba tambien la córte en que no preponderaba como pudo imaginar á la caída de su antiguo rival y aborrecido enemigo.

El anciano primado sólo habia obtenido de don Enrique consideraciones y deferencia, mas á traves de esta pudo conocer sobradamente que su tiempo habia pasado porque el rey no era el pupilo, y que el hueco que dejara don García Manrique con su ausencia no le llenaba de ningun modo su presencia. Pudo asimismo convencerse que era una resolucion bien tomada la que anunció don Enrique el dia de la prision del duque de Benavente y el destierro del arzobispo de Santiago, y que con las demasías, los bandos y pretensiones habian concluido en Castilla los influjos que tendian á dominar y exclusivamente dirigir.

El rey no escuchaba sino al consejo; á este sí, mas despues que á su conciencia.

Como todo sér condenado al tormento de que continuamente le observen, Enrique III gustaba de la soledad y retraccion, á que se entregaba en los momentos harto raros en que podia sonreir y suspirar sin que de ello se tomara cuenta, convirtiéndose la inclinacion en imperiosa necesidad la víspera de partir para Sevilla, cediendo á la cual se hallaba solo en su cámara una buena parte de la mañana sentado en su coronado sillon, inmóvil é inclinada su frente de veinte años.

Y cuando decimos solo, decimos mal, porque con él estaba Blanca, y Blanca le sonreia como le habia sonreido en las gradas de San Pablo, y ante imágen y sonrisa el jóven y enamorado don Enrique habia caido en un delicioso éxtasis que enteramente lo absorvió.

En lo más profundo de él sintió que una mano trémula y fria tocaba su frente, á cuyo inesperado contacto se estremeció dando una brusca sacudida.

Catalina de Lancaster, pues ella era la que penetrando en la cámara habia llegado hasta él, retrocedió un paso, y apoyándose á la mesa cabe estaba sentado don Enrique, le dijo con despecho:

—¡Mala impresion os he causado! ¡No lo extraño!

—Mala impresion no, es que estaba distraido, la respondió Enrique III excusándose sin embarazo.

—Es que estabais muy léjos de mí, repuso la reina con acento de reconvenccion; es que estabais sumido en dulce éxtasis.

—¡Ay! sí, Catalina, replicó don Enrique dando un profundo suspiro; creo que trasportado no sé cómo, me hallaba en el cielo vagando por sus espacios.

Irritada con aquella ingénuu confesion Catalina de Lancaster añadió con reprochadora expresion:

—No vagabais por el cielo, Enrique, no puede penetrar en él quien torpemente delira.

—Desacertada calificadora estais, dijo don Enrique con suma dulzura y un tanto de languidez; purísimo y etéreo era cuanto mi mente absorvia.

—Por si os engañais cándidamente, repuso la reina con ironía, os diré que ni es ni puede serlo lo que hace latir vuestro corazon.

—Mi corazon no late, Catalina; pensaba y nada más.

—Así será, mas pensabais lo que sentis, y sentiais la reproduccion de sensaciones que obran sobre el corazon abierto para recibir las ansiosamente infiltrándole su veneno. En lo que no pensais, es en que va á perder su calma, á destrozarse y á quedar luego en el pecho yerto y petrificado.

—A esa prediccion tan poco lisonjera, dijo Enrique III sonriéndose, os constataré que mis impresiones de hoy le vivifican, le dilatan y le elevan en la esfera del sentimiento á lo inefable y sublime.

—¡Oh! es que en esa esfera no hay más realidad, Enrique, que la de no poder sostenerse. Quedáos en la vuestra y no perdais por un sueño baladí lo que os es dado poseer.

—Mirad, Catalina, el corazon como el espíritu no se satisface con un alimento medido: adivina, descubre, desea y aspira á un supremo goce y á una suprema region donde extenderse. Dejadme pues que me lance á ella y me engrandezca en ese infinito espacio.

—Debo advertiros, por si lo habeis olvidado, que el corazon como la mente tiene su límite y pasar de él está vedado.

—Es que no olvideis vos, Catalina, que hablamos de lo inmaterial: del sentimiento y el pensamiento.

—Yo hablo de vuestro corazon, Enrique, y os pido cuenta severa de él, porque sobre ese corazon que se lanza á un supremo goce, tengo los mismos derechos que Dios sobre el espíritu que es suyo.

—No nos comprendemos, dijo Enrique III cerrando la discusion que principiaba á agriarse por parte de la reina; y debe ser sin duda porque vos en la edad en que el corazon fijo ya está tranquilo, desconoce ó no aprecia bien las sensaciones del que se agita en el pecho cuando comienza á latir.

Catalina de Lancaster se puso como la escarlata y algunas lágrimas detenidas con esfuerzo brillantaron sus ojos de un azul tan puro como el cielo.

—¡Enrique! exclamó en la explosion de su resentimiento. Poco generoso estais recordando que pasó mi juventud y que la vuestra principia. Verdad es que así sucede, pero por esa misma razon son más sagrados mis derechos sobre vos.

—No ha sido tal mi intencion y os lo afirmo por mi nombre, repuso don Enrique satisfaciendo y calmándola; no me ofendais dudando que respeto esos de-

rechos de que os hallais investida y pretendéis en este instante hacer valer, y terminemos una cuestion que os da enojos oscureciendo la frente que deseo ver serena.

—No nos comprendemos habeis dicho y yo quiero que nos comprendamos, Enrique, vos á mí como yo á vos. Dejadme hablar y escuchadme lo que he llamado hasta aquí. Atended:

Cuando mi juventud florecia me desposaron con vos que erais un niño, y los niños como los viejos no inspiran amor á nadie. Todas las seducciones del corazon me rodeaban, hubo quien me amara con delirio, quien pretendiera con extremado afan que le amase, quien suspirara rendidamente á mis piés, quien á mi voz se hubiera alzado con el reino obligándole á proclamarme su reina si con él hubiese querido partir el trono de que me hacia propietaria; pero yo, Catalina de Lancaster, reina en onerosa y pesada tutela, mujer y enamorada, porque hubo un período que lo estuve, luché y sufrí, rechacé por deber el amor que en momentos me fascinaba y le fuí fiel al niño que no comprendia ni aun la existencia de pasiones cuales las que rudamente combatian á su desposada que sólo en sí misma se apoyaba para resistir. A nada me he negado de cuanto me han impuesto invocando vuestro nombre para conservar vuestro trono, cediendo hasta mis derechos á él, y nada me ha quedado que hacer por vos; nada, absolutamente nada.

—Lo sé, Catalina, lo sé.

—Yo os he sacrificado, y sin que nadie me animara, las primeras ilusiones de la vida, os he sacrificado el hombre á quien nadie resistia; por eso ahora alzo mi frente y exijo que me sacrifiqueis vuestro amor y esa mujer fatal que os le inspiró aun ántes que la conocierais; por eso exijo que salga hoy mismo del alcázar, pues para conseguirlo tengo un doble derecho que estoy dispuesta á sostener.

—Ante todo, Catalina, replicó Enrique III con calma, á pesar que estaba violentamente excitado, me cumple deciros que todos esos costosos y sublimes sacrificios que habeis hecho á mi niñez y á vuestro honor, los he adivinado, los he comprendido y, apreciándolos en su valor, los he agradecido como merecen. No necesitabais por cierto recordármelos, porque están profundamente grabados en mi corazon y en mi memoria, y esto creo que lo prueban mis acciones desde esa misma niñez hasta el punto en que unos celos injustos han suscitado una explicacion por demas violenta y penosa.

—¡Enrique! exclamó la reina reconviniéndole. ¡Enrique! ¿Me reprochais?

—No, mas os repito vuestras mismas palabras; quiero que nos comprendamos; dejadme hablar y escuchadme.

En mi corazon no existen esas pasiones que vos tuvisteis que combatir heroicamente, y á existir, en nada perjudicaria á vuestro honor, ni á vuestros derechos, ni á vuestras prerogativas, ni á vuestra tranquilidad; porque yo, Enrique de Castilla, rey, caballero y esposo, estoy acostumbrado á llenar cumplida-

mente mis deberes y á hacerles tambien enormes y violentos sacrificios. Yo me pospongo siempre, no me antepongo nunca, lo mismo como rey que como hombre.

Si yo amara á la que vuestros celos designan, no pasaria mi amor de ser un pensamiento, un delirio, un idealismo sublime, uno de esos sentimientos que invisibles é impalpables como el aroma que atesora la flor en su cáliz, sólo se exhalaría de él para difundirse y perderse en la inmensidad del espacio.

Severo para mí, sé que os debo fidelidad porque os la juré... poco ménos que en la cuna, y estad segura que no faltaré á ella, porque no me lo permitiré á mí mismo, pues en materias semejantes ni discuto con el deber, ni transijo con el deseo. Convencéos y no dudeis de que ántes de decir ¡os amo! á otra mujer que no sea vos en la morada que habitais... me cortaria la lengua para que no lo pronunciase.

Esto por lo que hace á vos y á mí; á vuestros celos y á mi amor. En cuanto á vuestras exigentes pretensiones, perdonad que no os las conceda, apreciando en lo que vale la razon que me asiste para negarlo.

Esa mujer fatal de quien hablais, es una pobre niña de quien todos han abusado, á quien todos han atropellado y sólo uno protegido. Es una huérfana noble á quien da amparo la corona, es descendiente de una raza fielsísima á la vuestra, adicta hasta el fanatismo y que adora el ídolo que su lealtad diviniza; por vos y por mí le concedo caballerosa proteccion, y no saldrá del alcázar donde la escuda vuestro respeto y el mio.

—¿No saldrá, Enrique...?

—No, Catalina.

—¿Le daréis á mi vida ese tormento?

—Dios me preserve de daros otra cosa que satisfacciones y ventura.

—Y ¿es ventura véros-la contemplar con admiracion, celebrar-la con entusiasmo, atender-la con solicitud y amar-la como la amais?

—Si os desagrada que rinda cual todos culto á una beldal perfectísima, os contemplaré hasta el punto de no hacerlo, y no tendrán sus encantos un elogio de mi lengua.

—Eso no me satisface; lo que quiero es que se vaya, dijo bruscamente la reina. Dadle un esposo ó un tutor.

—Yo no le doy mas que honra y proteccion.

—Y ¡amor!

—No, Catalina, porque Dios me ha hecho esposo vuestro. El amor no existe mas que en esa juventud que flota en region más ancha y ménos elevada que la nuestra, en esa juventud libre para amar y aborrecer, para elegir y rechazar. Nosotros los reyes, señora, no podemos nutrirle y saborearle sino de convencion y por deber, y un ejemplo teneis en la vuestra encadenada á un niño doliente y en tutela, miéntras vuestro corazon latia en la soledad y el silencio por el audaz y bizarro don Fadrique de Castilla.

Enrique III pronunció sus últimas palabras con amarga convicción. La reina advirtió el sentimiento que las impregnaba, y fijando en él sus ojos vió que estaba pálido y que sus blancas y delgadas manos se estremecían á intervalos con un movimiento convulsivo.

Aun no habia ocurrido á la mente de doña Catalina una palabra propia y digna, cuando resonó en la antecámara súbito rumor de voces. Eran los cortesanos que venian á saludar al monarca, y ántes que entraran, la reina se retiró precipitadamente para ocultar á sus ojos su despecho y pesadumbre vivamente retratadas en su faz enardecida.

## XCVIII.

Esclavo Enrique III hasta de sus cortesanos compuso su semblante, dominó sus emociones y mandó abrir las puertas de la cámara. Los cortesanos entraron y el rey tuvo una sonrisa con que acogerlos.

Durante un breve espacio sólo se habló de la novedad del dia, el viaje; del fin de él, Sevilla; y despues de la venida del alférez del duque de Benavente á quien nadie habia visto, pero que al punto cundió en la córte.

En seguida se ocupó su locuacidad de Sancho Ramirez cuya mejoría era notoria, de Fernando de Bobadilla, cuyo valor era indisputable, y de la jóven rica hembra de Castro, por quien se agitaba más de un corazon en aquel elevado círculo. Todos se hacian compasion al aludir á sus divulgadas desventuras, todos se entusiasmaban al ponderar su belleza. Don Enrique tomaba escasa parte en la conversacion continuando sus estremecimientos nerviosos y su intensa palidez.

Hablábase todavía de Blanca, cuando esta acompañada de sus dueñas, que se quedaron á la puerta, entró en la cámara despues de anunciarse, pasó por medio de los encumbrados magnates que le hacian la córte al rey, y llegó hasta este sorprendido vivamente con su presencia. Iba cubierta con un ámplio manto negro que realzaba su estatura favoreciéndola en extremo.

Todas las miradas se fijaron en aquel rostro, que sin perder su infantil candidez ostentaba una expresion noble y digna, expresion que era al par dulcísima y conmovedora.

—Don Enrique, le dijo inclinándose ante él profunda y respetuosamente; perdonad que os moleste, pero ántes de consagrarme á rogar á Dios lo que me reste de vida, tengo que rogar al rey.

Y Blanca se arrodilló, cruzando las manos en actitud suplicante.

Predisuesto don Enrique á recibirla, sintió una emocion fuerte, inexplicable y angustiosa oprimirle penosamente, y haciéndose sus estremecimientos más frecuentes y perceptibles, le dijo:

—Alzad y pedid, señora de Ruitelan.

—Me alzaré cuando me concedais una gracia que os demando implorándola postrada.

—Entónces, hablad. ¿Qué solicitais del rey?

—Me dirijo á su augusta potestad para pedirle el perdón del asesino de mi tía y tutora doña Brianda de Velasco, dijo Blanca clavando en el rey sus ojos tan bellos y destelladores.

—¿Pedis el perdón del reo convicto? ¿del soberbio que el mismo Dios derribó?

—Sí, don Enrique, sí. Juzgue Dios y castigue inflexiblemente al que delinque, mas nosotros sigamos el ejemplo que nos dejó, y volvamos bien por mal á quien nos le hace. Yo os suplico, pues, que el reo señalado por la justicia de Dios no sufra la pena con que la de la tierra le aflige, y sea libre para ocultar donde le plazca la frente manchada con la sangre que alevosamente vertió.

—¿Habeis reflexionado que en su venganza de réprobo puede ofenderos y dañaros...? ¿que ambos á dos no cabeis juntos en el mundo?

Blanca se sonrió y repuso:

—El bien no se reflexiona, señor, pero aunque se reflexionara y yo lo hiciese, no impediría mi propósito, porque en ese mundo que le abandono no nos encontraremos jamas.

—¿Que abandonais decis? exclamó Enrique III sin poderse contener.

—¡Oh! sí, si me otorgais el permiso.

—Y ¿por qué os resolveis á dejarle?

—Porque debo y lo deseo, contestó Blanca con grave y melancólica expresion. Yo salí de Ruitelan feliz, llena de esperanza, alegre como las aves que emprenden su primer vuelo, y en un año que faltó de él he sufrido mortificantes contradicciones, terribles sobresaltos, grandísimos peligros, crueles desengaños... y todo eso me le ha desencantado, me le ha hecho temible, inspirándome la buena resolucion de dejarle.

Enrique III veía desaparecer la única, la magnífica ilusion de su vida, y era tal su destino que se le exigía á su mano la accion, y á su voluntad el impulso de arrojarla de su lado. La razon y el corazon habian trabado honda lucha, y miéntras la una pretendia dominar y el otro resistir, le dijo con acento persuasivo, blando y animador:

—Todo eso pasó; han sido las pruebas y como victoriosa de ellas no se reproducirán jamas.

—Todo eso pasó, es verdad; pero ha quedado en torno mio un círculo de sangre que me horroriza, se ha poblado el espacio de fantasmas, se han relajado ó muerto los más caros de mis lazos y afecciones, y para mí no hay dicha posi-

ble, porque esos fantasmas sombríos y severos me pedirían cuenta de ella; además que yo tampoco podría gozarla sin experimentar un agudo remordimiento.

—Estais todavía bajo la impresion del duelo que tan viva la hizo en vos; en debilitándose ese recuerdo, en alejándoos de Valladolid, la sangre y los fantasmas desaparecerán enteramente y para siempre.

—¡Oh! no, nunca; ni esa ni otras, dijo Blanca con profunda conviccion acordándose de Gonzalo.

—Dadles tiempo para borrarse y veréis como sucede, repuso Enrique III continuando su doble lucha. Pensad tambien que aun podeis tener horas de calma, de luz, de amor... pisar vuestro pié sobre flores, sentir vuestra frente como ellas las caricias del blando céfiro.

—Yo renuncio á todo, dijo Blanca con firmeza, si me concedeis el perdon del señor de los Cameros y que me retire á uno de los conventos de Valladolid.

—¿Sin que os arrepintais despues de conseguido?...

—Sin que me arrepienta nunca. Soy Castro para no ser constante, y luego lo he meditado mucho en mis horas de soledad.

—¿Os separais, pues, voluntariamente de todo?

Blanca alzó hasta él sus ojos, los fijó un breve instante en los suyos, y contestó seria y grave:

—Voluntariamente me separo.

—Perdonad, señora de Ruitelan, que insista, porque se trata de felicidad... y de porvenir, y ambas cosas las sujeta mi mano en este instante, repuso Enrique III acentuando fuerte y lentamente sus palabras. Respondedme sin que ninguna consideracion os imponga ni detenga. ¿Comprendeis lo que dejais? ¿No haceis en ello ningun sacrificio?

Por segunda vez alzó Blanca sus ojos y los fijó durante un corto espacio en el rey. No habia ni sonrisa en sus frescos labios, ni arrugas en su tersa y pura frente.

—Le comprendo y le hago, dijo con indefinible dignidad; y en el momento en que así lo declaro, el último le parece inmenso al pensamiento que lo abarca. Pero como todo el que se hace á Dios, á la virtud, á la honra, ó por una alta consideracion, lleva en sí mismo la recompensa, sino en esta en otra region, el mío no será estéril, y del pesar que hoy me produce brotará bien y... ¡paz! en que mañana me goce.

Don Enrique habia hecho la declaracion de su amor en una sola pregunta, y Blanca la habia pagado con su grave y sencilla respuesta. Con ella concluyó la lucha, porque el ejemplo obra siempre sobre esta naturaleza, nuestra, tan impresionable á lo que es bello, y tan propensa en su innata dignidad á superar lo que es grande.

Sujetando Enrique III con su brazo el vencido corazon que violentamente se estremecia, y contemplando el semblante embelesador y peregrino que iba á

cubrirse con un velo, desapareciendo para siempre de sus ojos, le dijo tras una pausa con voz un tanto alterada y firme aunque cortada acentuacion:

—Sois superior en todo, señora de Ruitelan, y me obligais á que os admire. Como los ángeles á quien os asemejais, habeis rogado por el culpable; pues bien, yo en mi prerogativa le perdono y le eximo de la pena que merece. Como los ángeles os refugiais á Dios prefiriéndole á los hombres; yo os autorizo y en esto me elevo tanto como vos: sólo exijo, eso sí, que no profeseis hasta que cumplais la edad en que la ley os da por apta para disponer de vuestra suerte.

—Gracias por lo que me concedéis, gracias. ¡Mil veces gracias!

Y Blanca se levantó, tomó la mano que el rey le alargó en silencio, y puso en ella los labios.

—Puesto que no nos acompañais á Sevilla, idos á despedir de la reina, dijo don Enrique retirando su mano casi yerta.

—Ah, sí, voy presurosa á rendirle el tributo de mi respeto.

Saludó esto dicho al rey, saludó á los cortesanos y salió de la cámara dejando en ella tristes y profundas impresiones.

—Mendoza, dijo Enrique III á su mayordomo mayor; ocupáos de cuanto concierne á la noble rica hembra de Castro, acompañadla en mi nombre al convento que elija, y cumplid por mí los deberes de tutor.

Comprendiendo el privado el valor del sacrificio que voluntariamente se imponian aquellos dos seres que con solo querer podian esquivarle, contestó manifestando su admiracion hácia ellos:

—Lo haré, señor, enorgulleciéndome de representaros y de servir á la que se desprende de todo lo que halaga, de todo lo que seduce, de todo lo que deslumbra para entregarse á lo que rechaza nuestra pobre humanidad, la soledad y el olvido.

Y luego inclinándose ante el rey como para besarle la mano, añadió en voz baja y con entusiasmo:

—Sois grande, don Enrique, porque quereis, podeis y no haceis. Desde hoy poned la frente en las nubes.

Enrique III le contestó con una sonrisa, mas aun vagaba en sus secos labios, cuando llevándose la mano al corazon, cogió con un movimiento nervioso la ropa que lo cubria, y estrujándola y retorciéndola entre sus dedos quedó desmayado en su asiento.

## XCIX.

Catalina de Lancaster recibió con interior y viva alegría la despedida de su dama, aprobando su determinacion en todas sus partes, y Blanca volvió á su aposento ántes que cundiera en el alcázar la alarma producida por el deliquio del rey que felizmente fue corto.

En nada alteró este lo dispuesto; y á una invitacion suya, Juan Hurtado de Mendoza le dejó entregado á los cuidados de la reina, y fué á preguntarle á Blanca sobre cuanto necesitaba saber para llenar la comision de que se hallaba encargado. Blanca designó el monasterio de las Magdalenas para retirarse, dia aquel mismo, hora la de ponerse el sol, y el mayordomo mayor la dejó para prevenir á la abadesa y facilitar su admision.

Luego que se fué, la jóven rica hembra de Castro se sentó en un sitial, hizo entrar á Pié de Corzo, y clavando sus rasgados y negros ojos en la faz adusta y severa del cazador, le dijo afectuosamente, pero con indecible gravedad:

—Mi viejo Pié de Corzo, os he llamado para deciros que muy en breve nos separamos.

—¿Cómo? la preguntó el cazador observando con su penetrante mirada el brillo precursor de las lágrimas en sus ojos. ¿Vos de mí, ó yo de vos?

—Uno de otro, y para siempre, respondió Blanca triste pero resuelta. El relámpago brilló por la última vez, y la nube no romperá nuevamente su seno para darle paso.

—Pero ¿á dónde va mi señora?

—Buen servidor de los Castros, á cubrir su frente con un velo.

—Por lo que he visto desde que estais en la córte. ¡Me alegre! respondió rudamente el cazador; así será digna de reposar entre los suyos sin que la deshonra la manche, ni la vergüenza la ruborice. ¡Bendita seais por esa resolucion!

—Dios me la ha inspirado, Pié de Corzo; Dios que ha visto mis peligros y mis incertidumbres.

—Dios hace siempre lo mejor, dijo el agreste anciano con acento profundo.

—¡Ah! sí, Pié de Corzo, sí, y nosotros que así lo conocemos y así lo confesamos, debemos tomarle por modelo. ¿Ois?

—¡Os oigo y os vuelvo á bendecir, digna hija de mis señores!

—Es que yo quiero que hagais más, mi buen cazador, repuso Blanca con insinuante y dulce expresion; y no es sólo que quiero, sino que os lo mando si alguna autoridad tengo sobre vos.

—¡Este hombre es vuestro! dijo Pié de Corzo dándose un fuerte golpe en el pecho.

—Pues bien, si así es, prestad atención á vuestra señora.

El cazador se puso á mirarla sin parpadear.

—Escuchad, Pié de Corzo, dijo Blanca con expresion en que se mezclaba el ruego á la dignidad de una manera admirable, produciendo un efecto casi subyugador é irresistible. Quiero que en pos de mí vayais al templo del monasterio, que subais al altar, y en el mismo sitio donde yo me he de arrodillar para ofrecerle á Dios mi sacrificio, os arrodilleis y hagais á mi memoria el de vuestros rencores y venganzas, quebrando allí mismo la punta de vuestro terrible cuchillo. ¿Lo hareis, Pié de Corzo?

—¡Lo haré! respondió el anciano.

—No es esto todo. Cuando encontréis por el mundo que abandono á Gonzalo de Figueroa, quiero que le cedais el paso con respeto, y que si le veis en algun peligro le ayudeis eficazmente á salir de él. ¿Lo haréis, mi bueno, mi preferido servidor?

Pié de Corzo sacó del pecho un pergamino doblado, del pergamino la pluma ensangrentada de Figueroa, y la puso á los piés de Blanca. No comprendiendo esta el valor de aquella accion, llevó sus ojos que expresaron el horror, al fijarse en la sangre de la pluma, al cazador, y le preguntó con exigente acento:

—¿Lo haréis, Pié de Corzo?

—Lo haré porque me lo manda la noble hija de los Castros.

—¡Si alguna vez el acaso os pone frente al señor de los Cameros, volved el rostro á otro lado, no levanteis vuestros ojos contra él, no le hagais mal ni aun con el pensamiento!... ¿Me lo prometéis?

—¡Se lo prometo á la pura descendiente de la mejor raza de Castilla!

—De los que me han hecho bien no os hablo. Os conozco, sé cómo me amais, cómo agradeceis y cómo obrais con los que merecen alta recompensa por sus acciones.

—En separándome de vos poco bien ni poco mal haré, porque los dias que le queden á mi vida iré á pasarlos junto al roble que aun existe en Ruitelan. Si cae ántes que yo, me postraré á su lado y le haré compañía en su lecho de tierra; si yo caigo ántes que él, como será, á su pié las hojas que en el otoño se desprendan de su copa cubrirán el cuerpo de su leal servidor.

Así que cesó de hablar el cazador Blanca se levantó, y acercándosele le dijo profundamente afectada:

—Pié de Corzo, me habeis visto nacer, me habeis mecido en vuestros brazos, habeis presenciado las alegrías de mi infancia, los primeros pasos de mi juventud, las vagas emociones de mis amores, las lágrimas que el desengaño me arrancó. Todos los recuerdos de mi vida se personifican en vos, y en este momento me representais mi familia, mis servidores, mi solar, mis montañas por

las que no treparé más; pues bien, en vos me despido de todo, hasta de mi vida que va á pasar como la ráfaga de aire que se pierde en el espacio.

Y pasando sus dos brazos por el cuello del cazador, acercó su cara á la suya, diciendo con voz conmovida y sollozante:

—¡A Dios! ¡á Dios! ¡á Dios!

—¡A Dios! respondió Pié de Corzo conteniendo en su respeto la respiracion para que no rozara la frente de su señora. ¡A Dios! la hermosa, la noble, la bendita. ¡A Dios!

Separó Blanca sus brazos y ocultó el rostro entre las manos, y con él el llanto que lo inundaba. El cazador la condujo á su asiento, la hizo sentar, luego se arrodilló, besó respetuosamente la orilla de su vestido, y levantándose salió del aposento sin proferir una palabra.

## C.

No fue sólo el mayordomo mayor quien acompañó á la pupila real al monasterio. La reina le envió á su dama doña Isabel de Osorio, y entre uno y otra, apacible y silenciosa salió del alcázar al declinar la tarde, y andando calles entró en el prado de la Magdalena.

La tarde aunque fria era serena y el postrer rayo del sol iluminaba las desnudas copas de los árboles.

Siempre callada Blanca iba mirando al horizonte y vió al sol desaparecer terminando su diurna carrera. Impresionada con su propia suerte dió un suspiro, y apartando los ojos de la franja de vivísima luz que el astro del día dejaba tras sí, acertó á ponerlos en la puerta del monasterio que á su vista medio deslumbrada pareció tan oscura como la boca de un sepulcro.

La cazadora de Ruitelan se detuvo, extendió el brazo y señalándola con el dedo, exclamó:

—¡Hé aquí el puerto!

Siguiendo el curso de su pensamiento su mirada se elevó al cielo, dirigióle una sonrisa, y añadió cruzando las manos:

—Bendito sea el que me conduce á él.

Y prosiguiendo su marcha aceleradamente penetró en el monasterio.

La dama y el mayordomo mayor la siguieron en silencio, y presentada por el último á nombre del rey, fue recibida ceremoniosamente por la abadesa y toda la comunidad. La despedida fue corta, diéronla un á Dios, y separándose, la reja se cerró quedando en el claustro la última descendiente de los Castros de Ruitelan.

Ocho días tardó don Enrique en reponerse de su dolencia y quince en partir para Sevilla. Durante ellos ni se separó de la reina un momento, ni nombró á Blanca, ni la sonrisa asomó á sus labios descoloridos. Lo que sí hizo en cuanto pudo sentarse en su sillón y tomar la pluma su mano, fue firmar el perdón del señor de los Cameros y nombrar al caballero Fernando de Bobadilla de su cámara, concediéndole el pendón de la banda.

## CI.

Horas hacia que el rey don Enrique y su esposa doña Catalina habían partido con la corte para Sevilla. Era de noche y Valladolid estaba entregado á un silencio casi absoluto, más notable cuanto que le precediera un gran bullicio.

Dejábase sentir un frío bastante intenso, como que diciembre estaba avanzado, y una espesa niebla, que se elevaba del Pisuerga flotando pesadamente en el espacio, se interponía como una nube cubriendo el disco de la luna que en su lleno se suspendía en el firmamento pálida y triste cual la luz que á intervalos deramaba.

El desorden que trae consigo una marcha reinaba en la mansión del poderoso maestre de Santiago, desorden que alcanzaba hasta al aposento de su sobrino Gonzalo de Figueroa, en el cual ya no quedaba sino el lecho en que había de reposar aquella noche.

Pero mientras en él se ocupaban haciendo lios y empaquetándoles, Gonzalo, algo más recobrado y ménos pálido que á su llegada, envolviéndose en un oscuro tabardo y calándose hasta las cejas el sombrero cuyas anchas alas ocultaban su rostro, después de leer á la luz de una lámpara dos líneas escritas en un pergamino, tomó la escalera, y saliendo á la calle dirigióse paso tras paso hácia el prado de la Magdalena, solitario á la sazón por la hora, el frío y la niebla que por él se extendía.

Cruzando por él, como iba solo y pensativo, alzó los ojos y miró al monasterio, del cual á través de las rejas, celosías y vidrios que cubrían sus ventanas, se escapaban por algunas mal cerradas, un tibio rayo de luz.

Dió un suspiro y prosiguió su marcha encaminándose derechamente á un grupo de árboles que se elevaban próximos á la fachada de la iglesia.

La niebla empezaba á disiparse y la luna á brillar iluminando el prado, por lo que, ántes que Gonzalo llegara, pudo distinguir un hombre rebozado como él en un tabardo, que se reclinaba en el tronco de un árbol tan inmóvil como una es-

tatua de piedra. Por su parte el que allí estaba cuando le tuvo á corta distancia se enderezó y dando algunos pasos hácia él, se inclinó en silencio descubriendo su cabeza para saludar al que venía.

El semblante de Gonzalo, apénas sus ojos se fijaron en el que tan cortesmente le recibía, reveló una viva sorpresa, acaso porque traía puesto negro antifaz, acaso porque reconociera la frente que no cubría, frente noble y descolorida que ornaban unos cabellos en su mayor parte de plateada blancura, frente en fin que caracterizaba al antiguo alférez mayor del rey.

Mas la sorpresa pasó dejando recobrar su imperio á su fria y triste impasibilidad, y correspondiendo á su saludo le preguntó con marcada ironía:

—¿Es ahora costumbre en Valladolid concurrir á una cita que se da oculto el rostro como el nombre?

—No sé si es costumbre en Valladolid, respondió Rodrigo Lopez de Ayala, que no era otro el que habia citado á Gonzalo en aquel sitio; porque soy un tanto extraño á ellas. En cuanto á encubrir nombre y rostro, se explica diciendo que el que lo hace pretende aparecer á vuestros ojos, no como un hombre sino como una voluntad. Por eso esta se presenta y el otro desaparece bajo el terciopelo de un antifaz.

—Admito esa distincion, repuso Gonzalo en el mismo tono, y la admito tal cual la estableceis. No me ocupo, pues, del hombre haciéndolo de la voluntad tan sólo, para preguntarle qué misterio quiere obrar en presencia de un profano.

—Colocados ya en este terreno, repuso Rodrigo con su simpática voz, la voluntad os responderá que ninguno, y luego os dirá que os llama para atraeros y os atrae para hacer con vos lo que hubiera querido que hiciesen con él cuando su corazon vertía sangre como el vuestro.

—Os advertiré, dijo Gonzalo incisivo y glacial, que le he tomado horror á la elocuencia, que me dan hastío las palabras, que no me gusta ni decir las ni escucharlas, y que conservo la lucidez de la razon aumentada con la experiencia. Soy hombre que creo poco y que no espero nada; de este principio partid, y ni removais mi hiel, ni os pongais á deslumbrarme con doradas ilusiones.

—Os comprendo mejor que vos os comprendeis, replicó Ayala con dulce y persuasivo acento; sé lo que sentis en toda su intensidad y sé tambien cómo se atenúa y cómo puede acrecerse un sufrimiento. Sé que el dolor se irrita como la cólera y es un crimen exaltarle, crimen que no cometeré con nadie, ménos con vos á quien busco, á quien llamo, á quien sigo con el afan de calmar los tormentos que os devoran y trocarlos tal vez en goces.

—Caballero de las nobles intenciones, dijo Gonzalo mirándole fijamente, en este mundo de cambios lo que se hace es por algo. Cada rueda al girar sigue un impulso; permitid que os pregunte de dónde ha partido el vuestro.

—¿Me pedis el móvil que me dirige? Os le daré en el instante. Yo comprendo como la más abrumante desgracia hacer mal, como un tormento roedor ha-

berle hecho y como una suprema felicidad el repararle. Esa felicidad no la he gozado jamas, y estoy ávido, sediento de ella.

Si vuestro orgullo se rebela de que sorprenda llagas en el corazon y angustias en el espíritu, os manifestaré las mias que son incurables, porque á mí me faltó lo que á vos os brindó una voluntad que se interponga para que la desgracia no llegue á ese extremo funesto que se llama consumacion.

Prescindiendo del origen y á partir de un solo punto, ambos hemos hecho alto en la vida cuando ménos lo esperábamos para volver la cara y no ver sino sangre en pos y la nada en rededor. Por eso siento un interes profundísimo hácia el corazon que se asemeja al mio, por esa identidad de horribles amarguras que hemos sido condenados á sufrir, y que recordando mis tiempos de tempestades, os puedo evitar reclamando una promesa que hizo sagrada un costoso sacrificio.

Desprendéos, pues, ¡os lo ruego! de vuestras prevenciones, haced del hombre una potestad, fiad en ella y abridme á mí el corazon y el espíritu á la esperanza.

—No debía responderos sino volviéndoos la espalda, dijo Gonzalo sin perder su ironía, su frialdad y su acritud; mas lo haré para pagaros vuestra espontánea confianza. Figuráos allá en vuestra imaginacion que toda la hiel derramada en el mundo gota á gota se ha ido acumulando en un sér, y que ese sér soy yo. Figuráos que despues de ver deslizarse en calma la mitad de mi vida, he visto levantarse un torbellino y arrebatairme en su ímpetu cual una ligera arista. Figuráos que he hecho mucho mal con mi influjo y mi consejo, y que cuando saltando por cima de todo he tenido en mi mano el remedio de ese mal, otra me le ha arrancado con una llave arrojada como mi esperanza donde no pudiera hallarse nunca. Figuráos que he visto pasar junto á mí una mujer en quien cifraba ese cielo de ventura que los hombres nos forjamos, y que esa mujer, al oír mi suspiro, suspiro que ella arrancaba mirándome, ha separado hasta su ropa para que no rozara conmigo y que la he visto alejarse sonriendo con el hombre enaltecido; con el hombre de que proviene mi daño! Figuráos que todo, todo lo he visto pasar, y decidme si una potestad puede hacerlo retroceder y reparar lo que se ha destruido.

—Puede, sí, porque el hombre sólo es impotente ante lo que ha herido la muerte. Ese torbellino á que aludis os ha llevado de una parte, mas os ha dejado en otra y no os diré que este suelo sea más florido, pero sí os afirmo que es más seguro. Decis y os acusais de haber hecho mucho mal, ¡oh! no habeis sido vos; convencéos y arrancad esa espiná del corazon. Oid, oid y creedme. Existe un hombre que ni nombro ni califico; hombre que cayendo de la cumbre del poder alienta hoy en una estrecha prision. Vos creeis que á ella le habeis conducido y yo os repito con la voz de Dios. *¡No, no; cien veces no!* Está en ella por decreto de una altísima justicia que falló en su eterno tribunal una causa en que no hay testi-

gos, sino víctimas y delincuentes, sometida á él en una de esas horas que envejecen el cuerpo más que los siglos, y destrozan el corazon como el vaso que contra el mármol se estrella. Os lo repito, no habeis sido vos el que le ha precipitado, no; es que su hora ha llegado y la mano que marca la de la expiacion no se detiene por nada.

Luego y de vos á él ¿qué no le habeis dado por el favor de una mediación concedida? ¡Ah! la deuda, si la teneis, bien redimida fue en la Puebla.

Separando esa sombra de vos, mirad ahí en ese edificio que ilumina en este momento la blanca luz de la luna; en silencio y soledad suspira y reza esa mujer que pasó por vuestro lado sonriendo y que puede realizar todavía ese cielo de ventura que entrevisteis. ¿Qué os separa de ella? Nada que no pueda superarse. Yo conozco los rumores de la córte y los secretos del alcázar, y sé que no se ha oscurecido un solo rayo de su esplendente aureola. ¿Le habeis faltado vos? No lo sé, pero si es, persuadíos que esos seres superiores saben que Dios dejó el consuelo para el que sufre y el perdon para el que falta y le dan con la ternura que su corazon encierra. ¡Ah! creed á la experiencia, creed al que ha encanecido bajo el peso de un amargo pensamiento, y no rompais ese nudo que os sujeta á quien puede embellecer esa otra mitad de la vida que perdida en el aislamiento es una carga que sólo se ansia dejar.

Ahí está, id, decidla ¡*sufro!* y ella os responderá ¡*ven!* Una palabra lo explica todo, una palabra aproxima á los que separa, más que separa la distancia, una apariencia acusadora y falaz, un poco de orgullo, no comprenderse en una de esas ocasiones en que el hombre todo pasion se ciega; decidla, y otra resonará en la cámara real, y la pupila, la menor será concedida al esposo que aceptado por ella la pretenda.

—No quiero recibir favores, replicó Gonzalo con firmeza y sin vacilar, á pesar de que Ayala habia logrado conmoverle y conmoverle profundamente; me bastan los que me han hecho los que amo y los que odio. Al cielo es, y en horas en que, como la de san Pablo, rebosa hiel el corazon, no hago mas que alzar los ojos y preguntarle ¡*por qué!*

Por lo demas, ese hombre cuyo nombre yo pronuncio, y pronuncio envaneciéndome; el poderoso de ayer hoy caido, en rivalidad conmigo ahogó su amor, y me aseguró el triunfo del mio comprometiendo su suerte. Cediendo á mis instancias faltó á sus compromisos y se entregó á sus enemigos; es mi deber llevar el extremo de su cadena, y lo llevaré hasta que la rompa ó me muera.

No quiero ser nada para el mundo, sea sólo para ella un recuerdo oscurecido; mas para el duque de Benavente quiero ser y seré la abnegacion, la gratitud y la lealtad en la inmensa latitud en que se puede ejercer ese triple sentimiento.

Por ella, le dije un dia bien fatal, me volveria contra todos, y él fue tan noble que disculpando mi insensato reto me contestó presentándome su mano: *Se comprende*. Pues bien, yo por el que eso hizo lo abandono todo, me desprendo

hasta de mi orgullo, y si me rechaza le rogaré que me reciba y me situaré á su puerta.

No insistais, pues, en desviarme de mi camino. El que no escucha esa voz que resbalando del oído al corazón, conmueve nuestro sér estremeciéndole, esa voz que vibrando acariciadora con el timbre de una mujer le ha llamado con exigencia no retrocederá de su propósito por reflexion ni consejo. Su fin es mi fin; lo he resuelto, lo he jurado y lo cumpliré fielmente.

—Comprendo que en el fanatismo de la lealtad y el agradecimiento antepongais él á vos. Pero ¿y ella? Y ¿ella, cuya vida principia, no merece una parte de esa abnegacion un poco homicida que poseeis...?

Gonzalo volvió la cabeza, miró al monasterio cuyas luces se habian ido apagando sucesivamente, y repuso:

—La que está ahí tiene á un rey por apoyo, á un héroe por defensor, pura la frente de toda mancha y puestos los piés en una eminencia dispuesta á tomar vuelo y remontarse hasta Dios. Dejémosla desplegar las alas y olvidar al que tiene su frente en la tierra donde con el tiempo se hundirá.

La niebla se habia vuelto á extender, y velando á la luna interceptaba sus rayos sumergiendo el prado en la oscuridad, y ya apénas se distinguian aquellos dos hombres de los cuales el uno era víctima de la venganza del duque y el otro de su expiacion.

Rodrigo Lopez de Ayala, á quien se le habian revelado por sus delirios, los secretos, los pesares y la desesperacion de Gonzalo, que respetando sus sentimientos se habia ocultado á su vista cuando en mejoría fue vuelto en su acuerdo, que le habia protegido con su mediacion y seguidole á Valladolid con el fin de arrancarle á su desgracia, convirtiéndose para él en un influjo benéfico y misterioso; Rodrigo Lopez de Ayala, decimos, elevándose siempre porque su condicion era generosa y noble, extendió entre las tinieblas el brazo, puso su mano en el hombro del alférez del duque de Benavente, y le dijo:

—Veo que sólo tiene poder para reconciliaros con la felicidad la libertad de ese hombre; pues bien, el mundo es un cambio; habeis dicho, lo hecho por lo que se puede hacer; yo exigiré como me exigieron y alcanzaré su perdón.

—No lo intenteis siquiera; él lo rechazaria viniendo de vuestra mano, y yo me apresuro á protestarlo en su nombre, paralizando con energía la intencion que habeis anunciado.

—Mi mano es invisible, repuso Rodrigo Lopez de Ayala, su accion no impone como la del hombre gratitud; dejadla pues obrar, dejadla que trace un rasgo de luz, puesto que puede brotar iluminando vuestro oscurecido porvenir.

—A eso os responderé que nada reanima á la planta que está seca; y ya que á este punto hemos llegado, quiero deciros que hay favores que sujetan al que les recibe más que una fuerte argolla de hierro; tal es el que me habeis prodigado en la Puebla, sustrayéndome á la muerte y á la pena que merecia el que

se la dió á Tello de Villafranca; pero que hay otros que humillan y de esta clase es el que ofreceis para el duque de Benavente. ¡Oh! respeto por Dios á los sentimientos del vencido. ¡Nada de vos para él!

Rodrigo Lopez de Ayala dió un suspiro y retiró la mano que aun descansaba sobre el hombro de Gonzalo.

—Despues de esta declaracion que os hago, no troquemos una palabra más; idos sin decirme á Dios, y dejadme con el destino que acibara mis recuerdos.

Dicho esto Gonzalo se envolvió en su tabardo, cruzó los brazos, y abandonando el grupo de árboles bajo el cual habian estado, empezó á vagar por el prado, vuelto á iluminar débilmente por un rayo de luna que rompía la niebla.

Rodrigo le vió alejarse y luego perderse entre otros árboles que aquí y allí crecian lozanos y vigorosos. Entónces se quitó el antifaz y quedando el rostro descubierto pudieron verse en él las señales de una profunda emocion.

Dió á su vez algunos pasos para retirarse, mas parándose exclamó:

—¡Dios mio, si os ofendo perdonadme. ¡Pero permitid que, como Gonzalo, os pregunte, ¿por qué ha de ser herido quien de ningun modo es culpable...?

Anduvo un corto trecho impresionado y abstraído, mas parándose otra vez añadió:

—¿Por qué son esas tormentas que estremecen á la naturaleza...? ¡Ah! ¡para purificarla en una de sus regiones!

Y siguiendo á paso lento su camino se perdió como Gonzalo en la bruma de la noche.

## CII.

El parlamento frances, oida la acusacion de traicion y alevosía formulada por los representantes del rey don Enrique III de Castilla, y la defensa que hizo don Alfonso Enriquez de Noroña de sus actos de rebelion, resistencia y alianza con Portugal en perjuicio del reino castellano, elevó al rey su dictámen que este vió con atencion.

Siguió, pues, el litigio todos sus trámites, y pasado el último, Cárlos VI de Francia, juez árbitro en él, pronunció la sentencia dando por aleve al conde y condenándole á que se pusiese en manos de su señor rey don Enrique, allanándose en todo á lo que su justicia, segun sus fueros, dispusiese.

Particularmente le ofreció que si se conformaba aceptando la sentencia in-

terpondria con don Enrique su valimiento y mediacion para que le perdonase y honrara de nuevo con su amistad; mas que si perseveraba en su propósito de resistir, no hallaria en sus estados asilo ni proteccion.

La natural altanería de don Alfonso, rebelándose ante la idea de confesarse reo y vencido, hizo que no se aviniera ni á lo que mandaba ni á lo que ofrecia el árbitro elegido por él mismo; y cumpliéndose la prediccion de la condesa, Francia arrojó al proscrito de su territorio, y este fué á refugiarse á la Rochela, desde donde le escribió á su esposa participándole lo acontecido y por él hecho.

Gijon, segun el convenio celebrado entre ambas partes contendientes, quedaba incorporado á la corona con los demas estados del conde, y don Enrique, á quien se comunicó oportunamente la sentencia dada, reclamó su cumplimiento, requiriendo á la condesa para que le entregara la villa y la fortaleza. Negóse á hacerlo doña Isabel rotunda y terminantemente. Fortificóla más que lo estaba, y encerrándose en ella se resolvió á defenderla miéntras fuese posible, y cuando no, á sepultarse bajo sus ruinas como jurado tenía.

Vista la resistencia de doña Isabel y su manifiesto propósito de retenerla faltando á lo pactado, don Enrique fué en persona con sus huestes á tomarla, para conseguir lo cual la puso cerco. Gijon sufrió un estrecho asedio, sufrió el ver diezmarse sus hijos en las salidas que intentaban y hacian con éxito desgraciado, sufrió los rigores del hambre, y no pudiendo resistirlos se rindió. La condesa lo sufrió todo sin que su ánimo esforzado desmayara, y sufrió más, el pesar de ver á los gijoneses abrirle las puertas al rey.

Antes de entrar en la villa Enrique III mandó que la condesa la evacuase y sin que en parte alguna se detuviese saliera del reino inmediatamente. La varonil y soberbia doña Isabel obedeció, sin que, al abandonar la mansion en que habia vivido ni la villa de que la desposeian, sus ojos vertieran una lágrima, ni en un solo ademan mostrara el abatimiento de la pena.

Desdeñó fieramente el pasar á Portugal, su país, y embarcándose en una galera aragonesa partió á la Rochela á reunirse á su esposo, con quien la habia reconciliado su resistencia, y del cual no se separó jamas, compartiendo animosamente su destierro, sus estrecheces y amarguras.

Signióla de cerca su hijo, pues aunque el conde faltó á su palabra de la que él era garantía, tuvo don Enrique en cuenta que no habia sido parte, sino víctima de la rebellion de sus padres, y le concedió la libertad con la sola condicion de abandonar á Castilla.

En cuanto á los gijoneses no quedaron sin castigo. Si por una parte su vida fue respetada, por otra se derribaron los muros y no pocos edificios, quebrándose la cólera del rey, segun frase literal de uno de los cronistas que hemos consultado y seguido en esta historia, en las piedras que desunió.

Andando el tiempo, el conde de Trastamara volvió á Castilla, dondó vivió y

murió oscuramente sin haber recobrado su poder, su patrimonio, ni su valimiento.

Más adverso el destino del duque de Benavente le llevó á morir en una prision. Logró evadirse de la suya años adelante en la minoría de don Juan II y ganar la frontera de Navarra; pero el infante don Fernando, gobernador del reino á la sazón, en union de la reina doña Catalina, le reclamó enérgicamente al rey de Navarra, y este le entregó sin que le valiera el cercano deudo que con él tenía. Trájole una fuerte escolta, y conducido á la villa de Almodovar, le encerraron en su fortaleza, de donde no salió sino para descender al seno de la tierra que le dió un modesto sepulcro.

Sólo la losa de este le separó de Gonzalo de Figueroa, brazo y voluntad suya. Libre á la muerte del duque de la cadena á que se atara con sublime abnegacion, se retiró á un castillo que poseia en tierra de Galicia, resuelto á terminar en él sus dias. Como tuviera que pasar por Ruitelan, dejó su caballo á un pastorcillo que apacentaba un rebaño de cabras saltadoras, y trepando por las rocas se puso á vagar en redor de San Prom que se derruia en un lastimoso abandono.

Despues de contemplar melancólicamente su torre de homenaje, sobre la cual no ondeaba la bandera de los señores de San Prom, sus almenas desmoronadas, sus ventanas rotas, su parque enmarañado, la avenida llena de maleza; despier-tos todos sus recuerdos, descendió á buscar el último roble de los sembrados por la mano de Pero Castro de Astorga, seguro de hallar junto á él á Pié de Corzo si existia. Pero le buscó inútilmente. La familia se habia extinguido, los árboles que consagraba la tradicion tambien, y el servidor afecto y leal no les habia sobrevivido.

Ruitelan no era ya dominio señorial, sino realengo, y Gonzalo se alejó de él repitiendo el nombre de su última señora.

En el corazon de Gonzalo nadie reemplazó á Blanca. Siempre permaneció alejado de la córte, y en ocio el brazo que ya no podia sostener el pendon de Benavente.

Sancho Ramirez sanó de la herida, pero como dijo el doctor Juan de Fontiveros, estaba tal, que no era conocido. Salió del lecho despues que fué ido á Sevilla don Enrique: de Castilla así que pudo, y tomando parte en la guerra de Sicilia, combatió con gloria bajo los pendones de don Martin de Aragon.

Ni Castilla ni Navarra le vieron más. La sonrisa jamas asomó á sus labios, ni en su frente adusta y altanera se reflejó un rayo de alegría que la despejara de sus sombras.

Iñigo Lopez de Zúñiga cumplió la promesa hecha á Constanza de Andrade en su despedida. Sosegadas las alteraciones de Castilla pasó á Navarra, no sólo á admirar, sino á pretender á doña Juana; y tan altos méritos le encontraron que le fue concedida por esposa, celebrándose su boda á la vez que la de su hermana doña Beatriz con Jacques de Borbon, conde de la Marc.

Diamante estrenó aquel día un vestido de escarlata.

El doctor Mair no fue juzgado. Obstinándose en negar lo que había confesado, fue puesto en el tormento, de cuyas resultas murió, precisamente el día mismo en que la reina doña Catalina, á quien hizo presentar su broche, pidiendo gracia, se la había alcanzado de su vida.

Y así brevemente consignada la suerte que les cupo á los que tomaron una parte más ó ménos activa segun fue de directa, en los acontecimientos que alterando á Castilla la pusieron en un gran conflicto del que felizmente surgió un bien mayor; damos por concluida la tarea que nos hemos impuesto con el fin de completar el pensamiento iniciado en la primera parte de esta obra, y poner en relieve la figura de Enrique III, desconocida casi como muchas de las buenas é instructivas páginas de nuestra historia, donde en sucesos, reyes y hombres, hay mucho que admirar.

En los rasgos con que está trazada no se hallará perfeccion ni maestría; semejanza y verdad, sí, porque á esa rinde culto respetuoso la mano que escribe la palabra:

FIN.

# ÍNDICE

## DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

### PRIMERA PARTE.

	Pág.
Capítulo I.—En donde se encuentra el origen de esta verdadera historia. . . . .	5
» II.—Cómo se prueba que las palabras, del modo que las lluvias, no falta nunca quien las aproveche. . . . .	8
» III.—Donde se da cuenta de lo que pasó entre el arzobispo de Toledo y don Fadrique, y quién era este. . . . .	14
» IV.—Dáse cuenta de cómo desempeñó su comision el enviado del duque de Benavente, don Fadrique de Castilla. . . . .	18
» V.—En el que se prueba que los pastores suelen á veces descarriar á las ovejas.	24
» VI.—Donde se vuelve á tomar el hilo de esta verdadera historia. . . . .	28
» VII.—Cómo se verificó en Ocaña el juramento del Cuerpo de Dios, y se dá cuenta del motivo que hubo para prestarlo. . . . .	36
» VIII.—Donde se da cuenta cómo dieron principio las grandes alteraciones de Castilla. . . . .	40
» IX.—Cómo de consejos y alianzas, cada uno toma la parte que le conviene á su gusto. . . . .	42
» X.—Donde se da cuenta de quién era la reina de Navarra, y lo que esta hacia en Castilla, con otras cosas que verá el lector. . . . .	48
» XI.—Donde se ve que no tuvo habilidad don Fadrique para coger una rosa y se clavó en los dedos las espinas. . . . .	54
» XII.—Donde se da cuenta de lo que llevaba á la cámara de la reina al alférez mayor del rey. . . . .	59
» XIII.—Cómo fue recibido del rey mosen Guerau de Queralt, y lo que le dijo en nombre del rey de Aragon. . . . .	64
» XIV.—Cómo Rodrigo Lopez de Ayala se enteró de lo que le atañia y dió cima á su empresa. . . . .	68
» XV.—Cómo fue presentado el testamento del rey don Juan I por su hijo don Enrique, y la resolucion que tomó en su vista el duque de Benavente. . . . .	79
» XVI.—De la plática que tuvieron la reina doña Catalina y el arzobispo de Toledo.	84
» XVII.—Que apenas fue llegado el duque de Benavente á su castillo le pidió cuenta de su depósito al astrólogo, y el descubrimiento que hizo y la resolucion que tomó. . . . .	91
» XVIII.—Cómo siguieron las alteraciones en Castilla, saliéndose el arzobispo de Toledo de la villa de Madrid. . . . .	98
» XVIII.—Continúa la materia del anterior, y se da cuenta de la salida de Madrid de la corte, y cómo á don Enrique le llevaron á Valladolid. . . . .	106
» XIX.—En el que se retrocede para mejor proseguir los sucesos de esta historia.	109
» XX.—De cómo la reina de Navarra no perdía ninguna batalla de las que daba. . . . .	117
» XXI.—Cómo don García Manrique le cumplió la palabra al rey. . . . .	122

Capítulo XXII.—Cómo se consiguió cesaran las grandes alteraciones de Castilla con el convenio de Perales. . . . .	124
» XXIII.—Dónde se da cuenta de algunas cosas que sirven para que se comprendan muchas otras y entretenimiento del lector. . . . .	127
» XXIV.—Dónde se cuentan las aventuras del torneo y cómo el prez se partió. . . . .	141
» XXV.—Cómo la estrella de Rodrigo Lopez de Ayala siguió oscureciéndose á pesar de sus esfuerzos. . . . .	153
» XXVI.—Que la vida, como el cielo, tiene nubes y tempestades. . . . .	159
» XXVII.—En el que se demuestra cómo el libro en que leyó el astrólogo Ben Samuel no se apolillará jamas. . . . .	165
» XXVIII.—Cómo los relámpagos sirvieron para más de lo que el paje necesitó. . . . .	176
» XXIX.—Cómo Rodrigo Lopez de Ayala hizo más de lo que se propuso, y otra cosa de lo que quería. . . . .	182
» XXX.—Donde se da cuenta á quién confesó Elvira la lectura del famoso libro de Ben Samuel, con otras cosas que verá el lector. . . . .	189
» XXXI.—Cómo Rodrigo Lopez de Ayala contó con las borrascas del Océano para olvidar las de su amor. . . . .	195
» XXXII.—De cómo fue el duelo de don Alfonso Manrique y el señor Rodrigo Lopez de Ayala, y por quién se pronunció el juicio de Dios. . . . .	199
» XXXIII.—De lo que á Elvira aconteció en la cámara de la reina. . . . .	202
» XXXIV.—En el que se da cuenta de lo que ocurrió despues de la muerte del adelantado mayor, y de la plática que tuvo Elvira con el arzobispo su tio. . . . .	206
» XXXV.—Cómo el arzobispo don García Manrique hizo el encargo de su sobrina y consiguió de don Enrique lo que de él solicitó. . . . .	212
» XXXVI.—Cómo fue entrada la hermosa Elvira Manrique de Lara en el monasterio de Nuestra Señora de las Huelgas de Búrgos. . . . .	219
» XXXVII.—Cómo entre anochecer y amanecer pueden suceder grandes cosas y súbitas mutaciones . . . . .	220
» XXXVIII.—En el que se da cuenta de cómo por segunda vez comenzaron las turbulencias de Castilla. . . . .	226
» XXXIX.—De lo que oyó don Gonzalo Nuñez de Guzman y la plática que tuvo con el arzobispo don García Manrique. . . . .	228
» XL.—Cómo continuaron los disturbios de los gobernadores, y qué éxito tuvieron los intentos de don García, con otras cosas que verá el lector. . . . .	232
» XLI.—Cómo vinieron á recordar á don Fadrique de Castilla que hay algo más poderoso que la propia voluntad. . . . .	235
» XLII.—En el que se da cuenta de dónde venía Rodrigo Lopez de Ayala, y con quién tropezó impensadamente, y de lo que le sirvió tropezar. . . . .	240
» XLIII.—De cómo cumplieron los sayones del duque de Benavente lo que su señor les encomendara, y lo que de resultas pasó en el camino de las Huelgas y en el alcázar del rey Enrique III. . . . .	250
» XLIV.—Cómo Rodrigo Lopez de Ayala sólo pudo decir su resolución á Elvira, pero no cumplirla como se habia prometido por un obstáculo que no pudo vencer á pesar de su energía. . . . .	258
» XLV.—Cómo los ánimos se alteraron en Búrgos con el homicidio de Dia Sanchez de Rojas, y cómo Enrique III pidió justicia cumpliendo lo que al alférez mayor prometiera. . . . .	263
» XLVI.—Que fue guardado el testamento de don Juan I, con la resolución que tomó el duque de Benavente. . . . .	267
» XLVII.—Cómo don Fadrique de Castilla se despidió de la reina doña Catalina y de doña Leonor su hermana. . . . .	276
» XLVIII.—En el cual se da fin á esta entretenida y verdadera historia. . . . .	283
SEGUNDA PARTE. . . . .	287

## COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

---

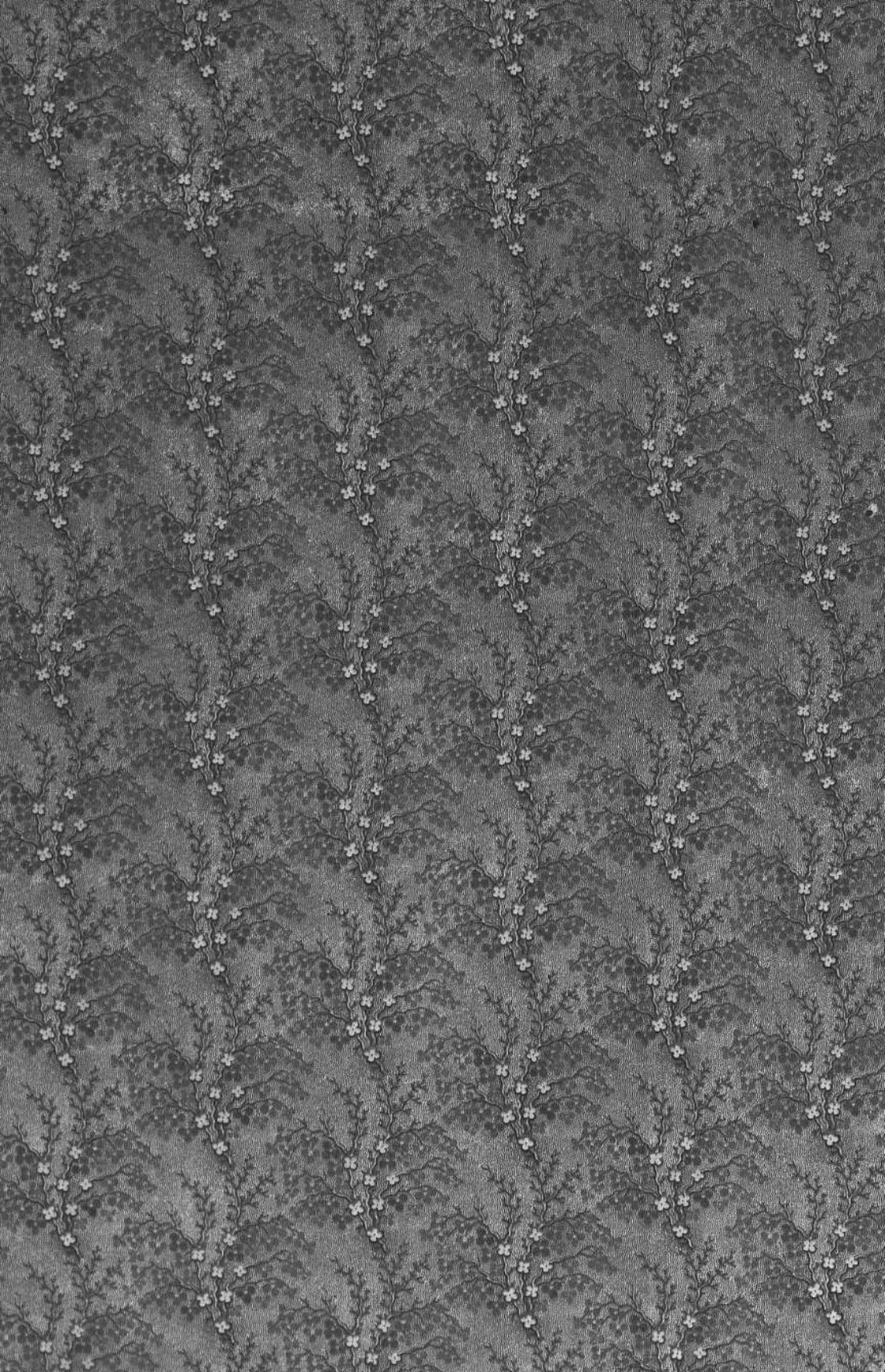
### PÁGINAS.

Devoraba el astrólogo ávidamente sus impresiones. . . . .	Portada.
Y cruzando los brazos, clavó sus negros ojos... . . . .	14
Hincó una rodilla para besar la mano que Enrique III le tendió. . . . .	63
Id á la verja, Elvira, ¡prometédme! . . . . .	139
Rodrigo se precipitó sobre él y lo recostó contra un árbol. . . . .	201
¡Ni á Dios! . . . . .	262
A la luz de la luna distinguió un hombre tendido. . . . .	376
La recibo como á hija. . . . .	520
Envió hácia la reja un eterno á Dios. . . . .	578
Cuando rompiendo el círculo se presentó un guerrero armado de punta en blanco. . . . .	664

---











EL TESTAMENTO  
DE DON JUAN

G 17820